Miguel, Juan de

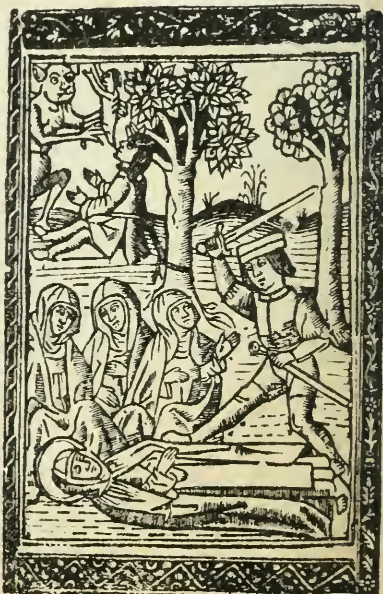
Cascotes y machaqueos.

8






indiget pre
sufficienter
et declarat



Al joven y excelente escri-
D.n Antonio R. López del A
en testimonio de amistad y
augurándote grandes triunfos
la carrera literaria,

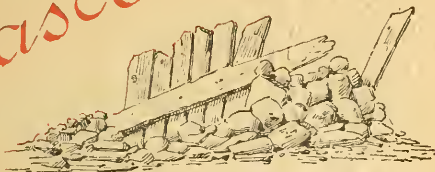
El Autor.

Madrid [illegible] de Mayo de 189[illegible].

Cascotes y machaqueos

FRAY JUAN DE MIGUEL = FRAY MORTERO

Cascotes

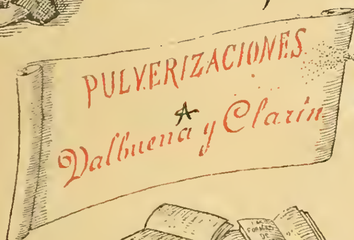


y Machaqueos



PULVERIZACIONES

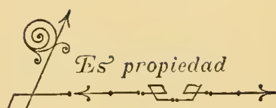
á Valbuena y Clarín





Prólogo de D. Damián Isern

MADRID
Librería de la Viuda de Hernando y C.ª
Calle del Arenal, núm. 11
1892



Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651

DEDICATORIA

Al Excmo. Señor

D. Antonio Cánovas del Castillo

Dedico á V. E. este mi primer libro, para significar con ello, honrosa y vehementemente, el entusiasta afecto y sincera admiración que profeso á la ilustre persona de V. E., á quien considero, con la más profunda convicción, eminente estadista, honor de nuestra patria, y español insigne, á quien la posteridad hará toda la justicia que le corresponde por sus grandes méritos y preclaro saber.

Acoja V. E. con agrado mi primera producción, y reciba con ella el respetuoso saludo de cariño que le envía

El Autor.

Madrid, 20 de Octubre de 1892.

AL LECTOR

(Aclaraciones.)

La mayor parte de los artículos que forman este tomo, amigo lector, han sido publicados en dos importantes diarios de Madrid, algunos reproducidos en muchos de provincias y elogiados en otros de aquí y de allende el Océano.

No lo menciono en són de alabanza ni ese es el camino, ¡qué ha de ser ese el camino!; pero sepa el lector, además, que hubo periódicos que me creyeron *fraile franciscano,* y aun ignoro si por esto, ó por otra causa, me llenaron de elogios que estoy muy lejos de merecer, y los cuales no traslado aquí así me aspen.

Aprovecho esta ocasión para hacer constar que no soy fraile de verdad, ni poco ni mucho; ni siquiera soy lego, ¡qué he de ser lego!, aunque de *Fraile* tengo algo.

¿No entiende el lector este enigma? Ni tampoco hace falta. Lo que es necesario que entienda es lo siguiente que voy á decirle.

Los artículos de este libro son de crítica contra Valbuena y Clarín, dos guapos señores que serían

buenos críticos y literatos si no cayeran en iguales, parecidos ó á veces más gordos defectos que los que señalan á los demás, y no convirtiesen la crítica en cachiporra de ciego, con la que intentan descalabrar reputaciones, pulverizar joyas preciadas y destruir hermosos gérmenes de nuestra literatura.

Harto de oirles desbarrar sin que nadie pusiera coto á sus desmanes, he usado de los ardides que ellos emplean, les hiero con más lícitas armas que las que esgrimen, y no aspiro á otros fines que los de evitar haya quien cobre el barato en la república ó anarquía de las letras, demostrar que esos *cancerberos del Parnaso* no son otra cosa que falderillos risibles é insignificantes, y dejar sentado que Valbuena y Clarín escriben peor que la inmensa mayoría de los literatos á quienes critiquizan con tanta irreflexión como inquina.

No soy partidario de esta crítica menuda, hermosillesca y destructora que Valbuena y Clarín quieren resucitar para desdoro de la literatura patria y de los hombres que la cultivan; pues entiendo que con ella no se consigue más que desprestigiar personalidades de valía, crear antagonismos en un campo en el que todos debiéramos considerarnos como hermanos, y agostar en flor jóvenes inteligencias que honrarían á la patria con sus producciones.

Si yo caigo, por esta vez, en el mismo defecto que señalo, atienda el lector á las razones expuestas, al vehemente deseo de que concluya tanto mal,

y al justo y recto afán de que me guío para escribir estas críticas.

Lo digo en uno de los capítulos del libro y lo voy á repetir aquí:

Seamos, ante todo, buenos españoles; no nos destrocemos miserable é inútilmente los unos á los otros por envidias y rencorcillos, y enseñemos á los extranjeros que aquí, en este hermoso rincón del mundo, en la patria de Cervantes, Cisneros, Mendoza, Martín Cortés, Fernández de Oviedo, Vives, Urdaneta, Alonso de Santa Cruz, Calderón, Lope de Vega y mil ingenios más, hay ahora literatos que valen tanto como sus literatos, políticos de tanta valía como sus políticos, oradores mejores que sus oradores, y artistas y hombres de ciencia tan buenos como sus hombres de ciencia y sus artistas.

De este modo, el despego con que hoy nos miran esos extranjeros se convertirá en consideración; su ignorancia acerca de lo que somos, en el exacto conocimiento de nuestro poder; y este conocimiento de nuestra valía, en base cierta de la mayor estimación y aprecio á que somos, en justicia, acreedores.

Así cumpliremos todos con el sacrosanto deber que nos imponen la patria y la verdad, y no acostumbraremos al vulgo á que piense en francés, hable en galicano, lea en gabacho, vista á lo *parisién,* remede en todo á nuestros vecinos, aborrezca lo que huela á españolismo, y reniegue, acaso, de esta bendita madre, que el cielo colme de prosperidades.

Mientras no suceda así; mientras haya críticos que sigan una senda que no conduce más que á la muerte de nuestra literatura y al desprestigio de los hombres que la cultivan; mientras haya Valbuenas y Clarines que se opongan á los santos y hermosos ideales que todos debemos profesar..., yo me convertiré, lo mejor que pueda, en el Valbuena y en el Clarín de esos Clarines y de esos Valbuenas; porque lo creo justo, procedente y beneficioso para nuestra patria y la honra de su literatura.

Y ahora, que el lector juzgue.

EL AUTOR.

PRÓLOGO

Es la literatura contemporánea como árbol sin raíces: prescinde de los modelos de la antigüedad clásica; se contenta con conocer, admirar y seguir lo que más le agrada del extranjero, y vive sin crítica, aunque sobrada de críticos. El abandono del estudio de las lenguas griega y latina de un lado, y la epidemia de aficiones francesas que lo ha invadido todo, hacen que, ó no se estudien los grandes modelos, ó si se estudian no se sepan admirar sus bellezas y seguir sus huellas inmortales, por no estar el gusto debidamente educado para ello. La crítica, que si no ha sido en ningún tiempo patrimonio de los genios, lo ha sido siempre de los más doctos y de los de mejor gusto, está personificada en España por quienes no se distinguen por su vasta instrucción ni por

su inmejorable gusto. De aquí que la reduzcan, por necesidad de su espíritu, á condiciones de existencia que no son las suyas propias, y truequen el juicio sobre el conjunto y las grandes partes en que éste se divide, en censura de detalles, á veces insignificantes, censura que formulan en términos acres, más adecuados para encender la sangre y revolver la bilis, que para servir de correctivo á defectos más ó menos notorios. No se crea que esta regla carece en cierto modo de alguna excepción. Podrían citarse dos nombres ilustres, de quienes ocupan por derecho propio asiento en la Academia, si el uno no se hubiese jubilado voluntariamente, y el otro no se sintiera con más vocación á escribir la historia de las ideas estéticas que á rectificar los senderos de nuestros historiadores, literatos y poetas. Así y todo, ha de añadirse que en absoluto no está libre de pecado el primero de los críticos aludidos, que si juzgó con acierto las más de las veces los trabajos ajenos, identificó demasiado en ocasiones al autor con la obra, y trató del primero más de lo que cumplía á su cargo, y en algún momento en términos que no autoriza el buen gusto ni consiente el propio decoro.

¿Qué ha de pensarse, qué ha de decirse de los dos críticos más de moda en estos momentos, de Alas, más conocido con el pseudónimo de «Clarín», y de Valbuena, más conocido con los de Miguel de Escalada y Venancio González? A ellos se ha aludido antes, si bien no es justo confundir al uno con el otro, aunque á menudo caigan los dos en el mismo defecto, en el de falta de crítica y sobra de desapego al propio decoro. Es el primero, docto en materias de Derecho, si bien menos de lo que debiera, por sus inagotables aficiones literarias; escritor correcto y no pocas veces elegante, si bien con sus puntos y comas de desigual en unas ocasiones y en otras de amanerado; no carece además de gusto literario, pero influyen excesivamente en su espíritu, según ya sucedía con Moreno Nieto, las últimas lecturas, y su criterio se mueve demasiado al influjo de las más recientes impresiones, como buque de pequeño é inseguro timón entregado á las mudables corrientes del mar. Es el segundo, perito en la lengua latina y no ajeno á las ciencias teológicas; traductor de buena ley de algunas obras francesas é italianas de no muy aventajados méritos literarios; poeta tan fácil en la producción como

en los ripios; periodista de manta y navaja; que siempre anda en las fronteras que separan el chiste honrado de la desvergüenza pelada, cuando no cae de bruces en ella, lo cual le sucede todos los días laborables en que trabaja, con excepción de aquellos en que se arrepiente y borra lo escrito, sin perjuicio de desarrepentirse y volver á escribir lo borrado en cuanto el viento desvanece la nube de peligros que grave enfermedad acumuló sobre su frente. ¿En virtud de qué pragmática de los dioses ejerce la magistratura de la crítica este traductor de Liberatore y Paul Feval, y también de algunos latines, este poeta con lluvia de ripios, este periodista con la herramienta siempre en las ligas, como cualquier manola del Rastro?

La crítica supone vasta instrucción y buen gusto, cuando se trata de juzgar obras literarias y artísticas. La instrucción se adquiere con el continuado estudio, y el buen gusto con la lectura y atenta consideración de los modelos, sin hablar ahora, claro está, de los preceptos que se aprenden en las aulas. Juzgar de un poema, sin conocer las producciones de Homero, Virgilio, Dante, Tasso y Milton; de una obra histórica, sin haber estudiado á Herodoto y Tucídides, á Tito Livio y Tácito, á

San Agustín y Bossuet; de unas obras poéticas en verso, sin saberse de memoria á Horacio y Ovidio, á Fray Luis de León y Herrera; á Petrarca y Leopardi; de un libro de imaginación, sin haber leído á los grandes literatos, desde Cervantes á Manzoni, desde Goethe á Zola, equivale á empeñarse en construir un silogismo sin premisa mayor, en levantar una casa sin base y sin cimientos. En las críticas de Alas se advierten á menudo, aunque no tan á menudo como debieran, conocimientos y reminiscencias de los grandes modelos que ha legado á lo presente y á lo porvenir lo pasado. ¿Dónde están estos conocimientos y estas reminiscencias en las críticas de Miguel de Escalada, como no sean las que se adquieren en los «Trozos escogidos» de los establecimientos de segunda enseñanza de nuestra patria? Por esto, cada vez que se leen las críticas, tan mordaces en la forma como desnudas de fondo, del escritor citado, acude á la memoria el recuerdo de los curanderos de aldea que, de escasa ó ninguna instrucción médica, se dedican, más que á curar enfermos, á expedir pasaportes, que refrenda luego el médico, para la otra vida. ¡Aquí no hay médico literario capaz de cubrir con su firma los aten-

tados críticos cometidos con navaja, liada la manta á la cabeza, por Miguel de Escalada, y ha de celebrarse no poco esto!

Así como no es posible que dejen de estar en relación la ciencia y el tino de un médico con sus aciertos en la asistencia de los enfermos, así tampoco puede dejar de estar en relación la instrucción y buen gusto de un crítico con sus aciertos en juzgar las producciones en que se ocupa. De aquí la diferencia que existe entre los juicios de los grandes críticos y los de los pequeños críticos, y de aquí también la diferencia entre los juicios de Alas y los de Valbuena, si bien ha de observarse que los de éste aparecen todos cortados por un mismo patrón y los de aquél no, pues en unos están fundamentadas con más ó menos acierto, pero al fin fundamentadas, las sentencias, aunque en otros el fundamento sea escaso, cuando exista. Esta falta de conocimientos doctrinales y de buen gusto, que constituyen la base de toda crítica, no sólo sacan á ésta de su terreno lógico y natural, sino que le quitan todo valor, pues la crítica tanto vale cuanto son sólidos sus fundamentos y perfecta la relación entre las premisas del juicio y la consecuencia, y así, cuando no existen los

fundamentos y la relación desaparece, la crítica deja de existir y desaparece también. Indudablemente el mejor medio de distinguir una crítica de algo que quiera serlo y realmente no lo sea, consiste en ver si está fundada y si se mueve dentro de su terreno natural y lógico; es decir, si en ella se juzga una obra por su naturaleza y por su fin, por sus notas características y por sus partes esenciales á su constitución. Si así no sucede, si se prescinde del carácter y fin de la obra, y en vez de acudir á sus partes esenciales se acude á las accidentales con gran mengua de aquéllas, aun en el caso de que la crítica esté fundada, no lo será, toda vez que las cosas deben juzgarse por su esencia y accidentes, y, si no por la primera sin los segundos, menos todavía por éstos sin aquélla. ¿Acaso en la mayor parte de las críticas del autor citado no se peca contra estos mandamientos de la ley literaria, convirtiendo el juicio de las obras en ataques más ó menos violentos, pero siempre violentos, á los autores, como si se tratara de un combate ó batalla en que debe procurarse descubrir el lado más débil del enemigo para atacarle por él y procurar así su derrota. destrucción y ruina?

*

Colocada en este terreno la crítica, no hay obra que resista á sus arremetidas, pues ninguna producción humana deja de ser imperfecta; y tomando de un lado las imperfecciones, y prescindiendo de las perfecciones, su condenación es fácil, lógica para el público, y segura. Todavía es más fácil esta tarea si, en vez de tratarse de un obra sola, se tratase de todas las producciones de un autor, porque entonces se pueden decir enormidades de Cervantes, por ejemplo, que escribió, al lado de sus obras en prosa admirable, versos rematados de malos; de Lope de Vega, poeta de grandes alientos, por sus piezas de prosa rimada, y de Góngora, toda vez que, aun dentro de las composiciones poéticas de un mismo autor, es posible elogiar unas y condenar, sin apelación posible, otras. Además, siendo, como se ha dicho, toda obra humana necesariamente imperfecta, siendo inevitables, por lo tanto, las imperfecciones en toda obra literaria, pudiéndose prescindir cuando se quiere, según el Korán de estos críticos, de lo sustantivo de las producciones, y tenerse en cuenta sólo todo lo adjetivo ó una parte de ello; teniendo campo abierto también para penetrar en el terreno de los descui-

dos materiales de la forma, de que ningún autor está libre, según bien claro se probó hace algunos años con el estudio detenido del más pulcro, correcto, aseado y elegante de nuestros escritores contemporáneos, al que un gramático menudo contó seis faltas, contra el Código promulgado por la Academia, en una sola página en octavo de no muy apretada impresión, es indudable que se pueden dar tajos y mandobles en las producciones del prójimo, y aun abrirles á navajazos ancha brecha, sin faltar á la verdad, buscando y todo fundamentos á los juicios que se emiten, pero faltando á las leyes de la crítica, y lo que aun importa más, á todas las bases y fundamentos de la justicia. ¿Puede darse ningún juez tan bondadoso, entre los calificados por su ciencia y letras, que, sin grave penitencia y propósito firme de enmienda, absuelva libremente á nuestros críticos por sus trabajos, en los cuales, cuando no se peca contra la verdad, se falta á la justicia en sus elementos más esenciales y constitutivos?

Contra tal crítica en este momento deplorable de su existencia, y especialmente contra las manifestaciones más características de esta crítica, ha emplazado sus cañones y disparado con buena

puntería Fray Juan de Miguel, excelente escritor, más gramático que escritor todavía, y por esto mejor armado que otros para pelear con Alas y Valbuena, en defensa de la verdad y de la justicia, burladas, maltratadas y oprimidas. No es nuestro autor hombre de bajos vuelos, como pudiera deducirse juzgándolo por esta obra; ha de advertirse que, si hubiese remontado el vuelo á regiones superiores, su trabajo no hubiera resultado práctico y útil, ni hubiera resuelto el problema planteado, toda vez que su empresa se hubiera parecido en este caso á la del Almirante del cuento, empeñado en dar con sus buques la batalla á un ejército enemigo acampado á muchas leguas de la costa. Los críticos al uso no se elevan, sino en muy contados casos, á los principios generales de la doctrina, ni suben casi nunca á las fuentes del buen gusto. Debiendo atacarles en el terreno en que se han colocado, á él ha sabido acudir su ilustre impugnador, aun sabiendo que se expone á que se le mida con el mismo rasero que á sus contrarios, aun ante el temor de que se le acuse de caer en algunos de los defectos que censura. Quizás dentro de los principios aquí sustentados no nos sea posible suscribir todas sus

sentencias, ni aceptar por completo todos sus dictámenes, ni admitir como buenos y de ley todos los proyectiles que dispara. Así y todo, han de aplaudirse sus nobilísimos propósitos, la recta intención con que ha decidido emprender el combate, el acierto con que sabe mantenerlo en el terreno del enemigo, la serenidad en el avance, la destreza al tomar las posiciones de los contrarios, el plan con que camina á la victoria. ¡Que Dios y el público premien su buena voluntad y sus aciertos! ¡Que el Sr. Alas, á quien ni de vista conocemos, y el Sr. Valbuena, del que sólo nos quedan vagos recuerdos, casi borrados por el paso sobre ellos de largos años, vean en estas líneas el juicio sincero de sus personalidades críticas, en el que no ha entrado para nada otra pasión que el amor á la verdad y á la justicia!

Con el esfuerzo de todos quizás se logre que la literatura contemporánea deje de ser árbol sin raíces, constituyendo éstas los grandes modelos del clasicismo, y siendo las obras modernas del extranjero el riego constante con que se alimente la nuestra, á fin de que dé en lo presente y en lo porvenir opimos y abundantes frutos para honra y prestigio de la patria.

DAMIÁN ISERN.

RECETA-ENVÍO

Á los casticísimos, eruditísimos y sapientísimos escritores D. Antonio de Valbuena y D. Leopoldo Alas (Clarín), ambos honra y prez de las letras, sílabas, palabras, oraciones y períodos de la hispana literatura.

Recibid afables, ¡oh **Egregios**!; *acoged benévolos, ¡oh* **Insignes**!; *admitid benignos, ¡oh* **Ilustres Vates**!, *estas pulverizaciones antisépticas que, en forma de libro, y por creerlas beneficiosas y de absoluta necesidad para vuestro temperamento crítico, se permite enviaros, deseando que ellas os aprovechen, vuestro muy afecto, muy seguro y muy etcétera, etcétera,* **cascoteador** *y* **machacante**, *respectivamente,*

Fray Juan de Miguel

(Fray Mortero.)

Madrid y 20 de Octubre de 1892.

LO QUE ES VALBUENA

Con perdón de los lectores que otra cosa crean, y dicho sea con los respetos debidos al público, tengo para mí. aunque simple y pecador (como todos) en asuntos literarios, que Antonio de Valbuena, Venancio González ó Miguel de Escalada, tres nombres distintos, y hay quien dice, yo no, que ni un solo escritor verdadero, es un crítico sobrado mordaz, de atrabiliario carácter y escasa conciencia literaria, amén de pedestre y ramplón en el decir.

Sobrado mordaz, porque los epítetos que reparte á cuantos escritores le place criticar, á más de ser injustos en la mayoría de los casos, no se distinguen por su cultura.

De atrabiliario carácter, porque en sus escritos mezcla berzas con gazpacho, ó sea política con literatura, y demuestra mayor ó menor inquina, según las ideas de cada escritor, y según la mayor ó menor amistad que con él tenga.

De escasa conciencia literaria, porque escoge aquí y allá cuatro defectos y equivocaciones de que todas las obras por buenas que sean adolecen, y con arreglo á ellas, y sin tener para nada en cuenta las bellezas, califica al escritor á su antojo y como le da la gana.

Por último: es pedestre y ramplón en el decir, porque su prosa, de escasísimos y poco variados giros y locuciones, es poco correcta y nada galana en la forma.

Pruebas al canto.

Poco más ó poco menos, las mismas gracias de cascabel gordo, los propios giros é idénticas ocurrencias que empleó en *Ripios Aristocráticos* y luego en *Ripios Académicos*, ha usado después en *Ripios Vulgares*.

Dichos manoseados, frases repetidas, párrafos empedrados de *ques*, *peros*, *porques* y otros cascotes por el estilo... todo es semejante. El señor Valbuena no tiene para nada en cuenta aquello de Quevedo de que el «remudar vocablos es limpieza», y ha servido á sus lectores, con distintos títulos, tres platos idénticos. ¡Y qué platos ó qué libros!; como una muestra de los primores de estilo que contiene el último, y que, como digo, son parecidos á las bellezas desparramadas en los otros dos, voy á permitirme señalar algunos, rogando anticipadamente al lector perdone la pesadez que resultará de ello.

Después de un latín que no viene muy á cuento. comienza el libro con este párrafo:

«Sí; yo soy AQUEL QUE EN otro tiempo no muy lejano todavía, PERO algo *(ya empiezan los peros)* menos infeliz QUE el presente, PORQUE al fin no mandaba Cánovas, ni Fabié nos había RESULTADO ministro, SAQUÉ á relucir LOS ripios de LOS condes y marqueses que LOS tenían.»

¿Le parece al Sr. Valbuena que ese *pero* está bien empleado, que ese *resultado* es correcto, y que esos tres pobres *los, los, los,* tan cercanos son armónicos? Esto aparte de que es incorrección manifiesta decir que los condes y marqueses (marqueses y condes debe decirse lógica y gramaticalmente) tienen ripios: los tendrán sus versos; pero lo que es ellos... digo... paréceme á mí que no los tendrán.

Después de otro *pero* tan mal empleado como el anterior, dice el Sr. Valbuena en la página siguiente:

«¡Y cuidado QUE para ser MAS MAL poeta QUE Velarde y Cano...»

¿Cree propia la expresión *más mal* poeta? ¿No estaría mejor decir *peor* y así hubiera evitado esa insípida cacofonía de *más mal?*

Y sigue en el párrafo siguiente el Sr. Escalada:

«PERO no hay que darle vueltas. PARA...»

¡Qué aficionado es usted á *peros*, y que *pero para!*

Y continúa el cascote así:

«... QUE... bien se conoce QUE estaba subyugada Italia cuando D. Antonio LA disparó LA oda, PORQUE...»

Que, qué, la, la, porque. Lo que digo, primores de dicción... y la Gramática por los suelos.

Casi á renglón seguido viene después un *sufrido* (Baralt no oiga), que á cien leguas transciende á galicismo, y luego cuatro *ustedes* pedestres, unos cuantos *peros, mases,* algunos *ques, porques,* y este parrafito rompe-cabezas:

«Y toda la oda de D. Antonio es asi; no quiero decir como las uñas de los conservadores, AUNQUE TAMBIÉN LAS PARECE EN LO LARGA, SINO ASÍ MALA COMO LA ESTROFA DE HELO.»

¿Han entendido ustedes, señores lectores?: á mí, náuseas me produce el parrafito cada vez que...; sobre todo eso de «*aunque también las parece en lo larga, sino así mala*».

Y continúa el Sr. Valbuena:

«LO QUE hay es QUE por lo mismo QUE...»

Y luego sigue tan fresco:

«ASÍ QUE, SALTANDO SOBRE MUCHAS MUY MALAS...

(Suple *estrofas*, y no parece sino que éstas son caballerías para que se pueda *saltar sobre*

ellas: por cima, podía, aunque impropio, pasar; pero ese *sobre* es de lo más galicano que he visto. (Adelante.)

«ASÍ, QUE, SALTANDO SOBRE MUCHAS MUY MALAS (*mu, mu, ma,* ¡qué oído!), tan malas como buenas son las del modelo QUE don Antonio se propuso imitar ó superar, QUE fué la oda de Zorrilla á Roma, sucediéndole lo QUE (dale con los QUES) al cuervo QUE (y dale) por HAber visto A unA ÁguilA (hay que abrir un palmo de boca) volar con un cordero entre las uñas, QUISO él volar con un carnero y QUEdó enredado en LA LANA (solfa pura); SALTANDO, digo, SOBRE muchas (otra vez el *sobre* y el *salto*: ¡ni que estuviera en campaña!), se llega á una en que don Antonio acaba de FASTIDIAR á Italia.»

Usted sí que *fastidia* al idioma, Sr. Valbuena; *porque,* ¡cuidado *que* es malo de remate todo eso... y lo que sigue!:

Página 14:

«¿Se convence USTED de QUE no tiene USTED ni pizca de buen gusto, y de QUE ES USTED...»

Eso digo yo: ¿se convence usted... de lo mismo?

«¡Vaya QUE un hombre QUE escribe múllele con prolijas!...»

¡Vaya, *que* un hombre *que* escribe como usted lo hace!

Página 17:

«¿Y QUÉ SE HA HECHO, pregunto yo, QUÉ SE HA HECHO dE nuestra fama de nobles, hospitalarios, hidalgos, leales, generosos?»

Y generosos, Sr. Valbuena, *y* generosos se dice; y además se escribe sin tantos hiatos como esos y estos otros que siguen á esos:

«Apenas el príncipe heredero de Prusia ha puesto (*puso*, pide á gritos la sintaxis) los pies en Madrid, ha sido (fué, se dice) objeto de un atentado.»

Si continuase examinando *Ripios Vulgares*, había tela cortada para rato; mas como no quiero agotar la paciencia de los lectores, terminaré copiando del libro un párrafo que me recuerda este letrero que vi días pasados en una tienda de la calle de Hortaleza:

NAVAJAS DE AFEITAR INGLESAS

Dice el párrafo (página 89):

«Uno de los muchos parientes que tiene mi tocayo Don Venancio González en el Corral... (hablo del Corral de Almaguer), creyendo, sin duda, que este Venancio González es el otro, ó mejor dicho, que el otro es éste, me ha remitido un número del famoso *Renacimiento* de Sevilla, que por casualidad llegó á sus manos de tapadera de un puchero de arrope...»

Sirviendo de tapadera á un puchero que contenía arrope estaría bien dicho; pero del modo que lo dice Escalada, González ó Valbuena, significa, ni más ni menos, que la persona que le remitió el *Renacimiento* tenía las manos de tapadera de puchero, y que éste, en lugar de ser de barro cocido, era de arrope.

Para concluir: si yo siguiese el sistema de crítica usado por el Sr. Valbuena sacaría punta á sus defectos, y atento sólo á ellos le pondría de hoja de perejil y como digan dueñas, llamándole... lo que él llama á personalidades de más justa y merecida fama que la suya. ¿Sería esto lógico, bueno y propio? No; porque aparte sus defectos, que son muchos, es un prosista pasadero, nada más que pasadero; aunque como poeta es atroz de malo, peor cuatro veces por lo menos, que cualquiera de los que él ha criticado. Que lo digan sinó las poesías ¿! publicadas pronto hará un año, si es que no lo ha hecho ya, en *El Oriente de Asturias*, semanario de Llanes (1).

Una salvedad como final.

Declaro honradamente que no me guía animadversión alguna contra el Sr. Valbuena, y que ni tengo resentimientos que vengar ni particulares defensas que hacer. Sólo le conozco de vista, y no trato á ninguna de las personas que él maltrata. Mi crítica es desinteresada, y si alguno la cree dura, repare que más dura es la suya. Sobre todo... ¡qué le hemos de hacer!, yo la ejerzo á mi manera, y cada uno escribe y dice las cosas como sabe y Dios le da á entender.

(1) Este artículo se publicó la primera vez con fecha 29 de Julio de 1891. Lo que menos me figuraba yo entonces es que había de formar parte de un libro.

PRIMER ¡AY! VALBUENISTA

Este primer ¡ay! no es precisamente del señor Valbuena; *pero* (estilo Escalada) es de un admirador suyo que esconde su nombre y habla en plural desde las columnas de un semanario de cuyo título me acuerdo perfectamente.

Por ser, pues, de un admirador de Venancio González, y por añadidura, según declara, aspirante á defensor de sus cascotes, señalo este artículo como *primer ¡ay! valbuenista*.

Este primer ¡ay! viene de las hermosas playas asturianas nada menos, y ha salido del pecho de un llanisco que debe tener la epidermis sumamente fina; puesto que mi artículo anterior le ha producido el efecto de un sinapismo de Rigollot, cuando no es más que una cataplasma calmante aplicada al Sr. Valbuena.

El ¡ay! llega á mí en forma de un *Comunicado* que no es comunicado, ni suelto, ni noticia, ni cosa que se le parezca, y en él dice (creo que

por decir nada más) el incógnito pretendiente á defensor, que *ellos* (léase *él*) «han aplaudido las obras de Valbuena *con con*ciencia (y con cacofonía también) de su bondad y belleza».

Con su pan se lo coma el anónimo *comunicante* y aplauda cuanto quiera, que yo en esto no he de irle á la mano ni mucho menos; pues si él *con conciencia* aplaude, yo en conciencia critico y... en paz. Ello es cuestión de gustos y quizá de estómagos también. Á él le sabrá á gloria el *odorífero* queso de Cabrales, y á mí sólo el *aroma*, cuanto más el sabor, me produce vértigos. Por idéntica razón de gustos, al desconocido defensor le parecerán bellezas y bondades lo que á mí se me figuran burdos calificativos y gracias cascabeleras.

El público dará la razón á quien la tenga; y lo que hoy por hoy puedo afirmar, es que mi opinión no está aislada; pues tengo la seguridad de que muchos que han leído sin trampantojos en la vista las críticas del Sr. Valbuena, imparcialmente juzgan sus obras lo mismo que yo. Hasta la suave y modosa «*Correspondencia de España*», que á todo dice *amén* y *bueno*, en una noticia bibliográfica acerca de «*Ripios Vulgares*» ha señalado *algo*, significativo para los que sepan leer entre líneas.

Lo que pasa en esto de Valbuena es que nadie quiere hablar con claridad y todos callan, no

sé si por desprecio á sus... *críticas*, ó por miedo á sus... *ocurrencias*.

¡Cualquiera se mete con un hombre que parece pretende cobrar el barato en literatura!

Por lo demás, ¿querrá decirme el obscuro paladín cuáles son y dónde están esas bondades y bellezas que él ha visto en las obras críticas de su defendido? Se lo agradecería; porque yo, por más que miro, ni con microscopio las encuentro; y conste que no soy miope.

Afirma después, sin pruebas, el *oculto* señor del *Comunicado*, que mi artículo «no responde á las exigencias de la buena crítica», con lo cual, pretendiendo atacarme y defender al Sr. Valbuena, da á éste un varapalo; puesto que yo en el dicho artículo no hice más que seguir la corriente á Escalada, usar de lo que él abusa y herirle con parecidas y más lícitas armas que las que emplea.

No pretenda, pues, el *escondido* caballero darme lecciones que no necesito. Sé bien lo que es una verdadera crítica, y de qué modo, cuándo y con quiénes se debe emplear ésta. Si la mía responde ó no á las exigencias que dice el *comunicante*, es cosa que está por averiguar y que no pertenece á él, sino al tiempo y á las circunstancias el descubrirla.

Me figuro lo que ha querido decir con *eso*, y no ha dicho, el *sensibilizado* llanisco; por lo cual voy á contestarle diciendo que ya criticaré las

obras de Valbuena *por todo lo alto* el día que quiera perder lastimosamente el tiempo. Ahora no hago más que indicar algunos reparillos y poner unos cuantos puntos sobre las íes.

Créame el señor del comunicado: si ese día que anuncio llegase, tendría más en cuenta que el Sr. Valbuena lo de: «*Parcere personas, dicere de vitiis*.»

Agrega después el defensor en ciernes que *eso* (lo que él afirma sin pruebas) lo demostrará el Sr. Valbuena *si se digna honrar las columnas del semanario*; por lo cual lógicamente se deduce, aunque no lo haya querido decir el *aplaudidor* del Sr. González, la rara conclusión siguiente: si en vez de honrar las columnas del semanario en cuestión, honra otras columnas el señor Valbuena..., ya no podrá demostrar nada de *eso*.

¿Y por qué, además, prejuzgará de ese modo el *invisible* abogado defensor? ¿Le ha dicho ya el Sr. Valbuena *que va á demostrar todo eso?* Pues si se lo ha dicho, hubiéralo escrito claramente; y si nada le ha dicho, estaba en el deber de callar y no meterse á profeta ó adivino; ya que no por otras razones *íntimas* que conoce muy bien el *incógnito*, siquiera siquiera por ser oficios que suelen ocasionar descalabros.

Y ahora viene lo bueno. Dice, como final, el *encubierto comunicante*, que *ellos* (vuelva á leerse *él*) demostrará *subsidiariamente*... (así,

subsidiariamente...) no sé á punto fijo si lo mismo que Valbuena ó alguna otra cosa más; pues lo dice tan mal el *desconocido,* que si no es vizcaíno lo parece por la concordancia que se le ha ocurrido y no cito para beneficio suyo.

Si lo que va á pretender demostrar es, como creo, lo mismo que *demostrará* Valbuena (lo cual está por ver), tendremos en el palenque, señores lectores, dos guerreros para un pobre fraile, de suyo pacífico y contemporizador.

Por supuesto, *que* yo creía *que* el Sr. Valbuena no necesitaba *subsidios* de nadie, y *que* se bastaba y se sobraba *por* sí solo *para* demostrar *esas cosas; pero* cuando el desconocido acude *subsidiariamente*, necesitará subsidios D. Miguel. ¡Quién va á saberlo mejor que el defensor, *en futuro,* del Sr. Escalada!

¡Hermoso corazón el suyo! ¡¡Herm*oso*, prec*ioso* y gener*oso* corazón, sí!! Acudir en socorro de los necesitados, de los menesterosos, de los que «han hambre y sed de justicia» literaria y sufren persecución por ella, como el pobrecito Sr. Valbuena, es á los ojos de Cervantes una obra meritoria, satisfactoria, propiciatoria... y otras cosas que acaban en *oria.*

¡Lástima que hoy no haya quien escriba un nuevo *Don Quijote* para ensalzar las proezas de los modernos caballeros andantes, desfacedores de agravios y horripilantísimos entuertos críticos!

SEGUNDO ¡AY!

Aquel nuevo caballero andante, *desfacedor* de agravios y horripilantísimos entuertos críticos, *subsidiador* arrepentido y defensor del señor Valbuena á plazo incumplimentado, parece ser que está, como el hidalgo manchego en la venta donde servía Maritornes la bella, molido, entrapajado y compungido á consecuencia de las merecidas *caricias* que le propiné en mi artículo anterior; el cual artículo le ha hecho prorrumpir, por lo bajo, en lamentos jeremíacos y en un tan triste y continuo ¡ay! que parte los corazones sensibles el oirlo.

Sin duda por estas causas, las otras ó las de más allá, acaso por estar preparando el bálsamo de Fierabrás que cure sus magulladuras, ó quizá, y es lo más probable, por haber caído en la cuenta de que «en boca cerrada no entran moscas» y que «al buen callar llaman Sancho», no ha vuelto á decir «esta boca es mía» en el periódico que

confecciona y dirige tan á gusto de parientes, amigos y testamentarios, para honra y gloria (es un decir) de la literatura española.

Pues bien: si eso se ha dicho para su gorro de dormir el indiscreto abogado defensor, y se ha echado además la cuenta de que no puede probar lo que afirmó al tun tun y únicamente por meter la patita; si toma, en vista de ello, el partido de dejar á D. Antonio sin subsidios y á mí sin las *demostraciones* aquéllas que prometió con tanta ligereza como desparpajo, declárelo lealmente, que la hidalguía, caballerosidad y franqueza oblíganle á ello para no quedar ante el público como un tal y un cual, incapaz de esto y lo otro.

Que tal cosa había de suceder, ya me lo suponía yo; pues me daba en la nariz que había de convertirse en carabina de Ambrosio, espada de Bernardo ó agua de cerrajas aquella trágica actitud de ponerse de puntitas, levantar el dedo, ahuecar la voz y gritar

(«Pálido el rostro, cejijunto el ceño;»)

¡yo soy canela y «Non feram, non patiar, non sinam» que se critique á Valbuena!

¡Pobre Sr. Birrete!... ¡Y si fuera esto solo, menos mal! Pero yo no sé por qué, me figuro que la buena armonía y perfecto maridaje que reinaba entre D. Venancio y él se habrá deshecho

como la sal en el agua, y si antes estaban á partir un piñón, hoy estarán como la sartén y el mango del cuento que dice:

«Con sartén la de Almadén
casóse el mango en Durango,
y ¿quién mejor para quién
que el mango con la sartén
y la sartén con el mango?
¡Pues no se llevaron bien!...»

No es creíble que D. Antonio haya tenido el mal gusto de llevar á bien que el *sensibilizado* llanisco se metiera de hoz y de coz en el asunto para hacerlo tan pésimamente, y por otra parte el *incógnito* defensor no habrá llevado á bien tampoco que Valbuena le esté dejando feo y en situación ridícula con el acuerdo, bueno y conveniente para él, de no contestar á mis zurriagazos.

De todo lo dicho se deduce que por *mor* de estos dos señores no he proseguido antes ni podré continuar en lo sucesivo los *ayes valbuenistas* que me había propuesto; á no ser que allá, cuando nadie se acuerde de tal cosa, tenga por conveniente el Sr. Valbuena, á la chita callando, salir, según uso y costumbre, con alguna... *gracia* de las de repertorio; ó á no ser también que el señor de los *subsidios* saque á colación éstos para volver á lucir sus especialísimas concordancias y ese *donaire* y *gracia* en el decir, que le

son, (Cervantes me lo perdone), tan peculiares. En cualquiera de estos casos, ú otros parecidos, continuaré con el tercero y demás *ayes;* que me alegraría sirvieran de regocijo y solaz á los lectores.

Pero el que suspenda por ahora los *ayes* no es razón para que deje á D. Antonio abandonado, (¡pobrecito!) y sin administrarle, *aliquando,* alguna que otra medicina reparadora y necesaria á su temperamento crítico.

Firme en este propósito comenzaré pronto á publicar una serie de articulitos con el epígrafe *Cascotes valbuenistas;* pero es necesario para ello que el lector atienda á lo que me resta por decir, y sobre todo al *anuncio* que va al final.

En mi primer artículo dije de Valbuena que era, como poeta, cuatro veces peor, por lo menos, que cualquiera de los que él ha criticado, y agregaba que lo podían decir las poesías que había publicado há un año en un semanario asturiano. Pues bien: no quiero hacer uso de dichas poesías, á causa de que sé el cómo y el por qué fueron escritas. Deseo ser más generoso que él lo ha sido con los que tan despiadada y sañudamente ha criticado, y para probar mi aserto de que es mal poeta no trataré de recordar la historieta de los ojos negros y las poesías alusivas á ellos, tanto por lo de la historia, como por ser los versos rematadamente malos.

Sé que Valbuena ha publicado un idilio titulado *Historia del corazón* nada menos; y como el que es mal poeta lo demuestra en todas sus poesías, de esta *Historia del corazón* quiero hacer uso para probar lo que afirmo. La he buscado en librerías de nuevo y en librerías de viejo, y no he podido encontrar un ejemplar para remedio; por lo cual suplico á los lectores que posean alguno atiendan al anuncio siguiente:

ANUNCIO VERDAD

El lector que tenga algún ejemplar de la *Historia del corazón*, idilio, por Valbuena, y quiera remitirlo en calidad de devolución al autor de este escrito, podrá hacerlo á la redacción de *La Unión Católica* ó al domicilio del peticionario, Cardenal Cisneros, 73, principal; el cual, en pago de servicio tan señalado, escribirá en la cubierta del idilio unas seguidillas manchegas referentes al mérito de los versos del simpático (y no diestro) Sr. Valbuena.

EL IDILIO DE VALBUENA

En el *segundo ¡ay! valbuenista* ofrecí á los lectores una serie de artículos, y como lo prometido dicen que es deuda y Valbuena un poeta protomalo, archipésimo y por lo menos cuatro veces peor, como tengo dicho, que cualquiera de los que él ha criticado, hoy comenzaré, *calamo currente,* la tarea de probar tales asertos; no sin dar antes las más expresivas y *encarecidas* gracias á todos los señores que atendieron al *Anuncio* y tienen á bien el enviarme ejemplares de la *Historia del corazón*.

De esta *historia, ó cuento, ó aventura, ó especie de idilio* (pues de todas estas maneras la llama Valbuena), lo primero que he de decir es que no es ni idilio, ni aventura, ni cuento, ni historia; y lo segundo, confesar ingenua y lealmente que me equivoqué de medio á medio en mis conjeturas ó apreciaciones respecto á ella: pues yo

la creí mala antes de leerla, y me convenzo, después de haberla leído, de que es... mucho peor de lo que me figuraba; tan mucho peor, que allá se va en mérito literario con las coplas de Mingo, las de Calainos ó las de Perico el ciego; si es que éstas no son, como creo, mejores.

Pero iré por partes, como diría el propio señor Valbuena, y examinaré la obrita bajo dos diferentes aspectos: tocante á su fondo ó asunto y en lo que atañe á la forma.

Respecto al fondo, se reduce el *idilio* á lo siguiente:

Valbuena cuenta á una tal Juanita, que dice es encantadora, la historia, aventura, *especie de idilio* ó lo que sea, de una *niña de quince años* llamada Inocencia (*Inocencia* se había de llamar); la cual *niña de quince años*, ó Inocencia, pura, gentil, bellísima, inocente, con toda la gracia del bautismo y otras cosas más... según Valbuena, se enamora, ó *cosa semejante* (según Valbuena también), de una golondrina que, trina que te trina, se posaba en *sus* balcones á *cantar su pena* ó *su placer* (no se sabe si la *pena* ó el *placer* de Inocencia ó el suyo propio; el de la golondrina).

Esta golondrina *cantaora* de penas y placeres, (sería andaluza y se *arrancaría* por playeras y otros *excesos*), en un *amanecido* y *claro* día de Agosto se marchó, y... la del humo..., no volvió

como las otras de que nos habla tan hermosamente Becquer:

«Volverán las oscuras golondrinas»,

dejando, por lo tanto, sin *peteneras* á la pura, gentil é inocente Inocencia. Ésta, que se afligió mucho, (Valbuena lo declara), *aspiró* «á llenar *aquel vacío*» (no sé qué vacío),

«Que quedaba en *su pecho* MUDO Y FRÍO
Y triste COMO NICHO FUNERARIO»

enamorándose del *pálido* canario de un portero, al cual llamábale *monín, rico, tesoro* (al canario *pálido*). y le *daba á oler flores campesinas,* agasajándole con hojas de lechuga y cañamones. Mas el diablo, que no duerme porque *el estudiar le* AQUEJA NOCHE y DIA, según Valbuena afirma, hizo, (bien dicen que cuando el diablo no tiene que hacer con el rabo espanta las moscas), hizo, repito, que Inocencia dejase abierta la portezuela de la jaula, y que el canario, que ya no es *pálido,* sino amarillo, se escapara y fuera á parar á la boca de un gato, el cual, desplumado (¿el canario ó el gato?), se lo engulló en seguida.

(Esto del canario cualquiera diría que no es más que un plagio de la conocida fábula

«Prisionero se hallaba
un canario pulido»;

pero un plagio insípido. Adelante.)

El desconsuelo de Inocencia es imposible de decir, y

«No hay expresión que alcance
El abismo á medir de su tormento»;

pues se pasaba los días y las noches EN DOLOR NEFANDO, y estuvo

«A punto casi de morir de pena»;

lo cual no fué obstáculo para que, aun durando «CRUDO SU DOLOR SIN TASA» (cuánto disparate!), se enamorase... ¿de qué dirán ustedes?, pues de una mata de flores, á las cuales decía *cariños* y *embelesos* y regaba con «agua que manaba de una fuente que había en el interior de una floresta»; pero las flores... ¡que si quieres!... á pesar del riego y de los mimos de Inocencia, un día

«*No pudieron* ALZAR LA SIEN COBARDE»

(¡qué barbaridad!) y se agostaron «ENTRE SUSPIROS DE PENAR Y ANGUSTIA».

(Hay que figurarse, dice D. Antonio, el *quebranto,* la *agonía* y el *dolor* de la pobre Inocencia, «otra vez desgraciada en sus amores»; y para que uno se *figure* mejor estas cosas y también las atrocidades que escribe, suspende la *historia* para decir unas cuantas tonterías que él llama *filosóficos arrebatos.)*

¿Ustedes se han figurado todo eso ya?; pues continuemos.

«*Anegada en dolores Inocencia*» y «LLORANDO LÁGRIMAS Á RÍOS» se sentó junto á una fuente y *se figuró* que ésta *murmuraba*

«De cántiga amorosa
la vaga melodía»,

lo cual fué bastante

«Para que ya en la fuente descubriera
un nuevo *objeto á su ilusión amante.*»

y no se apartase de la tal fuente ni un momento. A ella «iba con los albores matinales» (del brazo acaso), y en la tarde serena á «bañar sus labios *en los cristales*», jugar con la arena (para concertar con *serena)*, y decir... cuatro simplezas mayúsculas; pero llegó el «FEROZ ESTIO», y en el mes de Septiembre que «EXPIRABA SOFOCADO», fué *bajando por momentos* la fuente hasta que se secó.

Los ojos de Inocencia también «se quedaron secos» ante la nueva contrariedad, y dice Valbuena que «*el agua que por ellos vertió nadie lo sabe*»; mas hé aquí que *asoma la luna pálida* (como el canario) su

«Faz que lo triste con lo bello aduna»

y... ¿qué hace Inocencia?, pues quedarse de ella *enamorada* como una tonta y decirla muchas cosas.

(¡Qué cosas la decía
la niña en su ternura!,

como exclama Valbuena): «*Paloma mía, ya siempre te querré, pues tu luz blanca*

«Es hoy la que me arranca
De entre los negros brazos de la muerte»

y otras «ternezas» por el estilo. *Lo cual que la luna fría*

«Al sentirse tratar con tanto mimo»

se despepitaba por enviar á Inocencia «*más claro rayo de luz*», como diciéndola: «estimo tus finezas.»

La *niña de quince años* aguardaba á la luna en su balcón, y ésta acudía cada vez más tarde á los coloquios amorosos, hasta que menguando menguando, (no sabemos si por culpa del diablo también), no volvió á verla Inocencia; y eso que esperándola

«Pasó la noche á su balcón en cela»

(en francés ó en gringo por lo visto).

Inocencia, ¡claro es!, sintió mucho la falta de la luna; pero no se corrigió de la tontería de sus amores, pues dice Valbuena que luego se enamoriscó de la *nieve*, después de la *espuma*, (no señala si de la espuma del puchero ó de otra), más tarde de las «*pompas* que en el río

«Forman las gotas de agua cuando llueve»,

y en fin, de *mil cosas más* que Valbuena se ca-

lla, y hace bien en ello; porque para atrocidades, bastan y sobran con las que ha escrito.

Eso sí, á Inocencia «*nunca la ocurrió querer á un hombre*».

«*Lo cual* hubiera sido lo más triste»,

como dice D. Antonio; pues «los hombres *son*» (él no se cuenta)

«Peores que mariposas»

en *estas cosas* de amor: símil que es un... dislate de los de á folio, y tan adecuado al asunto como tantísimos otros del propio cosechero.

Valbuena concluye su relato insulso llamando «*infinita cadena de desgracias*» y «*pesares sin nombre*» á la sarta de bobadas y soserías qué se le han ocurrido; y... caten ustedes en qué consiste el *fondo* ó el asunto de la «*Historia del corazón*», título éste que cuadra tan bien al *idilio,* ó lo que sea, como «*La castaña pilonga*» ó «*El flautín descompuesto*».

Los comentarios en el próximo artículo.

COMENTARIOS AL FONDO

Quedamos en que el *idilio «Historia del corazón»* lo mismo podía titularse así que *La castaña pilonga* ó *El flautín descompuesto,* dado que no es tal historia del corazón ni cosa que á cien leguas se le semeje; y quedamos, asimismo, en que hoy haría los comentarios referentes á su fondo ó asunto.

Pues bien: si el *famoso idilio* mereciera la pena de ello, y yo fuese aficionado á esa crítica de *alto vuelo* que de tanto como quiere decir no dice nada la mayor parte de las veces, ocasión oportuna sería la presente para echar mi cuarto á espadas, hablar de todo lo que me viniera al magín, é irme por las ramas ó por los cerros de Ubeda escribiendo de cosas que acaso guardasen entre sí tanta relación como Julián Merluza con el *«Arte de tocar las castañuelas»*.

Barajaría para ello unos cuantos nombres más ó menos exóticos y difíciles de pronunciar, cita-

ría muchos libros y revistas extranjeras que quizá no haya leído ni visto en mi vida, y á vueltas de Heine y Musset, Goethe y Schiller, Veuillot, Lamartine, Bürger, Hartman y tantos otros; á vueltas también de si Homero dijo, Dante afirmó, Leopardi opina, y si el subjetivismo por aquí, la épica por allá, la lírica por este otro lado, lo individual por todas partes y otras cosas del mismo soniquete, acabaría por hacer un pisto manchego que de todo tuviera menos de crítica franca; con el cual únicamente conseguiría dejar semipasmados de tal chorro de *elocuencia* y *sabiduría* á cuatro simples que, pagados de lo aparente y superficial, me tendrían por un hombre *muy leído, muy sabido* y *muy* digno acaso de figurar entre los emborronacuartillas de esta ó de la otra fila y tendencia literaria.

Quédense tales primores para cosas de más fuste é importancia que las de Valbuena; hagan uso de ellos los *Clarines* más ó menos roncos que pretenden elevarse á las alturas de un Menéndez y Pelayo, un P. Blanco García ó un Balart, y líbreme Dios de caer en tentación semejante; que yo no pico tan *subido* ni aspiro á otra cosa que á decir lisa y llanamente lo que siento; con entera independencia, amplio criterio y castellano corriente y moliente.

De esta manera, pues, diré del fondo del *idilio* lo poco que me resta por decir.

Se reduce él, como saben los lectores, á que una niña (de quince años, no olvidarlo) se enamora

«De mil cosas en suma
A cual menos estable, á cual más breve»,

entre las que cita Valbuena una golondrina, un canario, una mata de flores, una fuente que mana, la luna y no sé qué espuma; todo lo cual produce á Inocencia, que es la niña, una «infinita cadena de desgracias y pesares sin nombre».

A esto llama el Sr. Valbuena *Historia del corazón*, como si todos los corazones fueran iguales y no tuviesen más fin ni otro destino que el enamorarse de una chirivía hoy, mañana de una remolacha, pasado de una zanahoria, luego de un perro dogo, después de un hipopótamo, en seguida de un besugo, más tarde de un alcornoque, y así sucesivamente hasta encariñarse con los versos de D. Antonio, *lo cual* sería lo más triste.

Esta es la consecuencia natural y lógica que se desprende con toda claridad de lo que ha escrito Valbuena; y si éste, como algunos supondrán, y yo también supongo, no ha querido decir tal cosa, que lo hubiera pensado mejor antes y lo dijese á tiempo, pues yo no estoy obligado á adivinar pensamientos ajenos; por lo cual me atengo á lo que leo, y repito que si la historia del corazón consiste en amar cosas

«A cual menos estable, á cual más breve»,

tan inestable y tan breve es una remolacha ó un besugo como una mata de flores ó un canario; y no hay razón, sentado el precedente, para menospreciar y dejar de querer á una zanahoria ó á un alcornoque, y enamorarse perdidamente de la espuma del puchero ó de la luna llena; cuanto más, que esto ya sería cuestión de gustos, y así como Inocencia se enamoró de la nieve y de la espuma, no faltaría, andando el tiempo, quien hiciera el oso á una olla zamorana ó á la destemplada guitarra de un ciego.

Por lo que voy diciendo se podrá comprender lo inadecuado é impropio que es, á todas luces, el pomposo título del idilio, y la verdad con que he afirmado que lo mismo podía llamarse «*Historia del corazón*» que *La castaña pilonga* ó *El flautín descompuesto.*

Si desacertadísimo anda el Sr. Valbuena en esto, no va menos equivocado en todo lo demás del *idilio:* bien es verdad que éste es un puro desacierto desde el principio hasta el fin; por lo cual no comprendo cómo el diablo, que ya saben ustedes que no duerme porque «el estudiar le *aqueja* noche y día», no ha hecho alguna de las suyas con la «*Historia del corazón*».

No quiero hacer pesado este artículo, y, por lo tanto, voy á señalar nada más que otra equivocación de fondo con el comentario que corresponda.

Parece ser que la *acción*, digámoslo así, del

idilio ó especie, ocurrió en un tiempo en que no se pintaban las mujeres, y en que el vicio dominante de éstas era la constancia. ¿Qué tiempo sería éste en que tanta constancia tenían las señoras? Valbuena no lo dice, pero

Juzgando por los *síntomas*
que tiene *historia tal*

la época no debe ser muy remota, puesto que en ella había marqueses, condes, capellanes y porteros con canarios *pálidos;* por lo cual creo, y así lo digo, que la tal *historia* está errada; pues desde nuestra madre Eva hasta la fecha, las mujeres, respecto á constancia, siempre han sido... mujeres; y tocante á pintarse, antes del cristianismo había *sagas* y *ungüenterías*, después de él hemos tenido Claudinas, Celestinas y perfumeras, «maestras de hacer afeites, argentadas, bujeladas, cerillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimentes, albarinos y otras aguas de rostro», como ahora tenemos drogueros y perfumistas que venden polvos de arroz, *cold-cream*, carmín, bermellón, bismuto, agua milagrosa, flor del ramillete de bodas y cien cosas más; lo que quiere decir que, tanto antes como ahora, la mujer ha procurado y procura disfrazar sus defectos ó aumentar sus galas naturales con todo lo que el ingenio y el afán de lucro ha inventado é inventa continuamente.

Si el Sr. Valbuena pretende, (como parece ser, á juzgar por lo dicho y por otras cosas), ensalzar el «¡tiempo feliz aquél!», como él exclama, y desprestigiar al presente, dígole que á este siglo no se le debe tener por peor que otros; es uno de tantos, y nada más. Bien se le pudiera llamar el siglo de la *barbarie culta;* pero al fin y al cabo somos sus hijos y debemos tratarle consideradamente y con afecto, máxime el Sr. Valbuena, que le debe la reputación y nombradía literaria adquirida; pues en el «¡tiempo feliz aquél!» no hubiera encontrado periódicos republicanos que insertasen sus artículos, ni quizá editores que publicasen sus obras y le dieran dinero por ellas.

No es sólo esto. Para que se vea más claramente la *confusión* á que llega D. Antonio en su *idilio*, atiéndase á lo que sigue.

Á pesar de las excelencias del tiempo que *canta* y de la constancia de las mujeres de entonces, á Inocencia, la *heroína* de su *historia*, convienen estos versos de un poeta insigne:

> «Pasa del llanto á la risa;
> pasa de la risa al duelo,
> así, de prisa, de prisa,
> todo al vuelo, todo al vuelo»;

y, niña de quince años y todo, no es muy constante que digamos, y sí voluble y caprichosilla

como pocas, pues no PRESTABA PASTO bastante á su ternura

«Ni el querer á su padre que es su gloria,
Ni de su buena madre la memoria,
Ni el fervor de sus tiernas oraciones»,

y eso que consultaba sus dudas con el padre, con el capellán y con el aya; los cuales, aunque no lo diga Valbuena, creo yo que no aconsejarían el que llorara, agonizara y «durase, CRUDO SU DOLOR SIN TASA», porque la golondrina no volviese, al canario se lo comiera el gato, las flores se marchitasen, la fuente se secara y la luna menguase.

Nada... que el fondo ó asunto del *idilio* es de lo más pobre, baladí é insignificante, por no decir otra cosa, que he visto en mi vida.

La forma y el ropaje de que está vestido es... ya verán los lectores lo que es en los artículos siguientes.

LA FORMA

¡Qué cosas tiene doña Emilia!

En el *Nuevo teatro crítico,* hablando de *Capullos de novela,* dice de Valbuena, después de regalarle con un poquito de miel de lisonja, que si tuviera tales y cuales condiciones sería un *criticazo;* si éstas y las otras un novelista, y si aquéllas y las de más allá un buen cuentista.

O yo soy un porro, que no lo debo de ser á Dios gracias, ó esto, en plata, con los rodeos y sin los rodeos que doña Emilia emplea para decirlo, es una bonita manera de llamar á D. Antonio mal crítico, peor novelista y cuentista sin grandes condiciones; alabándole de parecido modo al que de su pie dijo un famoso escritor:

«Sólo el pie de mi te alabo
Salvo que es de mala hechura,
Salvo que es muy ancho, y salvo
Que es largo, y salvo que suda.»

Lo mismo podía ensalzar yo á mi amigo Pe-

pito Cebolleta, autor de la novela *El celemín de habichuelas;* si él, Cebolleta, tuviera la prosa del insigne maestro Pereda y supiese pintar caracteres como los de Prezanes, Mortera, Guirle, Pablo, Resquemín y otros, escribiría libros tan hermosos como *El sabor de la tierruca,* sería el primer novelista contemporáneo y un escritor comparable únicamente con el eximio manco de Lepanto; mas como esto no puede ser, porque Pepito Cebolleta escribe casi tan mal como Valbuena, no quiero conjeturar las condiciones que le falten para ser un Cervantes moderno.

Es una lástima que á la señora Pardo Bazán se le haya olvidado ó no haya querido decirnos lo que Valbuena necesita para ser un buen poeta; pero yo supliré su silencio con mi crítica y quedará completo el cuadro.

A D. Antonio le falta para ser buen poeta... el serlo; es decir, todo, absolutamente todo, pues no tiene de tal ni la más mínima condición; antes al contrario, es malo de remate.

Ya habrán visto ustedes lo que el desdichado *idilio* significa respecto al fondo, y ahora irán viendo lo que es tocante á la forma. Para esto no haré lo que Valbuena, escoger aquí y allá cuatro defectos que en toda obra por buena que sea se encuentran, sino trasladar, verso por verso, casi todos, ó todos, los de la «*Historia del corazón*». Así quedará más patente lo que afirmo, y el

público podrá apreciar mejor la verdad de mis asertos.

Manos, pues, á la obra.

«Á JUANITA»

(Háganme los señores lectores el favor de compadecer á esta pobre Juanita.)

«Hubo un tiempo, Juanita encantadora,» *(ora.)*

(Y desgraciada también, por ser el blanco de los cascotes de D. Antonio.)

«En que no se pintaban las mujeres, *(eres)*
«Como sucede ahora.» *(ora.)*

Este *como sucede ahora*, indica gramaticalmente lo contrario de lo que Valbuena quiere. La inteligencia de D. Antonio va por un lado y su pluma tira por otro.

Ni sentían la sed QUE HOY LAS DEVORA, *(ora)*
DE TRAPOS Y ALFILERES... *(eres).*

La *figura* es elegante si las hay, con puntos suspensivos y todo, que no sirven para nada, porque concluye el pensamiento.

Me parece estar viendo á una damisela, sensible y relamida, atracarse de trapajos y alfileres de todas clases y tamaños, y ponerse el estómago como cajón de sastre.

«¡Qué tiempo aquél!»

(Si no había poetas como usted, Sr. Valbuena, sí que sería buen tiempo.)

«¡Qué tiempo aquél! Aun no se conocía
la moderna cultura *(¡claro!)*
ni la empleomanía
ni la literatura; *(¡Qué versecitos!)*
es decir,»

(Es decir, que esto es muy prosaico.)

«la de moda; no escribía
dramas Echegaray, tercetos Cheste,
revistas de salones *Asmodeo.*»

(Ya quisiera el Sr. Valbuena escribir como estos señores.)

«Novelas Frías (D. Ramón Ortega);

¡Pobre D. Ramón! ¿Qué le habría hecho á Valbuena?

«Nadie hablaba, ni en chanza,
«De la revolución ni de la peste;

Ni de la peste de malos versos que aconsonantan con otros que están cinco renglones más arriba.

«Ni en lengua casi griega
«Con puntas de sanscrito y de caldeo,
«Que *afortunadamente*
«Ningún cristiano á comprender alcanza,
«Charlaba el Ateneo; *(usted sí que charla.)*

Afortunadamente está huérfano de conso-

nante y asonanta con peste; para el Sr. Valbuena es lo mismo, por lo visto.

«Ni se enseñaban ciencias de verano
«Con acompañamiento de piano,

Si á D. Antonio se le ocurre poner *ciencias de invierno*, ya hubiera encontrado consonante en *terno* ó *cuerno*. El no se pára en barras ni en cascotes.

«Con acompañamiento de piano
«En la *Institución libre de enseñanza*.

(Punto y... *canto* aparte.)

«¡Tiempo feliz aquel! Sólo el buen gusto
«Dominaba en las letras y las artes
«En santa paz, SIN INQUIETUD NI SUSTO.

Dicho sea con ripio y cascote de padre y muy señor mío, podía haber agregado el Sr. Valbuena:

«Y LO RECTO Y LO JUSTO
«DABAN.

(El Sr. Valbuena sí que da... lo que yo me sé.)

«Siempre la ley en todas partes,
«Ni en miércoles ni en martes

Lo mismo da arriba patas que patas arriba. *Martes* hacía falta para *partes* y *artes*, y otro día de la semana no podía servir.

«Ni en miércoles ni en martes
«A NADIE LE OCURRIÓ que la conciencia, *(éncia)*
«Pudiera convertirse en intereses; *(eses)*
«Y eran desconocidos los ingleses, *(eses)*
«Y la *Plata-Meneses, (eses)*
«Y *La Correspondencia (éncia).*

¿Pero esto es verso, ó qué? Coplas de ciego conozco yo que son mucho mejores, ó no tan malas, como ESTO que Valbuena ha bautizado con los nombres de *idilio* é *Historia del corazón.*

«No habia Parlamento
«Donde la historia y la moral, en salsa

(¡Caracoles con la salsa!)

«De mentiras, sin chiste y sin talento.

Con estos versos, tan malos como todos los suyos, retrata el Sr. Valbuena lo que es la «*Historia del corazón*»: una salsa de paparruchas, dichas sin gracia ni talento.

«Le sirvieran al pueblo noble y franco,

Y por añadidura paciente hasta dejarlo de sobra, pues tolera poetas tan malos como D. Antonio.

«Ni andaba aún la calderilla falsa,
«Ni asfixiaban los puros del estanco

Ni los versos del Sr. Valbuena tampoco asfixiaban.

«Ni sufrian descuento
«Los billetes de Banco.

El *descuento* es consonante de *talento*, que está cinco renglones más atrás. Costumbre es de D. Antonio el rimar así; pero compensa este defecto aglomerando en otra parte muchos consonantes seguidos, como se ve en *intereses, ingleses* y *Meneses*. ¿Tendrá el oído á componer?

«No habia liberales
«Raza la más dañina de... *señores*

Léase *de... Valbuenas;* pues si no estoy equivocado, es la... *gracia* que quiso escribir D. Antonio.

«(Aun los conservadores),
«Y CON ESO ESTÁ DICHO QUE faltaba

Y con eso digo yo, porque es la verdad, que los *versos* del Sr. Valbuena son una mala prosa pésimamente rimada.

«EL MÁS TERRIBLE MAL DE ENTRE LOS MALES
«LA PEOR CALAMIDAD DE ENTRE LAS PEORES.

Mire usted, D. Antonio: el más terrible mal y la peor calamidad de todas es el escribir versos tan rematadamente malos como éstos, que son capaces de destrozar los oídos á un sordomudo de nacimiento. ¿Usted cree que *eso* es poesía, señor Valbuena? ¡Qué oído, Dios bendito!

«¡LA PEOR CALAMIDAD DE ENTRE LAS PEORES!

Este verso, por sí solo, da ciento y raya en malo á todos cuantos usted ha criticado, y si yo

tuviese afición á escribir *renglones cortos* y hubiera hecho un verso como ése, arrojaría, avergonzado, la pluma, y no volvería en todos los días de mi vida á profanar la hermosa lira de Fray Luis de León y de Meléndez.

«Sin dueñas ni andadores
«*Reinaba* por sí solo y *gobernaba (aba aba)*
«El Rey, dando á su trono pompa y brillo;

(¡Con betún y cepillo!)

«Ni era poder aún, ni lo soñaba, *(aba)*
«Cánovas del Castillo.»

Si el Sr. Valbuena quiere dedicarse á escribir coplas, puedo proporcionarle ciegos que se las canten. Estaría en carácter.

«La libertad de imprenta en el infierno

¡Eche usted, hombre; digo, Valbuena! ¿Qué hubiera sido de usted sin la libertad de imprenta? (De corazones buenos es el ser agradecido, D. Antonio.)

«La libertad de imprenta en el infierno
«Aun se albergaba, *(aba)*.

Si la libertad de imprenta es cosa del infierno, un buen católico como usted, Sr. Valbuena, no debe hacer uso de ella ni publicar artículos en periódicos quizá excomulgados; digo..., me parece á mí, que por lo demás, allá se las haya; pues yo sólo quiero hacer constar que no está usted

en terreno firme al decir pestes, sin ton ni son, de todo cuanto se le antoja: lo mismo de las personas que de las ideas y de las cosas.

«Aun se albergaba, y la censura previa
«Por auto prohibió de buen gobierno
«Que escribiese sonetos Jove y Hevia.

Lo que debiera estar en vigor, para el buen gobierno de la república literaria, es la *Premática contra los poetas güeros, chirles y hebenes*, sobre todo en la parte que se refiere á los «despedazadores de vocablos y volteadores de razones».

De este modo el Sr. Valbuena tendría que dedicarse á otra cosa, y yo me ahorraría el trabajo de escribir estos artículos.

INTRODUCCIÓN DEL IDILIO

¿Han oído ustedes hablar de Jauja? Pues han de saber ustedes, si no lo saben, que tiene un *encanto* y una feliz prosperidad que *asombra* al Sr. Valbuena. Y le *asombra* nada más que para aconsonantar con *sombra;* pues él no ha estado en Jauja ni ha hecho más que oir campanas sin saber dónde, como la Abadesa de *La Bruja*.

«¿Oiste hablar de Jauja?» (*pregunta á la infeliz Juanita*).

«¿Oiste hablar de Jauja? Pues su encanto
«Y SU FELIZ PROSPERIDAD que asombra,
«No fueron ni una sombra
«De aquella edad bellísima que canto.»

Esto es lo que se llama riqueza de consonantes: lo demás es música. Para *asombra, sombra;* para *encanto, canto;* y al que no le guste así que lo deje, y si no que lo haga mejor, andando. ¿Creen ustedes que es cosa fácil hinchar un perro, como decía el loco del cuento? Pues aún es

más difícil esto de quebrarse los cascos rebuscando consonantes en el *Diccionario de la Rima*.

¡Y dice muy serio el Sr. Valbuena que *canta* aquella edad! ¡Qué ha de cantar, señor, qué ha de cantar! Lo que hace es otra cosa. ¿No saben ustedes cuál? Sí que lo saben, vaya.

Y lo que hace también D. Antonio es empedrar de ripios y cascotes todo su *idilio*. Vean ustedes una muestra de los adornos que tiene:

«*Que* á nadie levantaron de la cama
Con su horrendo *estallido* los petardos;
Que no *era* un potosí ni *era* una mina
Un empleo en el ramo de resguardos;
Que no sufrió PERSECUCIÓN DAÑINA
Bajo LOS BUFOS la moral divina,
Ni la vid *conoció* la filoxera,
Ni *conoció* el dinero de los necios
A doña Baldomera;
Que á nadie le engañaban en los precios:
Que era el amor el alma de las bodas;
Que ni los figurines ni las modas
Nos venían de Francia,
Y autores hay *que* cuentan de las bellas
Que llegó á ser en ellas
El vicio dominante... la constancia.»

No critico, por criticar nada más, la repetición de los *ques*. Bien empleados dan vigor y energía á la cláusula; pero el Sr. Valbuena los usa tan á destajo y tan mal, que destrozan los oídos y dejan el discurso deslavazado y flojo.

(Adelante:)

«¡Tiempo feliz aquél! Mas ¿dónde, loco,
«Voy corriendo sin rumbo y sin camino?»

El diantre que lo sepa. Yo creo que á caerse por un despeñadero, de puro tropezar con tanto cascote.

«Perdóname, mi bien, tu gracia invoco.»

Aunque invoque á todos los santos no merece perdón el Sr. Valbuena, por haberse metido á poeta, cuando Dios no le llama por este camino.

«Perdóname este EXORDIO PEREGRINO»,

Ni es exordio, ni es peregrino. ¡Qué ha de serlo!

«QUE YA EL UMBRAL DE LA MATERIA TOCO.»

Lo que toca usted, Sr. Valbuena, es otra cosa, y por desgracia á toda orquesta y desafinadamente, que es lo más doloroso.

«Es QUE de *aquellos* dias,
«De AQUELLA edad que en *dibujar* me empeño,

Antes la *cantaba*, ahora la *dibuja*, después la... ¡qué sé yo! cualquier cosa. El Sr. Valbuena no puede cantar, ni dibujar, ni hacer algo de provecho, aunque se *empeñe* en ello.

«De aquella edad que en dibujar me empeño,
«Hermosa como un sueño
«(Cuando no hay suspensión de garantias).»

(Ni se leen versos del Sr. Valbuena, agrego yo.)

«Quiero contarte un cuento, una aventura,
Una historia» *(cualquier cosa; lo que salga).*
«Una historia, SI NO, sencilla y pura,
«Más que la fe política de Ayala;
«UNA ESPECIE de idilio
«MENOS EMPALAGOSO que un discurso
«DE CASTELAR (Emilio);

¡Por los clavos de Cristo, D. Antonio!: una cosa son las ruindades y bastardeos políticos nacidos de míseras pasioncillas, y otra cosa muy diferente la verdad. Ésta procede de Dios, y es de buenos cristianos el confesarla siempre; y la verdad, la pura verdad declara que Castelar es una honra nacional en la oratoria. como lo son también Cánovas. Pidal. Moret. Martos y otros, pese á quien pese y dígase lo que se quiera por gente mal intencionada y gacetilleros de tres al cuarto, tan estúpidos como poco amantes de las glorias de su patria.

Usted, que no es un ignorante. Sr. Valbuena, ni mucho menos un estúpido gacetillero, no descienda, por Dios, á tales vulgaridades, ni pretenda desprestigiar. por ejercer de gracioso, lo que nuestra bendita nación tenga de bueno en política, en la literatura, en las ciencias y en las artes; consejo que hago extensivo á los payasos de nuevo cuño que emplean la poca sal que tienen en la

mollera en descarrilar y pervertir la opinión con bufonadas de mala ley.

Seamos, ante todo, buenos españoles; no nos destrocemos miserable é inútilmente los unos á los otros por envidias y rencorcillos, y enseñemos á los extranjeros que aquí, en este hermoso rincón del mundo, en la patria de Cervantes, Cisneros, Mendoza, Martín Cortés, Fernández de Oviedo, Vives, Urdaneta, Alonso de Santa Cruz, Calderón, Lope de Vega y mil ingenios más, hay ahora literatos que valen tanto como sus literatos, políticos de tanta valía como sus políticos, oradores mejores que sus oradores y artistas y hombres de ciencia tan buenos como sus hombres de ciencia y sus artistas.

De este modo, Sr. Valbuena, el despego con que hoy nos miran esos extranjeros, se convertirá en consideración; su ignorancia acerca de lo que somos, en el exacto cumplimiento de nuestro poder, y este conocimiento de nuestra valía, en base cierta de la mayor estimación y aprecio á que somos, en justicia, acreedores. Y así, señor Valbuena; y así, señores bufones; y así, gacetilleros periquescos, cumpliremos todos con el sacrosanto deber que nos imponen la patria y la verdad, y no acostumbraremos al vulgo á que piense en francés, hable en galicano, lea en gabacho, vista á lo *parisién*, remede en todo á nuestros vecinos, aborrezca lo que huela á españolis-

mo, y reniegue, acaso, de esta bendita madre, que el cielo colme de prosperidades.

(Continuemos):

«Una leyenda sin aliño y gala.»

¡Hombre! Esto sí que es una verdad como un templo de grande, aunque dicha en un mal verso. Sin aliño ni gala es el *idilio* ó «*Historia del corazón*».

«Triste como una ley de presupuestos,

Poco más ó poco menos, también es verdad, Sr. Valbuena.

«Cierta como una historia de Pirala.

(Punto y... cascote aparte.)

«MAS OTRA VEZ AL CURSO» *(¡don Antonio!...)*
«VUELVO» *(¡señor Valbuena!...)*
«VUELVO DE MIS ARRANQUES INDIGESTOS;»

Y tan indigestos como son, Sr. Valbuena, y tan indigestos como son; máxime siendo *indigestos* consonante de *presupuestos*, que está en el... (de alguna manera hay que llamarle), en el *canto* anterior.

«La crítica otra vez me descalabra...»

¡Caracoles..., Sr. D. Antonio!, ¿y yo que creí que era el primero en descalabrarle?... ¡Ah, vamos!, ¿quiere usted decir que la crítica suya le

desarregla los cascos?; pues no se meta en dibujos, y dé paz á su cacumen.

«La crítica OTRA VEZ me descalabra...
«Perdóname OTRA VEZ...; te doy palabra.

¡Ya... el *descalabra* (con puntos suspensivos) le hacía falta para *palabra!*

«Perdóname otra vez...; te doy palabra
«De comenzar la historia de contado

¿Qué *contado* será éste?...

«Y de ceñirme

(No se ciña usted nada, D. Antonio.)

«Y de ceñirme á ella
«Cual suele á una alusión un Diputado.
«Te prometo contar, Juanita amiga,

(Verán ustedes cómo el Sr. Valbuena no cumple lo que promete.)

«Sin comentarios ya ni digresiones
«La historia más poética y más bella

¡Qué ha de ser historia, ni qué ha de ser poética, ni qué ha de ser bella, Sr. Valbuena, si no es más que una insulsa retahila de simplezas y bobadas!

«La historia más poética y más bella
«(Basta que yo lo diga)

(¡Qué ha de bastar!; ni aunque lo predicasen frailes descalzos sería creible.)

«Que han escuchado pueblos y naciones
«En sus días de triunfos y de gloria,
«De guerras... ó elecciones...

(D. Antonio maneja los puntos suspensivos tan bien como el verso.)

«—Fin de introducción.—Sigue la historia.»

Pero señor, si la historia no ha comenzado aún, ¿cómo ha de seguir? ¿O es que quiere usted decir: «lo que sigue es la historia»? Pues haberlo dicho, hombre, haberlo dicho; y además haber escrito ese—*Fin de introducción*—correctamente, pues el pobre está pidiendo un *la* á grito pelado. ¿Creyó usted que con el artículo correspondiente sería largo el verso, ó se figuró, acaso, que disonaría con el segundo *la?*

¡Vaya una introducción! ¡Vaya un *exordio!* ¿Qué pitos tocará en un *idilio* que se titula «*Historia del corazón*» todo ese fárrago, toda esa mezcolanza de empleomanía, caldeo, peste, griego, calderilla falsa, *Correspondencia, Plata Meneses*, conservadores, puros del estanco, Jauja, liberales, filoxera y... diablos colorados que las musas confundan? ¿Y á qué ton Valbuena hablará á Juanita de dramas, tercetos, *Asmodeo*, Frías, *Institución libre de enseñanza,* Parlamento, Ateneo, Jove y Hevia, ramo de resguardos y de-

más baturrillo insufrible? ¿Qué entenderá Juanita de todo *eso*?

Cascote, cascote y nada más que cascote. ¡*Ciento diez y ocho versos* (¡VERSOS?), y ni un pensamiento, ni una belleza, ni una gracia con sal! Muchas simplezas, muchos ripios y... la poesía por los suelos y la verdad... por las nubes.

¿Creen los lectores que lo demás del *idilio* será mejor? Pues ya verán cómo es lo mismo de malo.

O peor.

CASCOTES

Después de una *introducción* de ciento diez y ocho versos, todos malos, empieza D. Antonio la *historia* diciendo, en otros á cual peores, lo que verá el curioso lector.

> «*Vivía no sé dónde*
> «*Una niña preciosa de quince años*

Verso, este último, hermano gemelo, por lo inharmónico y pedestre, de aquel otro,

> «*La peor calamidad de entre las peores.*

Y luego continúa:

> «Hija de *algún* marqués ó de *algún* conde
> «(*Para el caso* es lo mismo),

Sí, para el caso de escribir mal, todo va bueno, y lo mismo da rellenar de cascotes la poesía que escribir versos muy prosaicos.

> «(*Para* el caso es lo mismo).
> «*Pura*, gentil, bellísima, inocente

(¡Eche usted adjetivos!)

«Sin conocer del mundo los *engaños*
«Y con toda la gracia del bautismo,

Pero, hombre, ¡qué afán de rimar desahogadamente! ¿Quién se acuerda de *años* que ya están lejos, y á qué viene ese *inocente,* asonante de otras palabras cercanas? ¿Lo necesitaba usted para el *buenamente* que viene después? Pues confiese que no sabe de la misa la media tocante á poesía.

«Aborrecía el padre buenamente
«*El bullicio del mundo* y *su rüído*
«Y amaba *en trueque* la preciosa calma.

¿Amaba *en trueque?* ¿Qué punto del globo será *trueque?*

«El bienestar secreto y escondido
»Que HALLA en la dulce soledad del alma.

Hallaría, señor, *hallaría;* pues fué en tiempo pasado, y corresponde un pretérito y no un presente. ¿No dice usted «¿y *amaba* en trueque la preciosa calma»? Pues lo mismo podía haber dicho *hallaba.* en vez de *halla;* y si no le cogía á usted *hallaba,* por ser largo, haber puesto *halló,* que tiene las mismas sílabas que *halla.*

«Moraba silencioso *(oso)*
»Y oscuro, ni *envidiado ni envidioso (oso)*
»*Un* antiguo palacio en despoblado.

¿Moraba UN antiguo palacio? Mire usted, señor Valbuena: el verbo *morar* rige *en,* lo mismo en Alcorcón y Pinto que en Cangas de Tineo y Zaratán; y no se dice *moraba* UN *palacio,* sino *moraba* EN *un palacio:* como tampoco se dice *escribe pies,* y sí *escribe* CON *los pies;* y consiste ello en que unos verbos se construyen sin preposiciones, y otros, irremisiblemente, con ellas.

«*Un* antiguo palacio en despoblado,

(Parece que quien *moraba* era el *palacio* y no el padre de la niña. ¡Qué sintaxis!)

«De jardines de flores
«Y de bosques agrestes rodeado
«Y de arroyos *también* murmuradores

¿Conque de arroyos *tambien* murmuradores, eh? ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Es decir que *también* los bosques agrestes y los jardines son *murmuradores?* ¡Miren los picarones! ¿Y de qué *murmurarán?* ¡Como no sea de los versos del señor Valbuena...!

«Y de arroyos también murmuradores,
«*Cual* castillo encantado.

Este relativo *cual,* lo mismo puede referirse al *padre* que al *palacio,* y si mucho me apuran, gramaticalmente corresponde al primero; con lo que resulta, puesto en prosa ese galimatías, lo siguiente: «el padre moraba *(en)* un antiguo pa-

lacio, *cual* castillo encantado» ó «el padre moraba *cual* (ó *como*) castillo encantado *(en)* un antiguo palacio.

Y si no esto, lo que resulta claro, por lo menos, es una construcción violentísima hasta dejarlo de sobra, é impropia de un mediano hablista.

«Y allí guardaba el amoroso padre
«Como flor entre zarzas, el tesoro
«De su hija querida
«Huérfana *ya* de madre,

¡*Ya!* ¡Qué ganas de hacerlo mal!...

«Cuya figura *encantadora* y bella

¿La figura de la madre ó de la hija?...

«Veía *absorto renacer* en ella

¿En cuál?.. ¿En la figura, en la madre ó en la hija?; porque esto, como malo, es malo de remate, y como obscuro, lo es por demás.

«Para solaz y *encanto* de *su* vida.

Al Sr. Valbuena todo se le vuelven *encantos*. Juanita es *encantadora;* Jauja, *encantadora;* la figura de la madre ó de la hija, *encantadora* también; el castillo, *encantado,* y la vida del padre un *encanto*.

«Consultaba sus dudas Inocencia *(éncia)*
«(Que Inocencia *(éncia)* era el nombre de la niña),
«De su padre dichoso á la experiencia *(éncia)*
«*O á la del* capellán, *ó á la del* aya;

En un endecasílabo *ocho* monosílabos. ¡Oh, Sr. Valbuena, *qué* mal que lo hace usted!

«Y *dulce* asi SIN INQUIETUD NI RIÑA

Ripio de padre y muy señor mío, semejante al otro del propio cosechero: «las letras y las artes dominaban sin INQUIETUD NI SUSTO.»

«Corria su existencia *(éncia)*
«Mansa como el arroyo en la espesura

(¡Huy, qué bonito!)

«Suave como el ambiente de la playa.

¿De qué playa? Porque hay muchas que en lugar de tenerle suave le tienen tan desapacible como los versos de usted.

«Aun por su buena dicha no sabia
«La bella criatura
«Que hay en el mundo amor;

(Tomen los lectores aliento.)

«Que hay en el mundo amor; pero sentía,
«*Si no* amor, una cosa semejante;
«Y no PRESTANDO PASTO

(¿Con réditos ó sin ellos? ¡Cuidado que es dislate.)

«Y no *prestando pasto* á la ternura
«De su inocente corazón bastante

¡Esta sí que es transposición parecida á la tan manoseada de Lope de Vega, que tantas veces pone de ejemplo Valbuena, con menos motivos, por ignorar, sin duda, que en la *Gatomaquia* hay otras casi iguales de que poder echar mano!

«De SU inocente corazón bastante
«Ni el querer á SU padre, que es SU gloria,
«Ni de SU buena madre la memoria,
«Ni el fervor de SUS tiernas devociones
«Puso SUS

Su, su, su, su, sus, sus, son seis *suses*. ¡Muy rico de ellos está el señor Valbuena!

«Puso *sus* aficiones

Usted sí que *pone* á la poesía roja de vergüenza á puro maltratarla.

«En una golondrina
«Que venia á posarse en SUS *(otro sus)* balcones
«Y alli SU pena ó SU placer cantaba,

(Dos *suses* más por si alguno los necesita.)

¿Y qué pena ó qué placer cantaba la golondrina, Sr. Valbuena? ¿El de ella ó el de Inocencia? D. Antonio, *créame usted á mí*, como dice Alas: por menos se han echado algunos á estudiar gramática.

«Y alli *su* pena ó *su* placer cantaba,
«Todo el dia de Dios trina que trina.

(Las musas sí que estarán trinando contra el Sr. Valbuena.)

«*La* niña *la, (la, la, do-re-mi-fa-sol)* pagaba
«Con acendrado afecto SUS *(otro* SUS) cantares,
«*La* decía *ternezas singulares*

¿Y plurales no?

«Levantábase á verla muy temprano.

(Verán los lectores cómo Inocencia se queda con una sola *mano,* porque así es preciso para *temprano.)*

«Llegábase

(Levantábase, llegábase. ¡Qué primores!)

«Llegábase al cristal *(¿qué cristal?)* con pasos *ledos,*

¿Sabrá D. Antonio lo que significa *ledos?* ¡Se figurará que lo mismo que *quedos!...*

«Y *besando* las yemas de los dedos
«La enviaba mil *besos* con la *mano. (Punto.)*

Si en vez de *temprano* hubiera podido el señor Valbuena escribir *tempranos,* la *mano* se hubiera convertido en *manos,* y la niña no se quedaría manca.

«Pero llegó el verano. *(Otro punto.)*
«Amaneció de Agosto un claro día. *(ía)*
«Y con *grande extrañeza* de Inocencia *(éncia).*

(Esta frase es galicana.)

«El ave cariñosa no *venía*, *(ía)*

¡Venía!... ¿Adónde iba á venir?... *Iría* donde estaba la niña, y por lo tanto, *volvía*, no hubiera estado tan mal escrito como *venía*: bien se le pudiera haber ocurrido á D. Antonio.

«Brillaba por su ausencia, *(éncia)*
«Como nos dice hoy dia *(ía)*
«Cualquier gacetillero sin conciencia *(éncia)*.

Ausencia, *día* y *conciencia*, están traídos á remolque, y es que el Sr. Valbuena, cuando no encuentra cosa mejor que decir, no se mata la chola discurriendo, y sale del paso atizando un palo al primero que se le antoja. A esto llaman algunos *gracia*. ¡Qué afán de poner motes á todo!...

Y á otro dia (*ía*) tampoco

Me parece que no se dice *á otro día*, sino *al otro día*, en el caso presente y en otros parecidos. En Francia será otra cosa.

«Y á otro dia tampoco
Tornó á cantar sobre el balcón dorado

¿El balcón, Sr. Valbuena, era dorado, ó es que *dorado* le hacía falta como consonante?

«Ni al tercero ni al cuarto... ¡Empeño loco
«El de aguardarla más!... ¡Habia emigrado!

¡Empeño loco, D. Antonio, el de hacer versos! Más le valiera *estar duermes,* como dicen que dijo un poeta colombiano, y dejar en paz á las musas y al sentido común, emigrando de la literatura y dedicándose á otra cosa que cuadre mejor á su temperamento y condiciones.

CONTINÚAN LOS CASCOTES

Un poeta, con faldas ó sin ellas (para el caso es lo mismo, como diría Valbuena), y que por cierto sabe hacer mejores versos que los de Don Antonio, me ha entregado unos endecasílabos que voy á trasladar aquí para conocimiento, y no sé si regocijo también, de los lectores. Son como siguen:

«**Al Reverendo Padre Fray Juan de Miguel**

CON MOTIVO DE LAS ZURRAS Á VALBUENA

*
* *

«Padre Fray Juan, usted con prosa amena
Gracias por la lisonja.
Mostrándonos está sobre el terreno
Que Valbuena... bien puede ser Val... buena
Sin tener de poeta nada bueno.»

—

«Merecido tenía un varapalo
El que critica á tantos escritores.

Cuando si no es de todos el más malo
Es sin duda... el peor de los peores.»

—

«Yo comprendo, aunque entienda poco de eso.
Que el llamarle poeta es pura guasa;
Pues cuanto en verso escribe huele á... queso:
Mejor dicho, y no claro, huele á... pasa.»

—

«Escribe libros por salir del paso
Cuando la amarga bilis le rebosa;
Libros que sólo sirven para el... caso
De limpiar, si está sucia, alguna cosa.»

—

¿Qué les parece á ustedes? A mí, aparte la excesiva *naturalidad*, y aun con ella, no me parecen del todo mal.

Continuemos con los cascotes.

Después que emigró la golondrina, afligióse la niña mucho, muchísimo, *en gran manera*, según escribe D. Antonio:

«Afligióse la niña *en gran manera*
«Cuando *aprendió lo cierto* de la huida

(No está usted mal *cierto.*)

«Del ave pasajera.
«Y *lloró la amargura dolorida.*

¿Y LLORÓ LA AMARGURA? ¿Y LLORÓ LA AMARGURA DOLORIDA? ¡Ay, D. Antonio de

mis pecados y qué requetemalo es esto! Se dice, y es castizo, *llorar amargamente;* porque el adverbio *amargamente* es correcto calificativo del verbo *llorar;* pero *¿llorar la amargura?*, ¿llorar la *amargura dolorida?* Tanto valdrá decir: «*lloró la calabaza sentimental*» ó «*lloró el pepino regocijado*».

Si otro, D. Antonio, hubiera escrito tal atrocidad, le llamaría usted... cualquier... *gracia* de las de su repertorio. ¿De dónde saca, Sr. Valbuena, que la *amargura* puede ser *dolorida?* La amargura, en sí, no puede tener dolor, como no le pueden tener los versos de usted, y eso que son amargos y dolorosos... Pues si los versos suyos pudieran tener dolor... ¡Dios bendito y cómo le atronarían los oídos!

¡Cuidado que LLORAR LA AMARGURA DOLORIDA!

«Y lloró la amargura dolorida
«Del primer *desencanto;*

Antes nos *encantaba* el Sr. Valbuena con tanto *encanto;* ahora nos va á *desencantar*.

«Mas dijo, á disculparla decidida:
«—Se fué porque tal vez no *comprendiera*
«Que la quería tanto.—»

¡Pero qué manía de rimar dando saltos mortales, hombre!

«Y *aspirando á llenar aquel vacío*

(Esto sí que está vacío de... muchas cosas.)

«Que quedaba en su pecho, *mudo* y *frío*
«Y *triste*

¡Mudo, frío, triste... ya sé: el Moncayo de la versificación valbuenista!

«Y triste como *nicho funerario*

¡Canario, Canario! Tendremos *canario*... y ¡canario también con los símiles que usa D. Antonio! *Nicho funerario* y todo; ¡qué poético y patético y... se va volviendo, caramba!

«Comenzó á hacerle mimos y caricias
«A un *pálido canario*

(¡Canario!; aquí está el *pálido* canario.)

«Que, entre *groseras mimbres* recluído

¡Pobres mimbres! ¿Qué le habrán hecho á Valbuena para que las llame *groseras?* Ni á las tales deja en paz. No se contenta con llamarlas *toscas*.

«*Formaba* del portero *las delicias*,

¡Qué *cursi* es esto de *formar las delicias!* ¿Cómo las formaba, con alguna horma de hacer zapatos?

«Formaba del portero las delicias,
«Unico en su cuidado entretenido.

(Punto y... ya saben ustedes.)

«*Recogióle á* su estancia

Recogióle á huele á francés, Sr. Valbuena.

«Y en jaula le encerró de plata y oro;

(Con transposición sea dicho.)

«Le hizo aspirar suavísima fragancia
«De flores campesinas,

Tiene gracia esto de *hacer aspirar* á un pájaro las flores *campesinas*. Se las acercaría á las narices.

«Y le cuidó con exquisito esmero;
«Le llamaba *monín, rico, tesoro,*

(¡Qué bonito!)

«Con otras mil simplezas peregrinas,

(¡Y qué simple y peregrino es esto!)

«Y escuchaba su *canto placentero*
«Toda arrobada en dulces emociones,
«Y *hasta le agasajaba* cada dia
«Con hojas de lechuga y cañamones.

¿Y *hasta le agasajaba* con hojas de lechuga y cañamones? Hombre, no haría más que darle de comer, y por lo tanto ese *hasta*, que significa para usted el *acabóse*, no es más que una sosería mayúscula. Si siquiera le hubiese agasajado con

mantequilla de Soria ó bizcochos de monja, podía pasar.

«—*Al menos,* le decia, *(ía)*

¿Al menos, eh?... ¿Y al más no?

«Tú no te irás cual la viajera ingrata.—

(¡Qué verso tan ingrato!)

«*Y en verdad* parecia *(ía)*

(*Y en verdad* parece que esto es malo.)

«Que

(Ni aposta se puede hacer peor.)

«Que preso en los alambres de oro y plata

(¡Buena jaula!)

«(Ya que en las redes no de la ternura) *(ura)*

(*Tontería se llama á esta figura.*)

«Constante el bien del pájaro seria *(ía)*
«Y larga de la niña la ventura. *(ura)*
«Mas no fué asi, que el diablo, que no duerme,

(Ya sé por qué: leerá los versos de D. Antonio.)

«Porque su mal instinto no le deja,
«Y dia y noche *el estudiar le aqueja*
«*Cómo* de los demás la dicha merme.

¿Conque el estudiar AQUEJA al diablo noche y día y su mal instinto no le deja dormir *cómo* de los demás..., etcétera? Yo no he visto nada más insípido.

> «Quiso que una mañana, *(ana)*
> «Al sacar Inocencia á la ventana *(ana)*
> «La jaula con el pájaro amarillo, *(illo)*

Pálido ó amarillo, ¿en qué quedamos?

> «Padeciera el *descuido temerario.*

¡Qué modo de adjetivar!

> «(¡Bien *lo penó su corazón sencillo!)*
> «De DEJAR ENTREABRIR *la portezuela;*

¿Dejar entreabrir la portezuela? La dejaría *entreabierta,* Sr. Valbuena. ¿Se iba á *querer abrir* la portezuela por sí sola? Vamos... lo que digo; no sabe usted escribir como Dios manda. Si *entreabierta* tiene cuatro sílabas y no cabía en el verso, ¿á qué diablos no construyó usted éste de otra manera?

> «Y apenas el canario
> «*Dió cuenta del* OLVIDO INOPORTUNO,

¡No está usted mal *inoportuno!* ¿Y á quién *dió cuenta* del olvido el canario, se puede saber?

> «*De orgullo ahito, de prudencia ayuno*

(Lo subraya D. Antonio.)

«(Que diría D Juan de la Pezuela),

¡Han visto los lectores qué bobada! ¿A qué vendrá esto?

«Se largó de la jaula disparado
«Cual niño que se escapa de la escuela.

El caso es encontrar consonante; y ¿qué mejor para *escuela* que *Pezuela*, dado el prurito que tiene D. Antonio de personalizar? Si esto no fuera así, hubiérale hallado en *castañuela*, *ciruela* ó *cazuela*, y acaso compuesto el verso de este modo:

Y por no estar metido en la cazuela
«Se largó de la jaula disparado
Llevándose en el pico una ciruela.

¿Dificultades á D. Antonio? ¡Sí, que le echen guindas; bueno es él!

«*Por supuesto*

¡Hombre, D. Antonio, esto ya pasa la raya del prosaísmo; qué ganas de...

«*Por supuesto,* que el pobre, alicortado
«*Y aun* la costumbre de volar perdida

¡*Y aun*! ¡Vaya usted al diantre, zambomba!

«No logró *un punto sostener el vuelo*

Ni una *coma* logró sostener tampoco.

«Y cayó el *muy ingrato*
«Revoloteando al suelo
«Do le acechaba un gato
«Que en medio credo le quitó la vida,
«Y desplumado le engulló en seguida.

¿Y se entretuvo el gato en desplumarlo? ¡Miren si era curioso y fino!

«Imposible decirte el desconsuelo
«Y el dolor de Inocencia en este trance,
«Al ver que se la *iba*

(Cinco monosílabos seguidos... ¡qué armonía de versos!)

«*Igual* que el ave libre, la cautiva,

¿Igual? Pero hombre, ¿no habíamos quedado en que la golondrina emigró? Pues si al canario se lo comió un gato, ¿cómo se había de ir? Además, mire usted, Sr. Valbuena: *iba* está muy mal dicho; corresponde *fué*, aquí y en toda tierra de garbanzos donde se hable bien el castellano... digo... según las reglas usuales. Ahora, si usted tiene una gramática para su uso particular... me callo.

«No hay expresión que alcance

(A calificar los versos de D. Antonio.)

«El ABISMO Á MEDIR *de* SU TORMENTO.

¡Qué *abismo*, ni qué *tormento*. ni qué metro ó vara para medirlo, señor!

«Días y días en DOLOR NEFANDO.

¡Eche usted... DOLOR NEFANDO!

«Miróla de su padre el sentimiento.

¿El *sentimiento* de su padre la miró en *dolor nefando?* ¡Ay, D. Antonio, D. Antonio, y qué desatinadamente escribe usted!

«A punto

(A punto de caramelo, sí.)

«*A punto casi* de morír de pena.

Quién, ¿el padre ó Inocencia? (El Sr. Valbuena ha querido decir una cosa y le resulta otra.)

«Y su *frente divina sepultando*
«Entre las manos bellas y *llorando.*

Y gerundiando y disparatando... y qué sé yo; porque todo esto de los *abismos,* y *tormentos,* y *nefandos,* manos bellas, *frentes divinas,* dolores, *sepultamientos, puntos de morir de pena,* sentimientos y demás jerigonzas por la muerte de un pájaro, es de lo más desdichado que se le puede ocurrir á un hombre.

«Entre las manos bellas y llorando
«Como una Magdalena.

Sintáxicamente resulta que quien tenía la *frente divina* y lloraba como una Magdalena era el padre y no Inocencia. ¡Bonito papel haría el buen señor! ¡Figúrense los lectores un hombre con más barbas que un zamarro llorando á moco tendido... y todo por un canario! ¡Canario con Valbuena y qué modo de escribir!

«*Duraba* CRUDO SU DOLOR SIN TASA.

De buena gana haría trizas la pluma: esto ya pasa de castaño obscuro. ¡CRUDO SU DOLOR SIN TASA! ¡Que lo hubiera *cocido*, hombre!

«*Duraban*

¿Otra vez *durar*? ¡Yo no sé cómo tengo paciencia!

«Duraban de su pena los *rigores*.

(*Flores;* vendrán flores cinco renglones más abajo: rima valbuenista.)

«Y no pudiendo con su pena en casa,

(Se fué á la calle.)

«Do *halla* VIVO el RECUERDO del canario,
«Fuése á llorar al huerto solitario

Si no hubiera *canario*, el huerto no sería *solitario*.

«Donde encontró unas flores.

Yo sí que encuentro en los versos del señor Valbuena tanto malo que criticar, que, á detenerme en todos los defectos, llenaría triple número de cuartillas. Es más lo que me callo que lo que digo, y así lo comprenderán los lectores si se fijan en el texto del Sr. Valbuena; el cual voy siguiendo paso á paso y trasladando renglón por renglón.

Lo que me admira es que un hombre que escribe tan mal tenga valor y atrevimiento para insultar á grandes y á chicos por faltas literarias cien veces más insignificantes que las suyas.

Y SIGUEN LOS CASCOTES

Quedamos en que Inocencia se *encontró* unas flores en el *huerto solitario* donde había ido á llorar por no *poder con su pena en casa*, á consecuencia de *durar crudo su dolor sin tasa*, y de *durar* también los *rigores de su pena*. Pues bueno: después que *encontró* las flores que no buscaba y habría visto cincuenta veces, dijo... (pero dejemos á Valbuena que lo escriba con ese arte coruscante y mágico que Dios le ha dado para *encanto*, digo, tormento, de las letras españolas).

«¡—Qué hermosa mata! (la infeliz se dijo).
«¡Y está de todo el mundo abandonada!
«¡Cuánto mejor, DE FIJO, *(y de ripio)*
«PAGARÍA MI AFÁN, sin los *desdenes*
«De pájaros ingratos...!—Ya la tienes
«De la MATA DE FLOR *enamorada*.

Aquí tienen los lectores unos versos que, aunque malos, podrían pasar, si no tuvieran ese ripio *de fijo*, ese relleno *la infeliz se dijo*, esa rima

del segundo con el sexto *(abandonada y enamorada)*, él *pagaría mi afán*, que no pega ni con cola, los *desdenes*, y sobre todo la MATA DE FLOR, que es una incorrección mayúscula; pues no se dice *mata de flor*, sino *mata de flores*, y con más motivo en el caso presente en que dice Valbuena que la niña encontró *flores* y no *flor*.

Pero vaya, menos mal; si esos versos no son buenos, los siguientes sí que son... lo mismo.

«Pero ¡qué amor!... Las flores solamente
«Eran su pensamiento permanente;

¡Oh qué amor y qué permanente pensamiento!

«Las *decía cariños* y EMBELESOS

¿Conque las *decía cariños* y EMBELESOS, eh, Sr. Valbuena? ¡Bien, hombre, bien; así me gusta á mí que se escriba! Decir *embelesos*, eso es: muy bien dicho, caramba: no todo ha de ser malo; alguna vez se ha de escribir... peor.

«Y cubría *sus* cálices de besos,

(Con alguna manta los cubriría.)

«Y para refrescarlos en la siesta

(Los cálices, no los besos.)

«Las regaba con agua de una fuente
«Que cristalina y pura
«Manaba en lo interior de una floresta.
«Ellas eran *su encanto* y *su* ventura,

(Ya vuelven los *encantos* y los *suses.*)

«Y en contemplar *sus* tintas sonrosadas
«Pasaba la inocente criatura *(Y bien inocente.)*
«Las horas olvidadas. *(Punto y... aparte.)*

(La inteligencia tiene que ir dando saltos, y pasar tan pronto de las *flores* á los *embelesos*, y de éstos á los *cálices* y *siesta*, como de los *refrescos, fuente, floresta* y *encanto* á las *tintas sonrosadas, criatura inocente* y demás.)

«Poco á poco las flores
«A pesar de *sus* mimos y *su* riego,

Poco á poco, Sr. Valbuena: aunque se sobreentienda que esos mimos y ese riego son de Inocencia, los *suses* indican lo contrario; es decir, que las flores se mimaban y regaban á sí mismas, lo cual es... no saber escribir.

«Iban amorteciendo *sus* colores *(otro* sus)
«Quemadas por el fuego
«De los rayos del sol abrasadores.

Estos *rayos del sol abrasadores* se convertirán luego en un solo rayo: ya lo verán ustedes.

«*Fresco el rocío* reanimar solía
«*Su encanto* por la noche,

¡Y dale con los *encantos*, los *suses* y las obscuridades! ¿Qué *encanto* reanimaba el *rocío fres-*

co por la noche, señor? ¿El de las flores? Pues cualquiera creería que el suyo mismo, el del rocío *fresco,* si es que éste puede tener *encanto.*

«Y el sol saliente al *desatar su broche*

¿Y el sol desataba su broche? ¿Pero el sol tiene broche, Sr. Valbuena? ¡Pues menudo broche que será! ¿Y cómo se arreglará para desatarlo? ¡Lo que sabe este D. Antonio, señor! Y los sabios que se han quebrado los cascos de tanto mirar arriba, ¡si serán torpes que no han visto tal broche! Nada..., y que no hay remedio: ese *su* se refiere al sol y no á las flores; porque éstas ¡Dios sabe dónde quedan ya! Además, á las flores correspondería *sus* y no *su.*

Quedamos, pues, en que el sol tiene *broche* y acostumbra á *desatárselo* cuando sale. Tomen nota de ello los señores astrónomos y meteorologistas, León Hermoso inclusive, que de algo les servirá.

«Y el sol saliente al desatar su broche
«Nuevo esplendor las daba; pero un día
«Cuando EL RAYO DEL SOL *(y con este sol son tres)*

¿No les dije que los *rayos del sol* se habían de convertir en *un solo rayo?* Pues ya lo ven ustedes: cuando á D. Antonio le conviene que sean rayos, pues rayos; y cuando no... pues rayo solo. ¿Qué importan la verdad, exactitud y demás *ti-*

quis miquis? El caso es hacer versos como quien hace buñuelos ó albondiguillas.

«Cuando el rayo del sol secó el rocio
«En la corola mustia,

¿Qué corola mustia, Sr. D. Antonio? Si las flores eran muchas, las corolas serían tantas como flores. ¡Vamos..., que no sabe usted lo que se pesca, hombre!

«Las flores agostadas

(El idilio de usted sí que está agostado.)

«Las flores agostadas
«No pudieron ALZAR LA SIEN COBARDE,

¡Alsa, Pilili! Esto no és más que un solemnísimo disparate, y aún me quedo corto, Sr. Valbuena; disparate que no quiero analizar por no ponerle á usted cual se merece. Me contentaré con afirmar que, de tanta monta como ese y otros de *La historia del corazón* no los ha escrito ninguno de los poetas que usted ha criticado, ni es fácil los escriba el más ramplón, mediocre y chirle de los que ha dejado de criticar.

«Y entre *suspiros de penar* y *angustia*

Mire usted, D. Antonio: me voy hartando ya de las tonterías que dice. ¿De dónde ha sacado usted que las flores puedan suspirar de pena y angustia?

«El *céfiro caliente* de la tarde
«Sus hojas *arrastró pulverizadas.*

¿Que con quién aconsonanta *pulverizadas?* pues con *agostadas,* que está... ya saben ustedes... cinco renglones atrás.

«Figúrate el *quebranto* y la *agonía*
De la pobre *poesía*

Digo, no; Valbuena no dice *poesía,* dice Inocencia.

«De la pobre Inocencia y *sus dolores*

¡Oh qué *dolores, quebranto* y *agonía!* ¡Oh! ¡¡Ah!! ¡¡¡Uf!!!

«*Otra vez* contrariada en sus antojos,
«*Otra vez* desgraciada en sus amores.

Pero ¡qué versos tan desgraciados!

«Mas ¿qué dirás que hizo...? Apostaría
«Todo el candor de tus *hermosos ojos (sos-ojos)*

¡Apostar es, y de buena manera!

«La gracia toda de tus *breves años,*

De trescientos sesenta y cinco días, Sr. Valbuena, y los bisiestos de trescientos sesenta y seis. ¿Por qué no ha dicho usted *pocos* en vez de *breves?* Por hacerlo mal nada más.

«A que vas á decir que, fatigada
«De tantos desengaños
«*Llora* esta vez la DEFECCIÓN

¿Defección? ¿Pero usted sabe lo que se dice, D. Antonio? Vamos, no lo sabe; ¡qué ha de sa-

berlo! A zurrón tira el nombre, habrá usted pensado, y lo mismo da *defección* que *decepción*.

«Llora esta vez la *defección* postrera
«Y no se vuelve á enamorar de nada.
«—Cualquiera pensaria *(ía)*
«Que *tras tan*tos disgustos...—Pues cualquiera
«Que lo pensara asi, se engañaria: *(ía)*
«*Es decir,* que te engañas, alma mia *(ía).*
«¡Ah!

(Esta ¡ah!, con extrañeza ó sin ella, significa que Valbuena va á *filosofar arrebatadamente.)*

«¡Ah! que es el corazón incorregible
«En esto del amor;

¡Oh! (esta ¡Oh! es mía, y está dicha con admiración).

«En esto del amor, si una vez ama,
«Cien veces más á impulso irresistible
«Se arrojará en la llama.

¡Eh? (con extrañeza).

«Cien veces más se abrasará en su fuego;

¡Uf! (con miedo y sobresalto de padre y muy señor nuestro).

«Que asi viven los pobres corazones

¿Qué sabe usted si viven así ó de otro modo, hombre? Vivirá el suyo, si acaso; ¿y por eso vamos á medir los demás con el mismo rasero?

«Abrigando ilusiones
«*Para* perderlas luego: *(y va un* PARA)

Pues que las *abriguen* ó arropen cuanto quieran y las *pierdan luego,* ó más tarde... al avío.

«*Para* que otra de nuevo se levante

Las ilusiones no se *levantan,* ni se echan, señor Valbuena; no las *levante* usted falsos testimonios.

«Do quier *(sic)* que una *sucumba,*

Ni sucumben tampoco, aunque *sucumba* lo necesite usted para *tumba,* que está cinco versos más abajo.

«Cual en la encina secular gigante

¡Oh tú, gigante poeta, *pasmo* y catarro de las musas, admiro tu numen y facundia!

«A la seca reemplaza la hoja verde...

(Con puntos suspensivos, que serán las bellotas, sin duda).

«A la seca reemplaza la hoja verde...
«¡Ah!

Verde... ¡Ah!... no es que á Valbuena se le abra la boca. ¡Ah!, quiere decir que D. Antonio concluye con la filosofía; digo... que va á concluir de filosofar.

«¡Ah! la última *ilusión* sólo se pierde
«En el *oscuro hueco* de la *tumba. (Punto.)*
«Que son las *ilusiones...*

(Se paró el carro. Expriman ustedes los puntos esos, porque Valbuena no da más de sí.)

«Que son las ilusiones... *(cambio de frente).*
«Mas perdona otra vez, *niña hechicera,*
«Aqueste *afán ingrato*
«De quererte aburrir con digresiones
«Y *tal cual* filosófico *arrebato.*

Me parece que la transición no ha podido ser más brusca. Hemos pasado de golpe y porrazo desde el *oscuro hueco* de la tumba y los *puntos suspensivos,* al *aqueste afán ingrato* y el *tal cual arrebato,* que es un *cual* y un *tal filosófico* que ya, ya.

«¡Yo que el mundo en redondo recorriera
«Por ahorrarte hasta el menor disgusto...!

En redondo y en cuadrado debiera usted de recorrerle antes de escribir versos tan pedestres.

«A *mi cuento me ajusto;*

(No se *ajuste* á nada, don Antonio: ya le *ajustarán* con el tiempo.)

«Y *volviendo* á la pobre criatura,

(¿De qué lado?)

«Fué tan grande su pena por las flores,
«Tan HONDA Y TAN AMARGA SU AMARGURA

Gracián, Gracián; aquí está el conceptuoso

Gracián, que ha resucitado para escribir esta simpleza: *¡Amargura amarga y honda...!* ¡Váyase usted de ahí, Sr. Valbuena!

«Que ANEGADA EN DOLORES
«LLORÓ la triste LÁGRIMAS Á RÍOS.

Nada; que se vaya usted, D. Antonio, que se vaya usted á freir espárrages ó adonde le dé la gana y no me tiente la paciencia, porque esto es el colmo y no hay cuerpo que lo resista.

«Y yendo acá y allá penosamente

¿Pero tendrá oído este hombre?

«Por los senderos del jardín sombríos

Si no hubiera *ríos* no serían *sombríos* los senderos, con transposición ó sin ella.

«A llorar se sentó junto á la fuente. *(Punto.)*
«Vió cómo retrataba *(aba)*
«En el limpio cristal su *faz llorosa (osa)*,

Lloró, llorar, llorosa. ¡Qué pobre es el vocabulario de D. Antonio! Cuando coge la muletilla de los *encantos*, todos son *encantos*; cuando la de las *ilusiones*, todas son *ilusiones*, y cuando la del *lloro*, nos hace *llorar*... de risa, al ver lo mal que lo hace.

«Y se la figuró que murmuraba *(aba)*
«De cantiga amorosa *(osa)*

Así; de cantiga amorosa, con estribillo y todo para que rabie el buen gusto.

«La vaga melodía *(ía)*,
«Y hasta creyó notar que se quejaba *(aba)*
«Y que de su *dolor se condolía (ía)*.

Lo que digo... el P. Gracián: después de la *amargura amarga, dolor* y *condolor*.

«*Lo cual* fué mucho más que lo bastante

Lo cual que esto no es verso ni ese es el camino.

«PARA QUE ya en la fuente descubriera
«Un nuevo *objeto* á *su ilusión amante:*
«PARA QUE ya *absorbiera*
«Ella no más su *virgen pensamiento;*
«PARA QUE no *acertara (para tara)*
«A separarse de ella ni un momento.

A usted, D. Antonio, sí que debiera absorbérselo y aun sorbérselo... qué se yo... Barrabás; *para que* no hubiera OBJETOS A ILUSIONES AMANTES, y *para que* las *fuentes* no ABSORBIERAN los *vírgenes pensamientos* (¿!) de las niñas de *quince años,* tontas de capirote por arte de usted ó de birlibirloque, es lo mismo; y *para que,* en fin, dejase usted de escribir tantísimo dislate como ensarta.

«Junto á la fuente clara
«Iba con los *albores matinales*
«Y en la tarde serena,

(Sin ellos; sin los albores matinales.)

«Sus labios á *bañar en los cristales.*

¿En qué cristales, hombre?

«Y *á* jugar con la arena,
«Y *á* salpicar el cesped con las gotas
«Entre sus manos de *alabastro rotas.*

¿Rotas las manos ó las gotas?... Los *suses* de D. Antonio son anfibológicos hasta más no poder, y los versos todos malos hasta dejarlo de sobra. Ni la niña tendría las manos de alabastro, sino de carne y hueso, y todo lo más serían alabastrinas (aunque no cuadra la expresión), ni es exacto el decir *gotas de agua* ROTAS; porque las gotas de agua no se *rompen* entre las manos para salpicar el césped, ni para rociar lo que no sea césped. Más exacto es decir que el Sr. Valbuena *rompe* y *corrompe* la poesía y el sentido común con los desdichadísimos partos de su *churumen.*

MÁS CASCOTES

La tonta de Inocencia, además de salpicar el césped con las *gotas rotas* entre sus manos de alabastro, decía á la fuente aquella, murmuradora de cantigas amorosas y vagas melodías, lo que verá el curioso lector.

«¡Oh! Tú no morirás *(ás) como* las flores,
«Ni me abandonarás *(ás) como* las aves

¡Claro! *¿Cómo* la fuente se había de marchitar, emigrar ó fenecer en la boca de un gato? ¡Tendría que ver!

«(La solía decir): siempre *riente*.

El Sr. Valbuena sí que es un poeta *riente* y... *ripiente*. ¡Miren ustedes que *fuente riente!*

«Tus *murmurios suäves*

¡Jesús, qué lindo! *Murmurios suäves* y todo, y hasta con un par de píldoras encima de la *a* para que el verso resulte eptasílabo.

«Me darás amorosa, y el *encanto*

Y va de *encantos*. ¡Qué Merlín! D. Antonio va á *encantar* hasta los guijarros de la calle.

«De tu fresca y purísima corriente
«El bálsamo será de mis dolores,
«Porque ¡he *sufrido* tanto!

(*Pase el galicismo,* podía haber agregado el Sr. Valbuena.)

Pero ¡ah!... (no; no hay verde ni vuelve á filosofar D. Antonio; es que...); pero ¡ah! no hay dicha cumplida en este mundo. Cuando más entusiasmada estaba la mozuela con el *riente*, el *bálsamo*, el *encanto* y los *murmurios suäves*, la fuente... (el diablo, cosas del diablo, que ya saben ustedes que no duerme, porque... etc.), la fuente, repito, ó el estío... (pónganse ustedes tristes, que la cosa es para ello y Valbuena lo va á decir).

«Avanzaba el estío
«*Seco*, FEROZ, TRISTÍSIMO, *abrasado*

¡Anda! ¡Que le echen guindas á D. Antonio! ¿Qué les parece á ustedes? ¡Cuidado que es... *adjetivar!*

«*¡Seco*, FEROZ, TRISTÍSIMO, *abrasado!*

¿De dónde diablos habrá sacado este hombre que el estío es *feroz* y *tristísimo?* Inquina que le tiene y nada más. Ojeriza que le habrá tomado por un quítame allá esas pajas ó aquellas calaba-

zas. ¡Pobre estío!: él, que tantos beneficios reporta á la humanidad entera, y especialísimamente á la menesterosa y desvalida; él, que vivifica con su calor á la naturaleza toda y es el regocijo y la esperanza del agricultor que recolecta doradas mieses, sanas legumbres, sabrosas frutas, exquisitas hortalizas y prepara las tierras para las sementeras de habas, alverjas, centenos y cien semillas más, incluso la cebada (¿lo oye el Sr. Valbuena?, incluso la cebada); él, que hace cantar á las ranas, abejorros, grillos y cigarras idilios tan expresivos como el de D. Antonio, y él, en fin, que consigue dejen de cantar los valbuenas, ó poetas malos, para que vayan á refrescarse á las costas cantábricas y adquieran allí fósforo, oxígeno y fuerza para decir disparates en el resto del año... ¡hallarse tan injustamente postergado! ¡Cosas de Valbuena! ¡Cosas de Don Antonio! ¡Criticón y más que criticón! ¡Habráse visto...!

«Seco, feroz, tristísimo, abrasado,
«De la FUENTE INFELIZ *mermando* el BRÍO:

Las fuentes no pueden ser felices ni infelices, Sr. Valbuena, y ese *brío* es un ripio mayúsculo, y á más de ripio, un dislate de á folio; créalo usted.

«*Espiraba* Septiembre *sofocado,*
«Sin lluvia y sin rocío:

La poesía sí que *expira sofocada* á manos de versificadores perversos.

«La fuente cristalina fué *bajando*
(y *van dos gerundios).*
«Bajando por momentos;
(y *uno repetido).*
«Ya no *alzaba,* entre guijas *caminando*
(y *con éste tres).*
«*Si no es* apagadisimos *lamentos;*
«Y un dia *madrugando*

Y con éste van cuatro gerundios (*mermando, bajando. caminando* y *madrugando*). El Sr. Valbuena gerundea que es un gusto.

«La *infeliz* Inocencia, que el reposo
«Por las caricias de la fuente trueca,
«*Vino*

¿*Vino?* ¡Váyase usted á estudiar Gramática. hombre!, que este tiempo de verbo está mal aplicado.

«Vino al jardin umbroso,
«*Y á la* fuente *al* llegar *la* encontró seca.

¡Qué armonía de verso! Un hiato puro todo él que da ganas de bostezar.

«*Secos también los ojos*
«Hubieron de quedarse de la niña,
«Otra vez más burlada en sus antojos;
«*Secos también sus ojos,* porque el AGUA
«Que por ellos VERTIÓ nadie lo sabe.

¡Hombre! Hasta ahora sí que no sabía yo que al llorar se le llamase VERTER AGUA. Nada... que no lo sabía; y hasta creí, además, que las *lágrimas* eran... *lágrimas* y no *agua;* y que el que llora, *llora* un líquido de determinada composición química, que no es solamente *óxido hídrico,* sino que lleva en disolución, entre otras cosas, *cloruros, sulfatos* y *fosfatos.* Vaya, confesaré mi ignorancia; y desde hoy, cuando tenga ganas de llorar por las barbaridades poéticas que se digan, y alguien me pregunte: —¿Qué hace usted, Fray Juan?,—contestaré:—Pues nada, D. Fulano; VERTER AGUA por los ojos á causa de una atrocidad que he leído.

Por lo demás, la chica esta Inocencia debía tener en su cuerpo un depósito de agua más grande que el mayor del Lozoya; pues ya saben ustedes que cuando se marchitaron las flores *lloró* LÁGRIMAS Á RIOS, antes ya había *llorado* la AMARGURA DOLORIDA, después... ¡qué se yo!, y ahora, ya ven ustedes, ¡no sabe nadie el AGUA que VERTIÓ por los ojos! Nada, un Amarguillo. ¿No ha de haber inundaciones si vienen los *poetizanticursis* y cada cacho de riada que nos traen...!

¡Mayor inundación de... que la de Valbuena!

«Tristes ideas en su mente *fragua (y forja)*
«Y silenciosa y grave
«Semeja que medita *(semeja, ¿eh?)*,

«Y *su pensar doliente*
«Aumenta, si es posible, *su quebranto:*

Versos que son una quisicosa que no dice nada. ¿Para qué analizarlos? Estoy deseando concluir con el *idilio*, pues me tiene lleno hasta la coronilla, y tan hastiado cual Dios lo remedie.

«Y *ecco il perché,* lindísima Juanita,

¡Oh!; *quest'uomo é piú dotto que io non credeva;* PERCHÉ... *¡parlare alla balorda il...!*

Tanto debe saber el Sr. Valbuena de italiano como yo de escardar cebollinos.

«No acierta á separarse de *la* fuente,
«Y allí *la* noche *la* encontró en *su* llanto.

¿En qué llanto? ¿No ha dicho usted que los ojos de Inocencia se quedaron secos de tanta *agua* como *vertió* por ellos? ¿O es que el llanto se refiere á la noche? Todo podría ser; porque ese *su* es tan anfibológico como los *suses* de antes. Y todo podía ser que la noche llorase y llore; porque ¿quién no VIERTE AGUA ante los versos de usted,

Cuando es su bobalesca poesía
Capaz de hacer llorar á aves y flores,
Y no sólo á la noche, al claro día,
A la luna y al sol, y juraría
Que hasta lloran los cardos rodadores?

Ó corredores, Sr. Valbuena; pues de ambos

modos se dice, y aun creo que es más castizo lo primero:

Continuemos:

«Asomó entonces pálida la luna
«*De tras (sic)* de las montañas la serena

La serena, la serena (respiren ustedes en seguida, que...) la serena, la serena

«*Faz* que lo triste con lo bello *aduna,*

Vamos, y esto, ¿qué les parece á ustedes? ¡Faz *serena* que *aduna* lo triste con lo bello! Allá se van estas y otras ridiculeces con las del tuerto de «*La derrota de los pedantes*».

«Esplendorosa y grande (estaba llena);
«Y despertó su brillo nacarado *(ado)*
«Tan honda simpatía *(ía)*
«En *aquel* corazón atribulado *(ado)*,
«Que ya desde la noche de aquel día *(ía)*
«Se quedó de la luna enamorado *(ado)*.

Punto, aparte y... á falta de pan buenas son tortas; es decir, á falta de buenos consonantes, allá van ripios y demás.

«¡Qué cosas la decía *(ía)*
«La niña en su ternura! *(¡Oh! ¡Ah! ¡Uf!)*
«—¡*Bien hayas* tú, que compasi*va vienes (vavie...)*
«A *esclarecer* la noche sin ventura
«*De* un corazón sencillo,
«Heri*do de des*gracias y *desde*nes

¡Desgracias y *desdenes* cacofónicos sí que son éstos!: *do de-des-desde,* juntitos y en un solo ren-

glón... Nada; que el Sr. Valbuena tiene el oído á componer.

«*¡Bien hayas!* *(otro)* y perdona á mi LOCURA
«Lo que TARDÓ en quererte...

¿La *locura* de la niña *tardó* en querer...? ¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah! Sr. Valbuena: esto es disparatar, y nada más que disparatar de lo lindo y á destajo.

«Fué por inadvertencia... tu luz blanca

(Y pálida, y nacarada, y... ya lo sabemos.)

«Es hoy la que *me* arranca
«De entre los negros brazos de la muerte.
«Ya siempre te querré, paloma mia... *(mamía)*
«Y aquí *(y allí)* la *luna fría (ía)*,
«Al sentirse tratar con tanto mimo,
«Más *(mimomás)* claro rayo de su luz la envia *(ía)*
«Cual queriendo decirla·—Te lo estimo *(imo)*.

Por menores faltas que as que hay en estos versos ha llenado el Sr. Valbuena de perrerías á otros poetas que valen millones de veces más que él.

«Á *su balcón la* niña *la* esperaba *(aba)*
«Y con creciente afán la saludaba *(aba)*

Versos que pueden figurar al lado de estos otros (aleluyas). que los chicos compran por cinco céntimos:

Este hombre distraido siempre andaba,
Y hasta con los jumentos tropezaba.

(Aun son mejores estas aleluyas que los versos de D. Antonio.) Adelante.

«Siempre que aparecia *(ía)*,
«Y aunque acaso notaba *(aba)*
«Que siempre á sus coloquios acudia *(ía)*
«Un poquito más tarde *(y en versos prosaicos)*,
«(¡Lo que es no saber astronomía!) *(ía)*.

(¡Lo que es no saber escribir renglones cortos!)

«El fiel cariño que en su pecho arde

¡Lástima de *agua* que *vertió!* ¡Miren si no lo podía haber apagado con ella!

Ni aun sospechar su mal la *permitía (ía)*.

¡Cuidado si era picaronazo el *fiel cariño:* no *permitirla...!*

«Y una noche, con cierto desagrado,
«Notó que, aunque muy bella,
«La *faltaba (aba)* un poquito por un lado,
«Y dos días después vió que *faltaba (aba)*

(Con tantas *abas* ya se podía poner un puchero.)

«Casi la mitad della *(sic)*
«Y que tardó en *venir*, y *suspirando*
«Ya la niña infeliz se preguntaba *(aba)*:

¡Qué pobreza de expresión y de consonantes! Todo el *idilio* es así: gerundios, participios, muletillas, tiempos terminados en *aba*. *ía*, repeti-

ciones de frases y... cascotes de todo género.

«—¿Quién de su amor purísimo me priva?
«¿Tendrá algún otro amor por allá arriba?—
«Y más el disco *cada vez menguando*
«*Cada vez (¿otro?)* su venida *retardando*
(y gerundiando)
«Llegó el caso, por fin, ¡nunca llegara!
«De que la niña, á quien su afán *desvela*
«Con influencia rara,
«Pasó la noche Á SU BALCÓN en *vela*

¿Pasó la noche Á SU BALCÓN...? ¿Y es esto escribir en castellano? ¡Galiparlista!

«*Esperando (otro gerundio)* á la luna tan en vano
«Que no acudió, ni llena ni menguada,
«Ni tarde ni temprano...

Tan en vano ó tan en hueco ó vacío escribe usted que...

Ni tarde ni temprano
Llegará usted á ser, señor Valbuena,
Un poeta mediano.

Y tengo ya dicho, repito ahora y afirmaré siempre, ó mientras lo contrario no se demuestre (que no se demostrará), que, como tal, es usted malo, malísimo, de remate, pésimo, y peor cien veces que los criticados por usted. No merece usted ni siquiera el título de *poeta*, ¡qué ha de merecerlo! (¡á cualquier cosa se le llama poeta!), y sí le cuadra el de *matamusas* y *destripaversos*.

CONCLUYE EL IDILIO

Todo tiene fin en este mundo miserable; lo mismo lo bueno que lo malo. Y digo esto, que no deja de tener sus puntas y ribetes de filosofía valbuenista, porque el *idilio* de D. Antonio acaba ya.

Lo sensible es que *finiquite* tan mal como empezó, ó peor si cabe.

Pueden ustedes verlo, que ahí va el final.

«No seguia *(ía)* la historia en el archivo
«De donde la saqué, casi *por* nada.

Si la *sacó* usted, ¿cómo había de seguir en el archivo? ¡Buenos archivos tiene usted en la cabeza!

«De donde la saqué, casi por NADA

(Ojo con este NADA, *lector, que rima con... (ya lo verán ustedes; ¡increíble parece!)*

«Y sin dejar recibo;
«*Por* muy poco dinero *(ero)*
«*Que* le di de propina al archivero, *(ero)*
«*Que* no la conocia... *(ía)*
«*O por* decir verdad, seguir seguía, *(ía)*
«*Pero* estaba BORRADA.

Ya ustedes ven que esto, además de ser tontísimo y malo de remate por el fondo. en la forma no tiene el diablo por donde cogerlo ni aun con tenazas. ¡Bendito sea Dios y qué perversamente lo hace el Sr. Valbuena! ¡Yo no he visto cosa peor en mi vida! ¡Miren ustedes que rimar *borrada* con *nada*. que está *siete* (¡SIETE!) versos más arriba...! ¿Dónde habrá estudiado *Poética* este pobre hombre de D. Antonio?

«Sólo pude entender por el contesto
«(Y acabo ya con esto)

Sí, ya es hora que acabe usted. Sr. Valbuena, y yo también, con el *idilio* famoso... por lo malo.

«*Que* la pobre Inocencia *(encia)*
«Sintió mucho la falta de la luna *(una)*
«*(Que* la dejó á la ídem de Valencia), *(encia)*
«Y amargamente lamentó *su* ausencia *(encia)*
«Mas no se corrigió de *su* tontuna. *(una)*
«Pues según se entendia en lo borrado,
«Se *enamoró* AL invierno de la nieve,
«*Y luego* de la ESPUMA, (¡!)
«*Y luego* de las pompas, (¿?) que en el *río*

(Este *río* aconsonanta con *desvarío*, que está... nada, lo de siempre.)

«Forman las gotas de agua cuando llueve;
«De mil cosas, en suma,
«A cual menos estable, á cual más breve,
«*Que alentaron* su ciego *desvarío*
«SIN UN PUNTO DE CALMA.

¿Las mil cosas *alentaron sin un punto de calma* el *desvarío ciego* de Inocencia? Dejémoslo. ¡Un disparate más qué importa al...!

«Y la dieron AFANES y DESVELOS *(y ripios)*
«Para dejarla el corazón vacío...

Pero con puntos suspensivos, que maldita la falta que le harían ni hacen aquí. ¿Y vacío de qué *la* dejaron el corazón, Sr. Valbuena? El demontre que lo sepa; porque ahí no se ve claro más que lo perentorio de un segundo consonante para *desvarío*.

«Ya has visto cuántos duelos
«Afligieron el alma

(Esto lo dice D. Antonio, en... *canto* aparte, á Juanita, la pobre víctima de sus cascotes poéticos.)

«Ya has visto cuántos duelos
«Afligieron el alma

Y el corazón también; ya verán los lectores cómo también el corazón.

«De aquella niña angelical. Ya viste
«La INFINITA CADENA DE DESGRACIAS (¡!)
«De PESARES SIN NOMBRE,

Lo que el lector habrá visto con toda claridad será la *infinita cadena* de atrocidades, ripios y cascotes fenomenales de que está compuesto el *idilio.*

«*Que atormentó su corazón...;* y gracias

(Lo dicho: alma afligida y corazón atormentado.)

«*Que* nunca le ocurrió querer á un hombre,

Cosa rara en una *niña* de quince años, aunque ésta se llame Inocencia. ¡Siendo tan *enamoradiza*...!

«*Lo cual* hubiera sido lo más triste.
«*Porque* los hombres son en estas cosas
«De amor y de inconstancia
«Peores *que* mariposas, (¡!)
«*Que es cuanto* hay *que* decir; son unos seres

¡Vaya un versecito! Como malo, es malo; y *cuanto* á prosaico y pedestre, es todo lo que *hay que decir.*

«*Que*, vamos, en sustancia, *(y sin ella)*
«Son casi casi igual que las mujeres.

Vulgaridad que maldita la gracia que tiene. Por lo menos yo no se la encuentro. ¡Tan harto

estoy de oirla á los graciosos callejeros y chulos de Vallehermoso!

«*Al fin,* Juanita, tras de largo rato
«A medias delicioso y aburrido
«*Mezcla vaga* de gloria y penitencia,

¿Qué querrá decir esto de *mezcla vaga* y á medias (ó calcetines) aburrido y delicioso, con penitencia ó sin ella? No lo adivino, y me huele á relleno insulso; máxime al ver que el consonante de *penitencia* está cinco versos más abajo, según uso y costumbre de D. Antonio.

«*Al fin he* concluido
«Con *aqueste* POÉTICO RELATO.

Eso falta que sea; *poético relato.*

«¡Ay!

La poesía que se queja de dolor. ¿Lo ve usted D. Antonio?

«¡Ay! y

¡Ay! y... ¡Qué hermosura!

«¡AY! Y NO SÉ SI POR destino *ingrato.*

¡Qué verso tan ingrato!... *seis* monosílabos seguidos, nada menos que *seis* monosílabos seguidos. *(¡Ay! y no se si por...)* ¿No han de estar quejumbrosas las musas?... Y *verterán agua* también. ¡No han de *verter!*

«¡Ay! y no sé si por destino ingrato
«También con tu paciencia...

Yo creo que sí; pues usted es capaz de concluir con la paciencia de un guardacantón.

«Pida á Dios, por mis culpas tu inocencia;

Sí, hija mía, sí; pide á Dios por las culpas de D. Antonio, que son muy grandes; ya que no puedes evitar, ni yo tampoco, que esto acabe como las coplas de ciego, en la cual no anda desacertado el Sr. Valbuena; pues allá se van en mérito literario ellas y el *idilio.*

«Sé feliz, que la dicha te sonría,

Y te sonreirá si no vuelve D. Antonio á dedicarte *versos.*

«Y halles del CIELO FÁCIL el sendero.

¡Cielo fácil! ¿Qué *cielo fácil* será éste?

«Adiós; y no te olvides *por* entero

(Ni por quebrado.)

«De quien con el cariño más profundo

(Y en malísimos versos.)

«Te hizo esta poesía,

(Como quien hace cohombros ó churros.)

«Para que nunca pongas, alma mía,
«Tu corazón en cosas de este mundo.

(Amen.)

Después la fecha, y debajo de ella dos angelitos sin alas, sentados; cada uno con su corres-

pondiente corona en la mano derecha, el brazo alzado y en actitud de esperar á Valbuena para coronarle.

Digo yo que será para coronarle; porque sinó, ¿qué hacen ahí esos angelitos, y para qué tienen las coronas preparadas? ¡Sería gracioso que Don Antonio nos resultase un Zorrilla!

Por mí... que resulte; que le coronen y... hasta le erijan mis paisanos una estatua, de sombrero hongo, americana y pantalón, cincelada en mármol ó piedra berroqueña; pero que no se olviden de los atributos que le corresponden, y son: en la mano izquierda un guitarro, sin más cuerda que el bordón; en la derecha el *idilio*, y á los pies dos damiselas *devorando* trapos y alfileres, un puchero espumando, el gato engulléndose al canario é Inocencia VERTIENDO AGUA y llorando la AMARGURA DOLORIDA Y LÁGRIMAS Á RÍOS.

En el pedestal, que será de adobes y ladrillo refractario, pintón ó trabuquillo, esta inscripción á modo de mote ó divisa:

Nació en León tan colosal figura
Y asombro fué de la literatura.
Los versos que escribió tan buenos fueron
Que hasta las musas de su patria huyeron,
Y es que al ver un poeta tan brillante
Dijeron: *para musa él es bastante.*

—

Como por vía de apéndice diré que de los 503

versos de que está compuesto el *idilio* (si no marra la cuenta), he trasladado á estos artículos 495. Restan, pues, OCHO versos que se han escabullido.

No vayan ustedes á figurarse que los tales ocho versos son ocho primores, ¡qué han de serlo! (¡Para primores está Valbuena!) Allá se van con los demás, y de ello se convencerán los lectores; pues ya, para lo poco que falta, que vaya completa la «*Historia del corazón*».

«Baste decirte, cándida Juanita,
«*Que* ni de calañés ni de levita
«No se hallaba un ladrón para un remedio;
«*Que* no hubo rifas, ni causaban tedio
Los versos de Valbuena

Digo, no:

«Los nublados de pobres,
«*Y eso que* aun, *en su sed de* buena fama

(Otros *seis* monosílabos en un solo *verso* que ni es verso ni es nada.)

«No fundaba hospitales cierta dama
«A lo don Juan de Robres.

Esto es el Sr. Valbuena; una especie de Juan de Robres literario, pero sin hospital. ¿No saben ustedes por qué? Pues háganme el obsequio de adivinarlo, que fácil es.

En conclusión: conste que Valbuena es un poeta mucho peor, cien veces, por lo menos, peor, que cualquiera de los que él ha criticado. Y conste también... (¡tantas cosas se pueden hacer constar!...); pero en fin, conste también que, para fallar así, yo no he ido escogiendo cuatro defectos ó equivocaciones, como hace D. Antonio, sinó que he trasladado, renglón por renglón, los infinitos gazapos, conejos, sapos y culebras de que está compuesto el *idilio,* para que los lectores se convencieran de que el tal no tiene ni una belleza y es cualquier cosa menos idilio, la «*Historia del corazón*» cualquier cosa menos historia del corazón, los *versos* cualquier cosa menos versos, y Valbuena, en fin, cualquier cosa menos poeta *(¡poeta!)* y escritor tan castizo y correcto como algunos se figuran.

Y ahora, esperen ustedes, señores lectores, unos cuantos artículos más; pues el que haya terminado con el idilio no es razón para que deje á D. Antonio sin darle el completo y correspondiente merecido.

¡Ah!, se me olvidada.

Ahí van las seguidillas, ó *especie* de seguidillas, escritas en la cubierta del *idilio* como obsequio á los señores que me remitieron ejemplares de la *Historia del corazón.*

No son mías, conste que no son mías; las he mandado hacer *de encargo* á una íntima zurcidora de renglones cortos.

Si no le han salido bien, yó no lo puedo remediar.

Tiene el dichoso idilio
tantos dislates,
que parece una sarta
de disparates,
Quizá el demonio
inspiró tales versos
á don Antonio.

—

Pues si estudia y no duerme
este mal bicho,
como el mismo Valbuena
nos deja dicho...
en su desvelo
tentó á Escalada, y, claro,
nos dió un buñuelo.

—

Él nos dice en su idilio
que las mujeres
se atiborran de trapos
y de alfileres;
y los lectores
sabrán por él que tienen
sienes las flores.

Como estos disparates
hay más de ciento.
Así que el tal idilio,
historia ó cuento,
por su fortuna
pudiera ser tres cosas
y no es ninguna.

ANÉCDOTA CURIOSA

Boca abajo todo el mundo, que habla un sabio.

Sí, señores, un sabio; un sabio redactor de las *Domi*... (¿lo digo?)... «*Dominicales del Libre*, y demás. El cual redactor de *Las Dominicales del Libre*, y demás, dice lo siguiente:

«La España editorial acaba de publicar el tomo tercero de esta interesante obra (alude á *Fe de erratas*, por Valbuena), en que tanto *brilla* el *fértil ingenio* y *chispeante gracia* de su autor, mortificación y aburrimiento de los FARSANTES de la Academia.»

Bueno; pues si yo, Fray Juan de Miguel, que tengo mi alma en mi almario y el pensamiento tan libre como el de otro cualquiera, llamase á «*Las Dominicales del Libre pensamiento*» *Domisolfas del Libre*... (aquí una palabra fuerte); porque así lo pensara y lo sintiera, y al redactor de los FARSANTES le señalase con el título de *libre*... (otra palabra fuerte); porque en concien-

cia así lo creyese, verían ustedes, señores lecres, la polvareda que levantarían Chíes, Demófilo y comparsa, y los dicterios que regalarían á esta mi reverendísima persona; pues hay gentes para quienes «el justicia y no por mi casa» y aquello otro de

«El pensamiento libre
Proclamo en alta voz,
Y muera el que no piense
Igual que pienso yo»

es el pan nuestro de cada día y el *non plus ultra* de la libertad, del racionalismo, del sentido común y hasta de la sindéresis.

Dios me libre de llamar del modo dicho al semanario de la calle del Horno, ni del otro modo, también dicho, al redactor del periódico de la calle del Horno; que no está el horno para bollos, ni, hoy por hoy, Fray Juan de Miguel (que soy yo, servidor de ustedes), para echar el tiempo á semanarios más ó menos libres ni á redactores más ó menos desahogados.

Me importa tres Valbuenas, digo, tres pepinos, que el dicho redactor llame FARSANTES á los académicos; porque, ¿quién lo dice?, vamos á ver, ¿quién lo dice?: pues un redactor (muy señor mío) del semanario de la calle del Horno. Asimismo, me importa otros tantos pepinos que el susodicho redactor opine que el ingenio de Valbuena es fértil y brilla, y que la gracia del

mismo echa chispas; porque, ¿quién lo dice?, vamos á ver, ¿quién lo dice?: pues un redactor del semanario de la calle del Horno. ¿Y quién es ese redactor que llama FARSANTES, así, sin más ni más, á los académicos, y qué puntos calza en educación y en literatura? Pues... ¡Averígüelo Vargas!

¡Cuidado con los sabiondos panegiristas que le salen á D. Antonio! Habrá que decirle con Moratín:

«Valbuena, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates:
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.»

Y ahora, ya que hablamos de *Fe de erratas*, voy á contar á los lectores una historieta ó anécdota muy curiosa (óigala, si quiere, el redactor de *Las Dominicales*): anécdota que da una idea de las alturas *crítico-literarias* de Valbuena, y de la *certeza* y *erudición* con que ha criticado el Diccionario de la Real Academia.

Andaba por entonces (en la época á que se refiere la historieta) el pobre D. Antonio muy enfrascado en poner de relieve las incorrecciones del Diccionario y buscando gracias de mal donaire y peor intención aquí, acullá y en todas partes sin calma ni sosiego.

Una tarde, salía de paseo por una de las calles de León é iba así como ensimismado, frotándose las manos de gusto y echando chispas de contento por los ojos como si hubiera hallado algún chiste nuevo que lanzar á los estupefactos lectores de sus chinchorrerías literarias, cuando...

—Adiós, Valbuena (le dijo un su amigo). ¿Dónde vas á correrla tan de prisa?

—Pchs, *relay*. A despejar el mal humor que me producen los disparates académicos.

—Pues hombre, no llevas en la cara ese mal humor que dices.

—De todo hay, amigo. Leyendo el *Diccionario*, unas veces me pongo así, tristón, y otras más regocijado que unas castañuelas por los disparates que amontona el tal Diccionario para ludibrio de las letras españolas. ¡Que no haya una jaula para esos académicos!

—Vaya, no te den tan fuertes. ¿En qué letra estás ya?

—En la letra *B*. Y mira; esta letra parece que tiene buena sombra para mí. Abundan en ella más gazapos que en todo el resto del Diccionario.

—Por eso, sin duda, venías tan contento, ¿eh?... Sigamos paseando.

—Hombre... contento... así, así. Hay de todo en la viña del Señor. Hoy me he despachado á mi gusto contra esos peleles de la calle de Valverde.

—¿Y qué les dices en tu artículo de hoy?

—Si te lo digo ahora, no lees *El Imparcial.* Ten paciencia.

—Algo por lo menos. Dime alguna palabra de las que criticas.

—¿No te has fijado en la palabra BARBA?

—¡Hombre! *barba. barba...* no he visto cosa mayor en ella. ¡A ver, á ver qué hay en esa *barba,* digo en la *barba* del Diccionario! ¿Estará sin afeitar?

—¡No es eso! Precisamente en la definición de *barba* no está el *quid.* El *quid* está en una acepción que el Diccionario da á esa palabra. ¡Figúrate que dice BARBA DE AARÓN! ¿Quién les ha dicho á los académicos que el gran Sacerdote Aarón tuvo *barbas?* Si hubieran dicho *barbas de Pidal...* bueno; podía pasar. ¡Pero BARBA DE AARÓN?... (1) Te aseguro, chico, que si tengo á mano el académico que escribió tal dislate... le hago á él la *barba,* con seguridad. (Y Valbuena siguió despotricando contra la *barba* académica.)

El amigo, que no era rana (ni lo es, pues vive todavía), y sí más versado que Valbuena en la Sagrada Escritura, casi muerto de risa exclamó:

---

(1) La ignorancia sube de punto al considerar que por *barbas de Aarón* entiende la R. A. la planta de este nombre, vulgarmente llamada *Yaro;* de la *clase* de las *aroidineas* y familia de las *aróideas.*

(Nota del Autor.)

—Pero, muchacho; tú estás empecatado. Si todos los disparates que has visto en el Diccionario son como ese...

Buenas van de leche
Las cabras de Juanacho,
buenas van de leche...
¡Y todos eran machos!

—¿Pues qué? (contestó Valbuena algo apabullado). ¿Tuvo *barbas Aarón?*

—Sí, hombre; y muy hermosas que debieron de ser, á juzgar por lo que dice la Escritura, que se las rociaba con oloroso ungüento.

—¿Estás seguro de que la Escritura dice eso? Porque... te advierto que ya mandé el artículo á *El Imparcial*; y estaría bonito ¿eh? que las *barbas de Aarón*... ¡Bien podía habérselas rapado!

—Mira, vámonos ahora mismo por mi casa y buscaremos el texto latino que no recuerdo ahora bien.

Y... fueron; y... claro. El texto latino decía: *Sicut unguentum quod descendit per barbam Aaron... (Como el ungüento...)*

—¡Basta, basta! (contestó Valbuena fuera de sí).

Y luego incontinenti
Caló el chapeo, dióse una palmada,
Miró hacia el suelo, fuése... y ¿qué hubo?

¡Nada! Que á las pocas horas debió de reci-

birse en la redacción de *El Imparcial* un telegrama de Valbuena, mandando retirar el original *hasta corregirlo*.

El caso es que el desdichado artículo no salió con *barbas*.

Lo había afeitado D. Antonio.

MORONDANGA

Curro, pato, ganso y ansarón,
cuatro cosas suenan y una cosa son.

(Fray Gerundio el de las Capilladas.)

Decía yo, Fray Juan de Miguel, en mi primer artículo *dedicado* á Valbuena, Venancio González, ó Miguel de Escalada, que los *Ripios Vulgares* eran, con todas sus gracias de cascabel gordo, con los propios giros é idénticas ocurrencias, semejantes á los anteriores *ripios;* pues para Valbuena todo se convierte en ripios, sean *aristocráticos, académicos, vulgares* ó *eclesiásticos,* que son los que ahora diz está *confeccionando* en los hornillos y sartenes de su mollera.

Cuatro cosas suenan y una cosa son, decía el reverendísimo Padre Fray Gerundio, del curro, pato, ganso y ansarón; y eso mismo digo yo, Fray Juan de Miguel, de los *ripios* valbuenistas; que se parecen unos á otros como un huevo á otro huevo y una castaña á otra castaña.

Cuando leí los *Ripios Aristocráticos* dije para mi capilla reverenda: ¡qué diablo, este Venancio González es de los míos; no cacarea mal! Y seguí con el oído atento á ver si el gallo leonés cantaba tres veces, como el otro de la Pasión. Al poco tiempo oí el *quiquiriquí* de los *Ripios Académicos*, y ya me entraban pesares de haberle alabado, porque el gallo, sin salirse del mismo tono, modulaba mal la voz, y cuando quería hacer alguna *pirueta* gargantil... ¡bah! lo echaba todo á perder.

Volvió á cantar en *Ripios Vulgares*, y ya no me pareció canto, sino chirrido de puerta vieja; y entonces me di golpes de pecho con más fuerza que San Jerónimo cuando lloraba en la gruta de Belén sus pasados extravíos.

No hay remedio (me dije): tengo que hacer penitencia de haber elogiado á Venancio González, y el mejor medio de impetrar la misericordia divina es llamarle á cuentas, ponerle en el banquillo de los reos donde él ha sentado á muchos inocentes, y... darle solemne y tremenda *capillada*.

Por la boca muere el pez: y este pez de Valbuena ha querido abrir tanto la suya para tragarse el cebo de los aplausos inmerecidos, que al fin y á la postre ha venido á colgarse de mi anzuelo, y yo le voy á freir para que no enturbie más las cristalinas aguas de la literatura y del buen gusto.

Ya habrán conocido mis lectores que el besugo está cogido por las agallas del *Idilio* y que no se atreve á respirar... ni por *branquias:* pero mi reverendo furor no se aplaca con esto sólo: es necesario ponerle en el garfio, para que el mundo literario vea que el impertérrito *ripiador* no es tan temible como se cree, y que tiene más *cascotes* literarios en sus escritos que cuantos ripios se puedan imaginar en los escritores de que él abomina y echa pestes.

Valbuena, cuando escribió *Ripios Académicos,* cortó la culebra académica (como él dice) cuatro dedos por la cabeza y cuatro por la cola, sin perjuicio de contradecirse al final del libro, en que volvió á cortar ó *segregar* cuantos académicos quiso, por detrás y por delante, para servir al público el pisto manchego que á él se le antojó.

Yo que, por ahora, no tengo otra culebra literaria que las obras de D. Antonio, voy á cortarla, no cuatro dedos, sino todos los dedos que pueda... ¿por dónde dirán ustedes?, pues por la cabeza; por la cabeza de los *Ripios Aristocráticos,* sin perjuicio, por supuesto, de ir dando tajos hasta llegar... ¡qué sé yo dónde va á llegar mi reverenda persona!

Porque si Valbuena se hubiera concretado á escribir los primeros *Ripios,* no del todo malejos por la originalidad de algunos chistes, se le po-

dían perdonar ciertos defectillos de dicción que no pasan de materia leve; pero cuando se atrevió á poner su lengua en otras reputaciones literarias de mucho arraigo en la opinión... aquello fué algo más que materia leve; fué un sarcasmo hecho al público inteligente, como si le dijera:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
Escritores por mí descalabrados...
Fueron en tu opinión deslumbradora
Ídolos nada más; hoy derrocados.

Que eso, y no otra cosa, quiso hacer Valbuena, para que el público se pasmase de tan inusitado atrevimiento, y entendiese que no sabía de la misa la media en achaques literarios. Quiso D. Antonio ir más adelante en su reto al público, y no paró hasta ensartar otra cadena de desatinos.

Esta es *la más negra*, me dije yo para mis adentros; esta es *la más negra*.

Y á propósito de *la más negra* y de la cadena de crímenes literarios perpetrados por D. Antonio, se me vino á las mientes este cuento de Fray Gerundio el de las *Capilladas:*

«Llegó á confesarse conmigo un arriero que padecía de escrúpulos, y llegado que hubo al séptimo mandamiento, y preguntado si tenía algo de qué acusarse en él, me dijo:

—Acúsome, Padre, de que yendo solo por un

camino encontré un retazo de soga *así* (y señaló del codo á la mano) y le cogí y me quedé con él sin publicar el hallazgo.

—Bien, hijo (le contesté). eso no pasa de un pecado venial, á lo sumo. Vaya. ¿tiene más que decir?

—Sí, Padre; que al cacho de soga estaba atada una *cadena* así de larga (y abrió los brazos).

—Bien, hijo. bien; y ¿nada más?

—Sí, Padre; á aquella *cadena* venía atada una mula.

—¡Hola, hola! Eso ya es algo. Y nada más, ¿eh?

—Sí. señor; á aquella mula iba atada otra mula.

—¡Toma?... *esa es la más negra:* exclamé entonces.

—No. Padre (me respondió); *la más negra era otra que venía detrás...*"

Eso digo yo; la más negra fué la que vino detrás, ó sean los *Ripios Vulgares* que llegaron arrastrados por los otros dos *Ripios* anteriores, bien asidos á la cadena de dislates y cacho de soga que Valbuena encontró en su camino literario.

¡Ripios Vulgares! (repetía yo, para mí, antes de leer el librejo) *¡Ripios Vulgares!...* ¿Serán ripios del vulgo? Eso tiene que ser. ¿No fueron *Ripios Aristocráticos*, ripios de aristócratas

y *Ripios Académicos*..., en fin, de los prohombres de la Academia? Pues no hay remedio; eso tiene que ser: ripios *vulgares*, ripios del *vulgo*... claro; esto está claro... Pero si el vulgo (como dijo Lope de Vega) es *necio*, ¿qué ripios ni qué diablos ha de tener, si no escribe como vulgo, en calidad de vulgo... y además el vulgo es término genérico? ¿Meterá á todo el *vulgo* en su libro? ¡Pues trabajo le mando!... Y no hay que darle vueltas: el vulgo tiene que tener *ripios*. ¡Cuando lo dice Valbuena... si sabrá Valbuena lo que se dice!

Pues, señor, no *caigo*: ello tendrá mucha sabiduría, mucho intríngulis; pero... vamos, no doy con el *busilis*.

¿Será que son *vulgares*, así, de poco pelo, los hombres á quienes critique? No puede ser... Ello será... despellejar á quien tenga más fama literaria que el propio Valbuena.

Y cavilando, cavilando acerca de la verdadera significación de *Ripios Vulgares*, ya estaba dispuesto á suplicar á *La Correspondencia* (que todo lo sabe), ó á *El Liberal* (que lo inventa todo) que me explicasen el *enigma*, es decir, el epígrafe del libro anunciado y *de venta en las principales librerías* (porque yo no estaba dispuesto á gastarme doce realetes en saber cosas *vulgares*, y menos siendo *ripios*), cuando... cata aquí que entró á visitarme un amigo muy dado á comprar

esta clase de libros acabados de salir de la imprenta y...

—¡Hombre! á propósito (le dije), viene usted como llovido del cielo. Usted que siempre está al tanto de la literatura corriente y moliente, ¿sabrá decirme qué significa eso de *Ripios Vulgares?* ¿De qué tratan?, vamos á ver; ¿de qué tratan? (Y le expliqué mis escrúpulos.)

—Padre Fray Juan (me contestó): tiene usted razón que le sobra por cima del cerquillo. No había yo filosofado acerca del epígrafe del libro; epígrafe que ahora me parece una de tantas tonterías de Valbueña.

—Pero, en fin, ¿de quién hablan? vamos á ver, ¿de quién ó quiénes hablan esos *Ripios Vulgares?* ¿A quiénes vulgarizan?

—¡Pchs!... Le diré á usted. Tratan... casi de los mismos personajes de otras veces, con las mismas tonterías y gracias que, de puro gastadas, van pareciendo insípidas y sosas. Comienza Valbuena por el Sr. Cánovas del Castillo; y... dale que dale con el mismo resobado tema; y otra vuelta á la tortilla, que ya parece quemada; y por aquí, y por allá, y por los mismos cuatro costados á un tiempo. En fin, que es un machaca de siete suelas ese Valbuena. Es un zapatero de viejo.

—¡Vaya!, pues no gasto yo doce reales en ese libro. ¡Como no gaste!

—Pues yo le aconsejaría á usted que lo leyera;

aunque no sea más que con el fin de dar á Valbuena una zurra, ó varias, pues bien merecidas las tiene.

Y fuí, y lo compré. Sí, señores; yo, Fray Juan de Miguel, compré el libro. Confieso que fué una calaverada: pero, en fin, aunque me pesa, ya no tiene remedio.

Salí de la librería con mi librejo debajo del brazo; y si no hubiera sido por la pícara vergüenza de que me vieran por la calle leyendo *ripios*, lo hubiera abierto de buena gana.

Por fin llegué á mi celda, abrí el libro, y... ¡zas! lo primero que me saltó á la vista fueron unos latines...

¡A ver, á ver!—me dije.—¿Serán como los que empleaba cierto periódico? Porque... han de saber ustedes que ese tal periódico, poniéndose serio y lanzando exorcismos, concretó su pensamiento en un... *juris furfuris* que daba el opio, y á mí me hizo desternillar de risa. El pobre quiso decir *ejusdem furfuris:* pero no acertó, y dijo *juris furfuris*, que me sonó así como á *derecho del fósforo*, ó *fósforo del derecho*, que para el caso es lo mismo.

Pero, no; los latines de Valbuena no deben ser así.

Me puse las gafas para ver mejor el latín de D. Antonio, y... estaba bien escrito, eso sí; pero aplicado al asunto... ¡Dios nos libre!

¡Ille ego qui quondam!

Bien, muy bien, Sr. Valbuena; en suposición de tocar las castañuelas, tocarlas bien, y no hacer lo que otros: los latines, ó echarlos ó no echarlos.

Lo malo es que usted no sabe la transcendencia que más adelante puede tener ese latín: *Ille ego qui quondam*. Porque, verá usted, D. Antonio. Andando el tiempo podrá venir un nuevo Cañete rebuscador de papeles y libros inútiles, y si topa por casualidad con el libro de usted «*Ripios Vulgares*», al ver el latín *Ille ego qui quondam,* que usted nos dispara á quema ropa, exclamará entusiasmado: *¡Eureka! Ille ego qui quondam*. Este Valbuena es el mismo que escribió el *Diccionario* latino. No cabe duda; él mismo lo dice en este arranque genial y hablando en latín para que nadie ignore la procedencia.

Y entonces... ¡adiós mi dinero!, D. Antonio. La poca y mal adquirida fama que usted ha conquistado mordiendo al prójimo, se la llevaría el diablo con todos los *Ripios*.

¿Ve usted, Sr. Valbuena, lo que son las indiscreciones? ¿Ve usted á lo que se expone con un latín mal traído á cuento, y quizá sin saber de quién es?

Afortunadamente, y para buena ventura de usted, quedarán mis *cascotes*... digo los *cascotes valbuenistas,* á fin de que el presunto Cañete

pueda salir de su error, averiguando que este Valbuena no es el otro, ó que el otro no es éste.

Bien puede usted, Sr. Valbuena, D. Antonio, darme las gracias.

Y... ¡ojo con más latines que no vengan á pelo!

Sin el latín ese ya sabíamos que usted era el mismo de antes; sí, señor; el mismo que amontona *ripios* y más *ripios* sin tener en cuenta que ensarta más *cascotes* en verso y prosa que todos los escritores juntos á quienes ha criticado injustamente, y sólo por el deseo de criticar, ó más bien satirizar, pues la crítica verdadera en sus obras de usted... no existe.

Se ha empeñado usted, D. Antonio, en reñir con todo bicho viviente, y no sospechaba que ahora había de salirle, en su vida literaria, esta verruga de los *Cascotes*.

Cascotes que continuarán en el próximo artículo, con el examen de *Ripios Aristocráticos*.

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS

¡Cinco ediciones de *Ripios Aristocráticos!*

No lo crean ustedes: eso han dicho los periódicos; pero yo tengo la segunda, y la segunda no es más que la primera transformada.

¿Que de qué modo lo he averiguado? Pues es muy sencillo. El ejemplar que poseo tiene la tapa á dos tintas (negra y azul), y dice «segunda edición» y año «1885». Bueno: pues yo he roto la parte de cubierta correspondiente al lomo del libro y me he encontrado otra tapa, á dos tintas también; pero éstas *negra* y *roja*, sin «segunda edición» y con el año «1884». He cotejado después esta segunda tapa y este último año con la «primera edición», y ciertos son los toros; no hay «segunda edición», no existe más que la primera, que, sin duda porque no se vendía, alguien la transformó en «segunda» para darle salida.

¡Cosas de Valbuena! ¡Y que después se pavonee tanto con las ediciones de sus libros!

Dejando á un lado las *tapas* (que no son ma-

las tapaderas), se tropieza con una «*Advertencia*» que tiene tres pares de castañuelas. Está firmada por «Los editores»; pero á mí que no me digan: los editores no suelen escribir *advertencias*-prólogos para los libros que imprimen; las mandan hacer á los autores.

¿Habrá hecho Valbuena la «Advertencia» de sus *Ripios Aristocráticos?* Me inclino á creer que sí, por muchas razones que me callo.

Y no sólo me inclino, sino que lo creo á pies juntos.

Pues vean ustedes lo que dice de sí mismo el Sr. Valbuena en la «Advertencia» del libro:

«Que cautiva á los lectores con su gracia y amenidad.»

«Que no hay manera de rebelarse contra sus juicios, ni de desconocer lo justo de su crítica.»

«Que su *pseudónimo* (Venancio González) es uno de los mejores chistes de la obra.»

«Que es un castizo prosista y un cáustico é intencionado escritor.»

«Que el testimonio de los mismos heridos hoy le proclama el *primer crítico*, el *más ingenioso escritor* humorístico y el *mejor periodista contemporáneo*.»

A todo lo cual contesto yo, Fray Juan de Miguel, lo siguiente:

Que al Sr. Valbuena hace tiempo que se le debe haber muerto la abuela.

Que si no es gallego lo parece, por lo bien que para sí maneja el *botafumeiro.*

Que D. Antonio no cautiva á los lectores, y sí únicamente les hace reir con sus chistes á lo payaso, pues no es más que un Tonino ó un Pepino literario.

Que sí hay manera de rebelarse contra sus críticas y juicios, los cuales distan mucho de ser lo que él supone: justos.

Que no encuentro gracia ni saco punta á eso de que su pseudónimo sea uno de los mejores chistes de la obra.

Que me río yo de los peces de colores, digo, de eso de «castizo prosista»; y que tocante á «cáustico» é «intencionado» escritor, concedo: es una cantárida literaria con más intención que un toro de Miura.

Que no creo yo, ni será capaz de creer nadie, que los mismos heridos ni los que no lo estén proclamen á Valbuena el «primer crítico», el más «ingenioso escritor humorístico» y el «mejor» periodista contemporáneo.

Y por último, aconsejo á Valbuena que cuando tenga alguna otra «advertencia» que hacer para sus libros, procure escribirla de modo y manera que nadie note el estilo, y también tener más modestia, no darse tanto jabón y no ponerse en los cuernos de la luna sin qué ni para qué.

Dicho esto, adelante con los *cascotes.*

Al primer tapón, zurrapas. Valbuena quiere escribir en prosa, y ya en la primera página le resulta verso.

Verso muy malo, por supuesto, como todos los suyos.

Allá va una muestra:

«Y cuidado *que*
no voy á hablar *del*
duque *de*
Rivas *de*
ahora *que*
sin dejar *de*.»

Y como si no fuera bastante, en la página tercera repite del siguiente modo:

«El cual, aunque no *es*
duque ni *marqués*,
se parece mucho á *los*
marqueses y *los*.»

A poco más le resulta una seguidilla.

Y no es esto lo malo: lo malo es que D. Antonio continúa en la misma forma. Véanlo ustedes:

«Y si no para *que usted*
se convenza por si *que*
de otro modo no lo *que*
rría *usted* creer, *pues*
no *sé* por *qué se me*
figura *que* ha *de* ser *usted*
un poco terco; verá *usted*
unos cuantos versos *de* los *del*.»

Y luego estos otros, que casi pueden cantarse con música de «al salir el sol»:

«En primer lugar
notará *usted*
si lo tiene á *bien,*
que los tres versos primeros
no tienen nada que *ver.*»

Eso sí; Valbuena cambia á menudo el metro ó la vara de medir. Allá van otros de corte diferente:

«Ni *un* pueblo,
ni *un* monte,
ni *un* soto,
ni *un* prado,
ni *una* casa,
ni *un* río,
ni *un* puente
ni *un* vado.»

Digo, «ni un chisme»; D. Antonio dice *chisme,* y en verdad que tiene razón, pues eso no es más que un chisme lleno de galicismos.

Que consulte á Baralt y se convencerá.

Bien; pues la tal forma de escribir no le impide á D. Antonio armonizar del modo siguiente:

«Que yo no sé si es por ar...
Y que á él no se la da na...
Lo que no sé yo es si el»

Ni tampoco le impide «cascotear» de tal manera, que en menos de tres páginas repite *trein-*

ta y seis veces la palabra *usted*. Esto aparte de los *ques, peros, porques* y demás. Todo lo cual produce dolor de cabeza al más pintado.

Por supuesto, que la verdad y la pobre sintaxis no andan muy bien que digamos. Véase la muestra:

«Y además es bueno el papel, eso sí; excelente papel, capaz de acreditar, si no el talento del señor conde, *por lo menos la fábrica.* Y también es buena la impresión, buena: una impresión clara, hermosa, *como la de todos los libros inútiles.*»

Más adelante dice Valbuena:

«Pero no *anticipemos los sucesos*...» expresión *cursi* muy usada en los folletines, pero impropia de un mediano hablista.

A todo esto, la crítica que va haciendo el señor Valbuena es á todas luces injusta.

El primer criticado en *Ripios Aristocráticos* es el duque de Villahermosa, y los versos que de él saca á relucir Valbuena no son malos; valen cien veces más que todos los que ha escrito Don Antonio.

Casi lo mismo afirmo de los del conde de Vigo, que sigue al duque de Villahermosa.

Viene después el marqués de Molíns, al cual llama Valbuena «viejo, peludo» y otras incultas lindezas, que no cito porque me da asco y porque están escritas en perverso castellano.

La crítica que de estos versos del señor mar-

qués de Molíns hace Escalada, ni es crítica ni mucho menos; es una serie de despropósitos y ridiculeces.

Llega en seguida el turno al señor conde de Cheste, y con la misma pecadora mano que Valbuena critiquiza á los anteriores, pretende desvirtuar el valer de este señor, citando como versos malos y llenos de disparates los siguientes, que yo considero buenos, porque en realidad lo son:

«¿Podremos, por la senda, conde amigo,
Que seguimos tú y yo con fe sincera,
Llevar la nave á descansado abrigo?»

No sé dónde están los disparates, Sr. Valbuena; no sé dónde están los disparates. Es decir, dónde están sí lo sé: en todo lo que usted escribe.

Quiero decir que no sé qué disparates tienen los versos transcritos. Usted, por el afán de hacer chistes de mala ley, sería capaz de encontrar disparates hasta en las cosas más santas.

Al señor conde de Cheste siguen dos marqueses: el de Dos-Hermanas y el de Valmar, y para que se vea más patente la parcialidad é injusticia con que Valbuena critica, citaré dos ejemplos.

Escribió D. Leopoldo Augusto de Cueto:

«¿Por qué feliz su corazón suspira
Al ver el campo, el mar, el firmamento...»

Y va Escalada y dice:

«¿El mar ha dicho usted? «La mar», D. Leopoldo, «la mar». Ahí se dice «la mar».

A lo cual replico yo:

Sr. Valbuena, ni sabe usted Gramática, ni eso es crítica, ni Cristo que lo fundó.

Otro ejemplo:

Escribió el mismo señor esta lindísima redondilla:

«Para un beso de tu labio
No son suficiente precio
Ni las riquezas del necio
Ni los laureles del sabio»,

y no se le ocurre á Valbuena más que decir: «con un solo labio no se besa», como si no supiese él de sobra que la frase criticada es corriente y muy usual, y también como si ignorase que se puede besar con un solo labio.

Pues nada; lo dicho, y alguna insignificante cacofonía, es motivo suficiente para que el *mar*... mitón de Valbuena llene de improperios al señor marqués de Valmar.

¿Y á esto se llama crítica?

Pues todavía habrá majaderos que den la razón á Valbuena.

¡A un infeliz marrullero que en pocos versos tiene más ripios que todos los escritores juntos!

Según tengo probado.

ACERCA DE LO MISMO

Este artículo, y no van más de *Ripios Aristocráticos,* pues sería el cuento de nunca acabar el ir entresacando y poniendo de relieve todos los *cascotes* que hay en las obras del «castizo prosista» (como él se llama) y «cáustico é intencionado escritor» Sr. Valbuena; el cual es tan cáustico, intencionado, gracioso y ameno, que vean ustedes lo que en la página 52 dice de uno de nuestros escritores:

«En lo intelectual, es verdad que no vale nada; pero de físico es bastante feo.»

«Lo *que* tiene *es que* también *es* muy desaliñado, y no se acepilla.»

«De suerte que si le encuentran ustedes en la calle sentirán tentaciones de darle un perro chico.»

Esto es crítica: lo demás... música celestial.

El hermosote, pulido, aliñado y acepillado Valbuena hace perfectamente en tirar piedras al tejado ajeno y en criticar de ese modo. Está muy puesto en razón. ¡Se salvó la literatura!

Se salvó, «á juzgar por las expectoraciones poéticas que va echando»...

(Esto no lo escribo yo; lo dice el *ameno escritor* al mismo á quien llama todas esas lindezas anteriores. ¡Qué asco! Para escribir tales cosas no valía la pena de llamarse *gracioso* y...)

Página 69:

«Soy yo así tan caritativo con estos duques... y eso que no pertenezco á ninguna sociedad protectora...»

No; el Sr. Valbuena pertenece á la sociedad ó á la clase de los... protegidos.

Y ahora véase cómo armoniza en la página siguiente «el mejor periodista contemporáneo»:

«Se llama *Responsabilidades*, nombre *que* no *me meteré (no-me-me-te-ré)* yo á decir si está mejor *á* peor elegido *que* el color *(or-or)* del capote; lo *que* digo es *que*»

Lo *que* digo yo es *que*, aparte tantísimos hiatos, cacofonías y repeticiones, no sé qué pito es el que toca esa *á*.

Como no le pite á usted, ¡oh «castizo prosista»!

Pero el párrafo siguiente sí que es una pitada mayúscula; vean ustedes:

«*Lo cual* de seguro no *lo* entiende el marqués (Valbuena sí que no lo entiende); *pero* en fin, *que* entienda *que* (nada, *que* no lo entiende), *que* entienda *que*, afirmar como afirma *que* los Santos Padres asentaron la Iglesia sobre la roca, es atribuir á la Iglesia origen humano, y es doctrina contraria á la católica, doctrina condenada.»

La sintaxis del «más ingenioso escritor humorístico contemporáneo» (basta que se lo llame Valbuena) es toda así, enrevesada ella, y anfibológica hasta más no poder; pues «pasando por alto» (como dice D. Antonio en otra página) todos esos *los, ques*, etc., nos encontramos con la *doctrina condenada*, que tanto puede referirse, gramaticalmente, á la católica como á la de *origen humano*.

¡Oh *ingenioso escritor* y *castizo prosista!*

Tan ingenioso y castizo, que poco después dice: «Posterior*mente me he* (*mente-me he:* hizo usted bien; si le corría prisa...) tropezado con otros dos sonetos»; donde el *me*, claramente se ve que sobra; luego escribe esta cacofonía: «*sea sin su zu*rribanda (*sea sin su-zu*... ¡cuidado que cuesta trabajo!), y en seguida esta frase galicana y cacofónica también: «los epíte*tos son su fuerte*.»

Y llegamos á la página 101.

¿Ha creído alguien que Valbuena no es poeta, y que he criticado, por criticar nada más, su famoso idilio *Historia del corazón?* Pues no, señores: D. Antonio es poeta, ¡no ha de serlo!, él mismo se lo llama en esta página de *Ripios Aristocráticos;* y cuando él se lo llama, ¡si tendrá razón el que «cautiva á los lectores con su gracia y amenidad»!

Sólo que Valbuena es un poeta malo, remata-

damente malo; todo lo mal poeta que se puede ser. Es el Antón Perulero de la poesía.

Esto no lo dice D. Antonio; lo digo yo, y á las pruebas, ó al *idilio* me remito.

D. Antonio únicamente se llama *poeta reaccionario* (¡y tan reaccionario como es!), y citándose á sí mismo (como indiscutible autoridad en la materia), traslada, reformándolos, unos versos de la *Historia del corazón*.

Había escrito Valbuena:

> «La libertad de imprenta en el infierno
> Aun se albergaba, y la censura previa
> Por auto prohibió de buen gobierno
> Que escribiese sonetos Jove y Hevia.»

y en la mencionada página de *Ripios Aristocráticos* los corrige D. Antonio de este modo:

> «Por *un* auto *impidió* de buen gobierno
> *El* que *hiciese* sonetos Jove y Hevia.»

¿Qué les parece de esto á los lectores?

El *prohibió* se ha convertido en *impidió*, con la introducción de *un* (de *un* cascote, vamos), y el *escribiese* en *hiciese*, con *el* (que es otro cascote).

Lo que no ha reformado el Sr. Valbuena son las asonancias en *o*, ni tampoco las transposiciones.

¿Y eso de citarse D. Antonio á sí propio y llamarse *poeta* á boca llena después de haberse

propinado aquellos bombos en la *Advertencia?*

A mí me parece el colmo de la modestia.

D. Antonio es muy modesto.

Y muy poeta reaccionario.

Mucho; pero escribe mal. Véase la clase.

Página 109:

«Mas dejemos en paz á este Herrero y á todos los herreros del mundo, *para volver sobre* los marqueses de los versos íntimos.»

Volver sobre es volver patas arriba la Gramática y la pureza del idioma castellano.

Página 111:

«Como *que* el señor marqués, *que ya va teniendo su edad...*»

No, que irá *teniendo* otra edad que no sea la suya. ¡Qué corrección de lenguaje!

Página 166:

«Usted dirá que también es lo mismo marqués versificador y mal poeta, y se dice de ambos *los* modos.»

¿De ambos *los modos?* ¡Hombre, me choca el *los* ese! ¿Que es errata y quiso decir *dos?* Pues también me choca.

«Ambos á dos» es frase corriente, usual; ¿pero «de ambos *los* modos» ó «de ambos *dos* modos»?...; nada, que es un cascote más de tantísimos como usted ensarta, Sr. Valbuena.

Y aún tengo que advertirle otra cosa, D. Antonio: usted, sin necesidad, por el afán de hacer-

lo mal sin duda, rellena de *ques* la inmensa mayoría de sus párrafos, y cuando tiene precisión de alguno, lo suprime, como sucede en las anteriores líneas, que están pidiendo un *que* antes de el «se dice de ambos *los* modos».

Página 170:

«Y por cierto que están *muy necias* las autoridades en su empeño de *aclimatar* el *sistema decimal,* que es también *muy necio.*»

Esto dice muy serio el Sr. Valbuena. ¿Necesitará comentarios la... *ocurrencia?*

Con menos motivos ha exclamado muchas veces D. Antonio: «¡Qué barbaridad!»

Eso digo yo: ¡¡Qué barbaridad!!

O ¡qué barbaridades!, pues hay varias: una la del adjetivo *necio* aplicado al sistema (que en sí no puede ser... Valbuena, ni poco ni mucho), y otra la de confundir el *sistema decimal* con el *sistema métrico-decimal,* que es al que se refiere D. Antonio.

El sistema decimal es muy viejo, Sr. Valbuena, y no hace falta que lo *aclimaten* (como si fuera una planta exótica) nuestras autoridades; tiempo há que está *aclimatado.* El métrico-decimal ya es otra cosa, y lejos de ser *necio,* es muy conveniente que lo *aclimaten* las autoridades.

Más conveniente que el que usted escriba versos... y prosa.

¡Ni aritmética sabe este pobre hombre! ¿Qué sistema querrá que se *aclimate?* ¡El duodecimal ó el binario sin duda!

¡O el de escribir pedestremente!

Página 174 (esto en verso):

«Mi trabajo me ha costado
hallar muestras que ofrecer
á ustedes de su numen; mas
como querer es poder,
y yo quería, claro es.»

(Debo advertir que no alambico la crítica; no hago más que usar de lo que abusa Valbuena. Párrafos hermosos ha tratado él de ridiculizar, convirtiéndolos en verso con algún aditamento de su cosecha.)

Página 180:

«... *pero peca por* donde tantos otros, *por* meterse en idiomas que no conoce.»

Pero-peca-por... por: esto es parecido á aquello de:

«Tres Pedros, Peros, Pérez, Prietos había»,
etc

y quien se mete en idiomas que no conoce es el Sr. Valbuena. Está á la vista; léase lo siguiente:

Página 184:

«... conque el cocodrilo canta.» *(Con-que-co-co-can.)*

Y en la misma página, queriendo enmendar á un poeta la plana en un verso, deja á éste cojo y con la cataplasma de un hiato tamaño (*«áspero aullido»*), para el cual hay que abrir la boca una cuarta.

Pocas páginas después, en la 186, por si fueran escasas las citadas *harmonías,* nos suelta las siguientes en menos de tres renglones:

«... *que* es lo *que* hay *que* (seis monosílabos y la mitad *ques)* leer, digo, al contrario, es lo *que* hay *que* no (otros seis y otros dos *ques)* leer, á ser posible, y de la *que con...* (otros cinco, y son *diez* y *ocho.)*»

En el renglón siguiente hay otros seis monosílabos seguiditos, pero les dejo, como dejo también muchísimas otras cosas.

¡Para rato habría si fuera á mencionar todos los cascotes del que se titula el «mejor periodista contemporáneo»!

Página 206:

«¡Como *que* á *mí mismo me ha* faltado *poco pa*ra caer!»

No; usted ya se ha caído completamente, señor Valbuena; repare usted: *mi–mis-mo–me-ha,* y vea usted que quien escribe así está caído del todo y debe entonar el *meha* ó el *mea culpa.*

«¿Cómo? *¿Sobre* quién? ¿Por dónde?»
«Hic opus, hic labor...» (Página 214.)

Eso le digo yo: *hic opus, hic labor.*

Hoc opus, hic labor est, con todos los *sobres* y todos los tremendísimos cascotes é incorrecciones de diversas clases.

Página 216:

«Si no fuera una pesadez *volver* ahora *sobre* el señor marqués de Molins...»

Nada, lo que digo; el Sr. Valbuena es aficionadísimo á los *sobres* y á los galicismos, y pesado sin galicismos y sin *sobres.*

Como no quiero imitarle, para concluir el artículo, ahí va este ramillete de *gracias* que en pocas hojas regala Valbuena á un buen crítico y literato, difunto ya:

«*Cucañete,* tio, académico de la legua y de la media »legua, escritor de género chabacano é inmundo, mente»cato, mamarracho, que hace el oso y á quien aplauden »cuatro zánganos majaderías y simplezas, ayuno de inge»nio, de ciencia, de gracia y de todo, menos de cobrar »sueldos, mal escritor, sin inspiración, ni estilo ni nada »más que un poco de baja erudición, acumulador de sala»rios, verdadera babosa literaria y política, tonto, infeliz, »fantasmón risible, ca... ca...» y otras *lindezas* quizá más graves.

¡Esta es la crítica de Valbuena!

¡Y á esto se llama literatura, y gracia, y donaire y *vis comica!*

¡Y este es el «que cautiva á los lectores con su gracia y amenidad»!

¡Y este es el que se llama á sí propio «el pri-

mer crítico» y el «mejor periodista contemporáneo»!

¡Este, en fin, el que se titula «el más ingenioso escritor humorístico»!

¡Buenos *humores* tiene Valbuena!

Dios se los remedie.

RIPIOS ACADÉMICOS

Este libro, *Ripios Académicos,* es una racha de cascotes.

Cascotes por aquí, por allá, por este lado, por el otro, por todas partes. En fin, que con tanto cascote se podía erigir á Valbuena el *monumento* de ladrillo pintón, refractario ó trabuquillo que dije cuando hablé de la famosa *Historia del corazón.*

Pero á pesar de tantos cascotes, yo voy, solamente con unos pocos de ellos, á componer un artículo, nada más que un artículo; el último referente á los *Ripios* de Valbuena.

He hablado de los *Vulgares* y de los *Aristocráticos,* y voy á ocuparme, ó desocuparme ahora en (reparen ustedes que digo *en* y no *de)* voy á ocuparme en estos otros *ripios,* en los *Ripios Académicos;* vamos, en la obra de D. Antonio que se titula, intitula ó rotula así.

Lo primero que he de decir es que sospecho que al *castizo escritor* que se llama Antonio de

Valbuena, Venancio González y Miguel de Escalada (tres nombres distintos, y, ya saben ustedes, ni un escritor verdadero), sospecho, digo, que le han dado con la puerta de la Academia en los hocicos (poco más ó poco menos), cuando tanta tirria, mirria, mala voluntad y saña irracional é implacable demuestra hacia ella.

Lo segundo que he de decir... (pero no; lo restante lo dirá Valbuena: yo me encargo de ponerlo en solfa).

Manos, pues, á la obra, y de prisa, que no hay tiempo para más, ni merece más espacio la sarta de atrocidades, por mal nombre *Ripios Académicos,* que á tres pesetas ejemplar vende al público Valbuena.

Después de un «accionando con la mano temblona», que no me paro á analizar, lo primero que nos sale al encuentro son dos *sobres* tan galicanos como los *sobres* del artículo anterior y como todos los *sobres* del Sr. Valbuena.

Ahí van:

«Uno *sobre* Santo Tomás, á quien, por supuesto, no entiende; y otro *sobre* la expulsión de los jesuitas de Francia, lleno de galicismos.» (Pág. 36.)

No hable usted de galicismos, hombre, que parece usted uno de los pies á la cabeza.

¿Faltan sobres? Pues ahí va otro.

«A más de *que, sobre* este punto con decir *que.*» (Pág. 49.)

¿Y esto?

«Vamos *(vamos cuando usted guste)*, vamos, usted habrá leido quizás aquello de Jovellanos, que como poeta era poco menos malo que usted.»

Vamos, aquí no hubo ni hay más poeta que Valbuena.

¿Y la siguiente armonía?

«Pero, *á más de que lo de co...*»

Ahora este ramilletito, que pueden ustedes agregar al ramillete del final del artículo anterior, pues se refiere á la misma persona (q. e. p. d.):

«Nace usted *(le dice)*, verdadera hierba ponzoñosa, ó verdadero abrojo literario, y vive usted y dura ¡ay! *(la caridad que se lamenta)* y DURA ¡AY! y escribe... y es usted más viejo que un palmar...»

Si Valbuena tiene conciencia, ese ¡ay! debiera ser su roedor, y si es buen cristiano..., no tengo necesidad de decirle lo que ha de hacer.

Poco después le dice al mismo que «no barbarice», y en seguida le critica el adjetivo *eminente*, aplicado á cumbre, por dos veces: una en la pág. 69 y otra en la 72; con lo cual critica también á Calderón, que empleó la misma frase en *La vida es sueño*.

Mas ¿qué le importa Calderón á Valbuena? Para Calderón él.

Porque D. Antonio es un caldero muy grande.

Un caldero que cuece muchos *verzos*. Allá va un hervor.

> «Esto era lo natural,
> lo sencillo, lo bello,
> mas por eso mismo
> no era lo académico.»

Y un Calderón que tiene tan mal oído que echa á perder un verso de Rioja del siguiente modo:

> «Al caso adverso *inclinan* la frente.»

Rioja no dijo ese disparate, *seor* Valbuena; Rioja escribió:

> «Que el corazón entero y generoso
> Al caso adverso *inclinará* la frente
> Antes que la rodilla al poderoso.» (1)

Vean ustedes ahora qué corrección emplea poco después el *castizo prosista:*

«... y *para ante* el vulgo, que en esta materia es más numeroso que en otras, y *aun para ante*...»

> (*Pa* después y *para ante*
> es usted un ignorante.)

«... *por que al que se*...»

Porque el *que* escribe como usted, no sabe de la Gramática la media.

---

(1) Epístola moral.—Biblioteca de Autores españoles, t. XXXII, página 387.

Página 119:

«El caso es *que*, para explicar esa noticia de *que*... diciendo *que*, si ella le pidió á Dios *que* no la separara de su marido, *que* si Dios se lo concedió, *que* si la dijo ó no la dijo *que*...»

Y á renglón seguido:

«Por *que* supongo *que* eso es lo *que* *qui*ere usted decir, *que*... *que*rría usted decir *que* dejaría... *que* es á lo *que* en primer término *afecta* el verbo dejar, por*que* la rosa deshojada no tiene *que*...»

Página 128:

«Y continúa diciendo el Sr. D. Manuel *que* jamás había creído, *que* después de haber visto todas esas maravillas «todavía habían (pase la cacofonía.)»

Eso no es cacofonía, D. Antonio; es *hiato*.

¡*Qué* poco *que* sabe usted! ¡Confundir una cosa con otra! ¡Vaya un crítico!

Atiendan ustedes y lean detenidamente lo que va á decir Valbuena, y se convencerán de que no sabe ni pizca de Gramática.

Página 137:

«No se necesita más *que* leer los versos de Marcelino, *que* ya conocen ustedes, para comprender *que* le han tenido *que* costar desvelos muy formales.

«Con *que* los de D. Juan Valera, *que* son lo mismo, también le han debido de dar muy malos ratos.

«Y todo ¿para *qué?*

«Para tener el disgusto *(¿quién?)* de *que* yo *los* sa*que* *(¿á quiénes?)* ahora á la vergüenza literaria y *los* aflija *(¿á cuáles?)* y *los* vapulee *(¿á los versos?)* sin *dejarles* ni

el derecho de quejarse *(¡á los versos!)*, por*que* todo el mundo se persuadirá, y aun *ellos mismos* se han de convencer *(sí, los versos se van á convencer)* de que tengo razón de sobra.»

«Verdad es *que* también *tienen* la satisfacción...»

¿Quiénes, hombre?

Nada, y que no marra; gramaticalmente, todo esto se refiere á los versos de que habla anteriormente.

Y ahora lean ustedes esto otro, que coge de medio á medio al que lo dice.

Página 147:

«Verdad es que puede un hombre tener talento y no saber hacer versos. Pero el hombre de talento que no sabe hacer versos, no los hace. Y si acaso alguna vez ha caido en la tentación de ponerse á hacerlos, conoce que son malos y no los publica.»

Aquí se ha retratado Valbuena de cuerpo entero.

No sabe hacer versos, y los hace, no solamente los hace, sino que los publica; y no solamente los publica, sino que se llama *poeta*.

Valbuena, pues (él mismo se ha juzgado), tiene menos talento que un mosquito y mucha necedad y excesivo amor propio, puesto que no conoce lo rematadamente malos que son sus versos.

Página 149 (ahora se mete en política el... talentazo):

«No hizo como tal presidente nada *que sirviera;* y bien

sabido es *que* si él *hubiera* de haber traido á D. Alfonso, no *hubiera* éste venido *(ido-ido)* todavía.»

Hubiera, hubiera, sirviera *(era, era, era)*.

Valbuena no *sirve* para escribir como Dios manda.

Nada, que no sirve:

«El honor, si honor fuera,
de ser llamado á intervenir
en las fructuosas tareas
de la Real Academia.»

¿No les digo que no sirve? Intenta escribir en prosa y... ya lo ven ustedes: verso malo.

Página 195:

«Pero *volviendo* al libro, *dejando* el prólogo y *entrando por los versos...*»

Y gerundiando, y escribiendo muy mal, y *entrando* por una puerta cochera...

Página 199:

«Y luego *usted* seguramente ha *que*rido decir *que* siente *usted* lo *que* dice, *que* habla *usted* con sinceridad; *pero como* después del diga, subjuntivo, empleó *usted* el *sentiré*, futuro *(¿de subjuntivo también?)*, y *como (y va otro como)* la sintaxis es así tan intransigente, se rebela y dice *que* nones; *que* lo *que usted* dice es *que* lo *que* dice *(¡pero qué malo es todo esto!)* tendrá luego sentimiento ó pesar *(sí, de haber ofendido á Dios)* ó pesar de haberlo *dicho.*»

En la página siguiente critica D. Antonio el adjetivo *agostadas*, aplicado á flores, y hay que advertir que se necesita para ello atrevimiento y

frescura, habiéndole usado Valbuena en la *Historia del corazón* (pág. 15), de esta manera:

«Las flores *agostadas*
No pudieron alzar la SIEN COBARDE.»

"¿Que t, a, l, tal?" (como dice Valbuena poco después).

Página 211:

«Y eso que, no vayan *ustedes* á *creer que* ella tuviera nada *que ver*.»

«Y creo *que* es la *que* más tiene de todas. Por*que* otra *que*.» (Pág. 212.)

*Con*vengo *con* ustedes en *que* la leyenda es muy sosa, ó, si ustedes *qui*eren, *que* si *que*rrán, en *que* esto no es leyenda ni es nada.» (Pág. 215)

Esto sí que ni es prosa ni es nada.

«Lo *que es eso es* ripio y nada más.» (Pág. 240.)

Cascote y nada más que cascote lo suyo, señor Valbuena.

En la misma página, criticando á Núñez de Arce, dice D. Antonio:

Más adelante hay unas *llenas ubres*, que son *demasiadas* para una vaca sola. Porque la vaca tiene cuatro tetas, pero ubre no tiene más que UNO.»

Ubre es del género femenino, Sr. Valbuena, y no se dice *uno ubre*, sino *una ubre*. Además, *teta* y *ubre* se toman como sinónimos (coja usted un diccionario cualquiera), y, por lo tanto, la frase critiquizada está bien.

Lo que no es posible tomar como sinónimos son las palabras *Valbuena* y *buen crítico.*

Página 249:

«Porque, aun cuando en el invierno no suele haber mosto, también al *vino formal* (¿VINO FORMAL?; *me gusta la* FORMALIDAD *del vino*) al vino formal se le llama mosto por extensión, *porque* lo fué en *su día.*»

Sí, ó en *sus días;* en el santo del mosto.

En su fiesta onomástica, como se dice ahora.

Página 252:

«Pasemos *por encima* de otra redondilla *(pase usted solo, D. Antonio),* un si es no es más mala que las tres...

(un si es no es
más mala que las tres),

que las tres anteriores, en la *que,* para poder decir impunemente *que...*»

Que escribe usted muy mal.

Página 205:

«Vaya. Allá va otro REGÜELDO poético de su excelencia.»

Vayan á Valbuena estos párrafos de Cervantes:

«Y Don Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar; y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana... y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones... y esto es enriquecer la lengua sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy amenudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote.»

Aplíquese Valbuena el cuento, y no *regüelde* más.

Ni eructe dicharachos como los eructa al hablar de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cuatro artículos le dedica usted en *Ripios Académicos,* ¡oh Sr. Valbuena, gloria de las musas!, y en los cuatro no puede usted probar lo que desea, que no es buen poeta.

En este particular le ha dejado á usted feo (digo, feo no le puede á usted dejar, porque ya lo es), le ha dejado mal, vamos, su amigo de usted D. Ramón de Campoamor, quien ha demostrado perfectamente lo contrario en un folleto acerca del hombre ilustre á quien tantos otros como usted intentan morder, y al que la historia hará justicia, política y literariamente considerado.

Entre la opinión de usted, Sr. Valbuena, que no pesa un adarme, y la del inspiradísimo poeta D. Ramón de Campoamor, ¿quién va á elegir la de usted?

¿Quién va á hacer caso de la saña de un... tal y un cual literario?

Continuemos, ó concluyamos.

Otro cascote (Pág. 260):

«Los articulos que CONFECCIONABAN.»

Confeccionar artículos, Sr. Valbuena, es un galicismo «insoportable al puro gusto castellano», y, como agrega Baralt, es «hacer conserva de ellos».

¡Vaya un *castizo prosista!*

Como final, hé aquí lo que dice de Galdós:

«Para poder calificarle de novelista hay sus más y sus menos.»

Aquí ya vemos que no hay otro que sea más poeta, mejor crítico, tan buen escritor ni mejor novelista que Valbuena.

¡Oh!, como novelista vale mucho D. Antonio.

¡¡Muchazo!!

Ya lo verán ustedes en el artículo siguiente.

CAPULLOS DE NOVELA

¡Oh, lo que vale D. Antonio como novelista! La verdad es que si tuviera tales y cuales condiciones, como dice doña Emilia, puede que fuese... cualquier cosa buena.

Aquí, al lado izquierdo, tengo los *Capullos de novela,* libro recentito que demostraría las aptitudes de D. Antonio para novelador de primera fuerza si el tal libro estuviera formado verdaderamente de *capullos* y no de *rabos,* ó sea de cuentos muy viejos, bastante mal escritos y con tantos cascotes como todos los libros de D. Antonio.

Diez y siete rabos ó diez y siete capullos componen el libro de Valbuena, y, aparte dos ó tres de ellos, que son regulares, los demás carecen de substancia y no se distinguen por su novedad ni por su forma, pues son quisicosas mandadas recoger por inútiles y absurdas.

Muchos de los capullos de Valbuena recuerdo

haberlos oído contar de niño allá en mi pueblo.

Por cierto que quien los contaba lo hacía bastante mejor, ó no tan mal, como D. Antonio.

Y eso que aquél no era *castizo prosista* ni *ingenioso* escritor, sino un pobre hombre nada más.

Lo que es D. Antonio: un pobre hombre nada más, que se ha metido á escritor de *capullos*, como pudiera haberse puesto á zapatero de viejo ó á payaso de circo, para lo cual no deja de tener condiciones.

Voy á dar á ustedes una muestra de la *miga* que tienen los capullos ó rabos de Valbuena, hablándoles del *fondo* ó *la punta* de cualquiera de ellos: de *El molín de Xuan Forcada*, por ejemplo.

Se reduce *El molín de Xuan Forcada* á un cuento de la época de Mari-castaña que, modernizado por el Sr. Valbuena, sírvele de pretexto para satirizar á los sencillos habitantes de la hermosa región astúrica; y tales paparruchas cuenta de ellos, que los lectores que no conozcan el antiguo Principado, formarán, leyendo *El molín de Xuan Forcada*, un concepto en extremo erróneo en lo que atañe á la inteligencia de los descendientes de Pelayo.

En una mezcla de mal castellano y peor bable, dice el Sr. Valbuena lo siguiente, que yo extracto con toda fidelidad:

Pedro Rascón, castellano, hombre muy listo y amigo de poner tachas á todo (un Valbuena, vamos), habitaba en Pendones y era el consultor de aquellos asturianos de los cabeceros, que son (según Valbuena) casi como los rocines.

El tal Rascón contaba de los de Sobrescobio que un hijo había dicho á su padre:

—«¡Ah, padre! La *obeya* rucia está *morta* en la corte; *¿échula* á la vecera ó *déxiula* en casa?

—*¡Xesús, Xesús!* Pero ¡qué *fiyus* más *borricus tengu!* ¿Cómo vas á *echala* á la vecera, rocín? Échala un *coloñu* de *fueya* y *déxiala* en casa.»

De los de Felechosa, que había ido un mozo á Caliao y un amigo le preguntó:

—«¡Ah, *hom!* *¿Morriste* tú ó *morrió* el to *hermanu?*

—*Non; morrir morrió el mío hermano*, pero *estebi* yo más *malu* que *elli*.»

De los de Casielles decía que estaba Pepón sentado y con una mortera de barro, llena de leche, entre las rodillas, y dijo á su mujer:

—«¡Ah, Marica! *¡Pes cuantu* sentiría yo que se me cayera y se me *arramara* esta mortera de *lleche!...*

—*Entos* ten *cuidiau* de que *non* se ti *caya*.

—¡Quiá, muyer! ¿Cómo había de caéseme, á *non* ser que ficiera asina»? (Y abriendo las piernas se le cayó la cazuela.)

Á los del Concejo de Ponga les achaca un cuento insípido y architonto, que no habrá lector que no conozca: el de la luna reflejada en un río, que unos caminantes toman por queso é intentan coger.

Las asturianas no quedan bien paradas tampoco, pues de ellas dice una insulsez por el estilo de la anterior.

Termina el *capullo* de D. Antonio con la *factura* del molino de Juan Forcada en un teso, en la parte más alta y seca de Pendones. Ninguno de los vecinos de este pueblo supo notar la falta de agua; sólo el Valbuena aquél, vamos, Pedro Rascón, puso de relieve tal defecto, y quedó desde entonces como proverbio: «el molín de Xuan Forcada, que no le faltaba más que el agua.»

Por si esto no fuera bastante para ridiculizar á los asturianos, Valbuena saca á relucir lo de: «Astures; fures, loquaces et mendaces», y lo otro de: «Asturiano, loco, vano, poco fiel y mal cristiano.» En otro *capullo* dice, hablando de una burra, que era «más vieja que la sarna en Asturias».

Y ahora atiendan los lectores.

Valbuena pasó todo el verano de 1890 en Asturias; los llaniscos le tuvieron de huésped una gran temporada, *gratis et amore* y agasajándole mucho; al año siguiente, en el verano de 1891, publicó D. Antonio su libro *Capullos de novela*.

del que forma parte *El molín de Xuan Forcada*, y además insertó este *capullo* en el *Madrid Cómico*. Pues bien: los periódicos asturianos alabaron su libro, y uno de Llanes se acordarán ustedes que dijo que ellos, los asturianos, aplaudían las obras de D. Antonio «con conciencia de su bondad y belleza».

¿Tendrán conciencia de que son locos, vanos, poco fieles, etc., y de «que no suele marcarse demasiado la diferencia entre los rocines y los asturianos de los cabeceros», como dice Valbuena?

Hagan ustedes los comentarios que quieran. Yo lo único que digo es que si Valbuena estando en Llanes no pudo aprender más que á satirizar y poner en ridículo á los que le dieron franco y generoso hospedaje... ¡valiente literato está hecho, y valiente huésped tuvieron los llaniscos aquel verano!

Y ahora, veamos algunos de los cascotes del libro de D. Antonio.

Estos empiezan muy pronto, á los pocos renglones, en esta forma:

«¿*Que* por *qué me había* levantado *tan tem*prano?... ¡Ah! sí .. *Pues* por*que* no *había* dormido bien. *Había* extrañado *(ado, ado)* la *cama* de la fonda, no por*que* fuera mala; *pero* en fin, lo cierto es *que* no *había* podido dormir, y *por eso (ó esto*, D. Antonio) en cuanto amaneció Dios, *me* tiré de la *cama, (otra cama)*, me vestí y *me asomé* (cuantos *més)* al balcón del poniente.»

Muy bien que usted se asomase al balcón del poniente, Sr. D. Antonio; pero muy mal que lo haya dicho con cuatro *habías* y muchos *mes*, asonancias, cascotes y sintaxis no muy correcta.

Y continúa el Sr. Valbuena cascoteando del tenor siguiente:

«En la casita blanca *había*
un niño. La rolla *había*
tendido allí los pañales
á secar, y no *habían*
secado
porque *llovía*,
pero se *habían*
lavado...»

Y sigue D. Antonio lo mismo, hasta que siente *chillar* una falleba.

Yo creí que las fallebas *chirriaban* y no *chillaban*; pero en fin, si aquélla chilló, por algo y á alguien chillaría.

Quizás á D. Antonio.

Página 10:

«*Comenzó* á *hacerle*
fiestas para *hacerle*
reir;
y cuando lo *consiguió*
y le *rió*
los dientes, *exclamó*
fuera de sí...»

Página 16:

«La primera tarde que la vi en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta *palidez aristocrática.*»

¿Cómo será la *palidez aristocrática* y en qué se distinguirá de la *palidez plebeya?*

Y continúa D. Antonio:

«Es guapilla; pero creo que *debe de* tener poco *fuste.*»

Un renglón y dos disparates: uno el *debe* DE, que es ahí antigramatical é ilógico (pregúnteselo D. Antonio á su amigo Clarín), y el otro el *fuste*, que es una palabra que por lo visto no entiende bien Valbuena. Este ha oído campanas, pero no sabe dónde.

Página 17:

«Diciéndo*me* Agustín, *me* retrajeron ni *me* entibiaron en lo *más mí*nimo. Al contrario; *me me*tieron *más...*»

Sí que le meterían más. Valbuena también mete otros siete *mes* y *mis* pegaditos á éstos.

¿Quieren ustedes más cascotes en menos páginas? Pues ni la mitad de ellos ni los más gordos he sacado á relucir, créanme ustedes.

Adelante, y abriendo el libro por cualquier sitio.

Página 47:

«En estas y otras (no se sabe qué *éstas* ni cuáles *otras*) se hallaban ya al pie de los cubos de la antigua muralla, y un momento después, dentro de la villa de Mansilla de las Mulas, que este apellido lleva por *las muchas* y *buenas* que allí *se ponen.*»

¿*Las muchas* y *buenas* que allí se ponen? Mire usted, Sr. Valbuena, esto, véalo usted, está

muy mal construído. ¿Qué ha querido usted decir con eso de *las muchas* y *buenas* que *allí* se ponen? ¿Dónde se ponen *las muchas* y *buenas*? ¿En Mansilla *se ponen*? ¿Y cómo se ponen *las muchas* y *buenas* mulas en Mansilla? ¡Vamos, que no lo entiendo! No sé si lo que usted quiere decir es lo siguiente:

"Mansilla tiene el apellido de *las mulas* por las muchas que allí hay y *lo buenas* que en ella se ponen."

Si no quiso usted decir esto, declaro formalmente que no entiendo ese berenjenal, y creo que no lo entenderá ningún cristiano.

En la pág. 75 nos habla Valbuena de una *henima de pan*, y esto, si no es errata, es un disparate; y aun cuando sea errata lo de *henima* por *hemina*, es un disparate también; pues el pan no se mide en León, ni en ninguna parte, con heminas ni sin heminas; el trigo ya es otra cosa.

Y ahora vean ustedes cómo filosofa una muchacha sin ninguna instrucción, criada de una tabernera del pueblo de Villafeliz; es curioso.

Página 80:

«Y para tu inteligencia (le dice al marido), la culpa de nuestros primeros padres no *fué* pequeña, que *fué* muy grande, porque *fué* contra la infinita bondad de Dios, y por eso *fué* (¡sin *fues!)* en cierto modo infinita»

¿No es verdad que parece *muy natural* este lenguaje en boca de una criada de taberna?

Y continúa filosofando la Manuela, que así se llama:

«Para que comprendas que no es injusto el castigo que sufrimos *(pase el galicismo)* por el pecado de nuestros primeros padres, has de saber que á nosotros, por nuestra naturaleza, no nos debe Dios más que lo que ahora tenemos. La gracia y los dones sobrenaturales *(¡qué gracia tiene esto y qué dones sobrenaturales tenía la chica!)*, ello mismo lo está diciendo, eran de gracia, y de pura gracia se los había dado Dios á nuestros primeros padres, para ellos y para sus descendientes, á condición de que le obedecieran; pero como le desobedecieron, lo perdieron todo, y no teniéndolo ya ellos, tampoco lo podíamos heredar los hijos.»

Puro cascote todo ello. No hagan ustedes caso de Valbuena; ni las muchachas más ilustraditas de allá de León saben decir esas cosas, cuanto más una Manuela, criada de una taberna de Villafeliz.

¿Desean ustedes más cascotes? Pues allá van tres, para concluir.

Página 99:

«La niña mayor lloraba y la segunda *aullaba* de hambre...

¡Aullaba! ¡Qué propiedad de lenguaje!

«Clara llegó á creer, ó por lo menos á creer que creía que...»

¡Qué bonito! Esto es parecido á lo de ..la ra-

zón de la sin razón que á mi razón se hace, etcétera», ridiculizado por Cervantes.

«... y veía ir entrando *fracs*...»

¿Ven ustedes cómo Valbuena no sabe Gramática?

Si Valbuena supiera Gramática, formaría como es debido los plurales de los nombres.

Pero no sabe Gramática, y escribe... como ya les tengo dicho y demostrado.

ÚLTIMOS CASCOTES

Después de *Capullos de novela* ha publicado D. Antonio *Agridulces* (1).

No pienso leer tales *Agridulces* «políticos y literarios». ¡Buena gana de gastar tres pesetas y echarme á perder el paladar! Para cascotes sobran con los mencionados y los siguientes que cerrarán tanta *cascotería*.

Valbuena es reincidente en el crimen de ripiadura (se cree poeta el infeliz: ¡qué talentazo de comprensión tiene): pues sepa el lector que después del *idilio* aquél ha publicado otras *poesías* igualmente pedestres y sin substancia; entre ellas otro *idilio* tan malo como la *Historia del corazón*.

Voy á entresacar los principales ripios de algunas de esas *poesías*.

---

(1) De sus tres tomos de *Fe de erratas* acaso hable más adelante, pues dan asunto sobrado para otra *Fe* casi tan voluminosa. Valbuena se despacha á su gusto, y hay muchos sapos y culebras en sus correcciones, ó mejor *incorrecciones* al Diccionario.

En una de ellas, titulada *A unos ojos* (ojos que vió Valbuena «por una casualidad»), dice lo siguiente:

«¿Por qué bellísimos ojos, *(ojos)*
Donde están mis ojos *(ojos)* fijos, *(ijos)*
Por qué dais á mis antojos *(ojos)*
Entre placeres enojos, *(ojos)*
Afanes de amor prolijos? *(ijos)*

Afanes de amor con ripios, querrá decir Valbuena, pues la *variación* de consonantes no puede ser más ripiosa (ojos, ojos, ojos, ojos, ijos, ijos), ni más ripioso todo eso de «dais á mis antojos *afanes* de amor *prolijos*», etc.

Una quintilla tan mala no la escribe nadie que tenga mediano sentido artístico.

Después de agregar D. Antonio que los tales ojos le están *alumbrando sus destinos* (otro ripio) y que la luz de ellos le *derrite el alma* (por lo visto es de manteca ó la tiene como un carámbano), dice en otra quintilla:

«A ella la mata y la quema *(suple mariposa)*
Y á mí vosotros *(los ojos)* igual;
Mas no creáis que ella tema,
Ni yo, en mi *locura extrema*,
Morir de tan dulce mal.»

A ver, que un alienista examine la *locura extrema* (y ripiosa) de D. Antonio.

En otra *poesía*, después de hablar éste del «frágil existir» (frágil existencia, bien; pero *frá-*

gil existir, mal) y de los *amantes desvelos,* que es otro ripio, escribe la siguiente estrofa:

«Si otro amor *mi* pecho enciende
Santifica *tú su* fuego;
Tus virtudes formen luego
Para *ti mi* corazón.»

Mi, tu, su, tus, ti, mi.

«Casta y pura ME DEFIENDE

Valbuena quiere decir *defiéndeme,* y supone (muy mal supuesto) que en este caso es lo mismo anteponer que posponer el pronombre *me.*

¡Ea, que no sabe Gramática!

«Casta y pura me defiende
Contra todo *vago viento*
De *liviano pensamiento*
Y halagüeña tentación.»

Sí, y si defendiera á D. Antonio contra el *vago viento* de creerse poeta y el mejor periodista contemporáneo, nos haría un gran favor.

Estas dos *composiciones* (con *des poéticas* son cortitas; la primera es de diez quintillas y la segunda de cinco estrofas. Es el único mérito que tienen y del cual carece el *idilio,* que es más largo, *más peor* y un puro ripio desde el comienzo hasta el final.

Le titula D. Antonio (al final no, á la tercera *descomposición La Mariposa,* y después de «La Mariposa», *idilio,* y debajo de «idilio», entre pa-

réntesis: *A mi corazón*, es decir, al corazón de D. Antonio.

Vamos á ver cómo revolotea *La Mariposa* de Valbuena entre estos cascotes, y vamos á ver también lo que dice D. Antonio á su corazón.

Valbuena dice á su corazón que mire á una mariposa sutil y bella, y *el* niño que la persigue:

> («Mira, corazón, aquella
> Sutil mariposa bella
> y *el* niño que la persigue,)

la cual mariposa es luego, por la fuerza del consonante («¡fuerza del consonante á lo que obligas!»), linda, ufana, donosa, liviana, zalamera, caprichosa, altanera, hermosa, hechicera, serena, coquetuela, loca, esquiva y aliñada (aliñada con muchos ripios), y la que, por la fuerza del consonante también, tiene *encanto peregrino* (para posarse en un *espino)*, y sabe *acrecentar el anhelo* del chico, ir

> «Sus *primores desplegando*,
> Fuentes y arroyos *buscando* (con gerundios)
> Donde MIRARSE ALTANERA,

y lucir sus colores

> «Envidia *dando* (otro) á las flores

únicamente para aconsonantar con

> «Sus *encantos seductores*,

que es otro ripio que llega en seguida.

Y después de indicar D. Antonio que la tal mariposa emplea *finas artes* para engañar al niño, vuelve á decir á su corazón que mire otra vez, y le pregunta si no ve en ellos (en la mariposa y el chicuelo) la imagen de otro ripio suyo, ó sea de su *adorada ilusión;*

«¿No ves en ellos la imagen
De tu adorada ilusión?;

el cual adorado ripio, ó *adorada ilusión* de Valbuena, es una *ella* tras de la que *corre el corazón* de D. Antonio;

(«También tú corres tras de ella
Porque te parece bella»)

y no sólo corre (¡miren ustedes que correr el corazón!), sinó que se afana y *allana los cerros* en *incesante querella:*

«También los cerros allanas
En incesante querella.»

(¡Cuánta barbaridad, Dios mío! ¡¡Un corazón ALLANANDO CERROS en *incesante querella!!*)

Y *allana los cerros* en *incesante querella* el corazón de D. Antonio, hasta con *porfía terca*, creyendo que si alcanza su *bello ideal*, vivirá sin *anhelo fatal* y entre *bonanzas;* pero con horrendos cascotes, como ustedes ven.

El niño coge, por fin, á la mariposa; Valbuena se queda sin la *ella*, sin la otra mariposa, y...

concluye el *idilio* abriendo el puño el chico y encontrando un

«Polvo que mancha la mano.»

Pensamiento que D. Antonio se imaginará que es morrocotudísimo.

Que siga en esa creencia D. Antonio.

¿Se figuran los lectores que no se pueden escribir más disparates en menos líneas? Pues están en un error. El *idilio* tiene una barbaridad de disparates.

Allá van otros:

«Sobre la luz se desliza
Y se dora y se matiza
De mil maneras... ¿Qué ESPANTO
Que el niño la quiera tanto
Si es tan hermosa que *hechiza?*»

¡Qué *espanto* de ripio. D. Antonio! ¡Verdaderamente es espantoso!

«¡Qué finas artes emplean
Para engañarse los dos!
¡Cuál corren, cuál SE MENEAN,
Cómo giran y VOLTEAN

(Sí, como si fueran saltimbanquis)

«El uno del otro en pos!...»

El uno del otro en pos me parece que no es verso de D. Antonio. y ya podía haberlo puesto entre comillas.

«Esta vez *ya* no se *irá... (ya, irá)*
Segura *(a)* la tiene *ya... (ya, ya)*
Contento la mano posa *(a)*
¡Ah! *(posa ¡ah!)*

¡Ah!, digo yo también.

«¡Ah! pero la mariposa *(a)*
Serena *(a)* volando va... *(ya, ya, va, va)*

¡Ya, ya! ¡Va, va con los versos de D. Antonio!

«También *así* te fatigas *(¿cómo?)*
Sin que alcanzarla consigas
Aunque la mires de cerca,
También en *porfía terca*
Sobre su huella te obligas.»

¿Sobre su huella te obligas? ¿Qué será esto de *sobre la huella* (no sabemos qué huella) de la *ella* (de la otra mariposa, vamos) se *obliga* el corazón (que *allana cerros,* ya lo saben ustedes) de D. Antonio?

¡Averígüelo Vargas!

«También tú corres igual

¿Igual? Vamos, dando *volteretas* y *meneándose* en *pos,* como el chico, etc.

«Tras de tu bello ideal
Creyendo que si *la alcanzas*

(Súbase usted á la parra.)

«Vivirás *entre bonanzas*
Sin este *anhelo fatal.*» *(¿cuál?)*

¡Oh poeta fatal; te compadezco por ese *anhelo* y esas *bonanzas!*

> «*Tam*bién á *ti te* con*trista* (*tam-ti-te-tris-ta*)
> El que á *tu* antojo resista

¡Hola!, con que antojo, ¿eh? ¡Miren el muy!...

> «*Cuando* se te aleja y *cuando*...

Con un cuando no bastaba para llenar el verso. ¿Y los puntos suspensivos? Es lo único significativo que tiene el *idilio*. ¡Como que son las calabazas que llevó D. Antonio!

> «Cuando se te aleja y cuando...
> ...Pero sigamos mirando
> No se nos pierdan de vista.»

(Sigamos mirando no se nos pierdan de vista los cascotes.)

> «Sobre una flor se detiene
> *Otra vez*, y el niño viene
> Y le engañará *otra vez* (*¿otra vez?*)
> Volando *(ando)* con esquivez
> Cuando *(ando)* por suya la tiene.»

Sí, la tiene con *andos*, ripios y una anfibología entera y verdadera.

> «Mas ¿qué hace la coquetuela?

Eso digo yo, ¿qué hace la coquetuela?

> «¿Qué hace ahora que no vuela?

Eso es, ¿qué hace ahora que no vuela?

«Si el niño casi la toca?»
la vihuela.

Digo, no, sin vihuela.

«¿Después de *marearle loca*
Por fin su pena consuela?»
(Que le conteste su abuela.)

Y ahora estos otros, y no van más; pues no hay cuerpo que resista tanto cascote.

«¡Cuánto él mucho se apura
(Transposición se llama esta figura.)

Y transposición en verso rematadísimo.

«¡Cuánto él mucho se apura
Saboreando su ventura!
¡Cómo el aliento reprime!... *(puntos)*
La mano con fuerza oprime... *(puntos)*
¿Vuela?... *(¡A mí que me cuenta usted!)*
¿Vuela?... *(puntos)* No; ya está segura.»

Bueno, que esté segura: me alegro. Yo estoy seguro, y los lectores lo estarán también, de que Valbuena es todo lo que tengo dicho, repetido y demostrado en estos artículos, á saber: que, como poeta, es más que malo, peor que malísimo y aun más que superlativamente requetepésimo, y cuanto á prosista... ¡que se quite *jierro* el hombre!, pues no hay para qué llamarse el «mejor crítico», el «más ingenioso escritor», el «mejor periodista contemporáneo» y otras necedades por el estilo.

Déjese de tontunas el Sr. Valbuena, y si es buen cristiano, como dice, antes de coger la pluma para critiquizar, apréndase de memoria, tenga muy presentes y estudie y repase mucho estos versos de un homólogo suyo en el apellido:

«Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles y afables.»

Y así nadie dudará de que un católico verdadero pueda tener tan escasa caridad con el prójimo, única cosa en que es maestro el Sr. Valbuena.

LOS PALIQUES DE CLARÍN

Por cuanto vos, Sr. Clarín, habéis contribuído con vuestros *Paliques* sin substancia á distraerme de mis cotidianas oraciones y sencillos quehaceres, creo muy puesto en razón el que yo, Fray Mortero, os lo recompense con este *machaqueo* que mi reverencia morteril va á propinaros.

Tiempo há, Sr. D. Leopoldo Alas, que esas *alas* ya no le sirven á usted sinó para revolcarse en el cieno de la literatura de bajo vuelo, arrastrarse como un escarabajo, ó, á lo sumo, volar como el murciélago, siempre de noche.

Por eso, lo otro y lo de más allá, cuando leí últimamente los desdichados *Paliques* que usted dirigió á dos escritores de más sana reputación literaria que la de usted, viniéronseme á la memoria aquellos versos de un *frailuco* (¡qué horror!) llamado Diego González, por antonomasia *Delio* (¿le conoce usted?), el cual tuvo la ocurrencia fe-

liz de retratar de esta manera al *murciélago alevoso:*

> «Visión nocturna, grave,
> Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
> De la luz enemigo declarado,
> Nuncio desventurado
> De la tiniebla y de la noche fría...
> ¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?»

¡Pues claro! ¿Qué tiene usted que hacer donde está la luz, usted que se ha declarado enemigo de ella, es decir, de todo bicho viviente que brille cien veces más que usted, y con luz más penetrante, en las bellas letras?

Y no sólo murciélago me pareció usted, sino también zángano entretenido en zumbar alrededor de la colmena literaria mientras pacíficas abejas fabrican la sabrosa miel que... (ya usted sabe) *no se hace para la boca del asno.*

Pero, en fin, sea usted zángano, sea murciélago, ó á un tiempo las dos cosas, me importa poco.

Lo que sí me importa es hacer constar al vulgo de sus admiradores que es usted un escritor parcialísimo, sin miaja de gusto literario y menos de gramática; no obstante que usted cree lo contrario y pretende monopolizar la crítica para que todo el mundo piense por el entendimiento macho de usted, y nadie abra la boca sin pedirle á usted permiso.

Bien es cierto que nadie hace caso de las *clarinetadas* de usted; y desde que Manuel del Palacio puso á usted los puntos sobre las *íes*, y Novo y Colson le propinó la receta de aquella tremenda sopapina de antaño, usted ha amainado las velas de su caletre y ya no chilla tanto ese *clarín* ronco y desafinado.

Créame usted á mí, Sr. Clarín. El público está desengañado de usted; y todas esas salidas de tono que usted lanza contra escritores beneméritos sólo contribuirán á seguir aplaudiendo producciones literarias que valen más, cien veces más que cuanto usted ha escrito.

¿Que por qué me meto con usted, Sr. Clarín? Porque usted se mete, sin razón, con todo el mundo, y pretende arrojar al arroyo bien adquiridas reputaciones. Testimonio de ello son los *paliques* dedicados á los Padres Agustinos del Escorial, y de los cuales voy á hablarle.

«Esto va con el Papa». (Dice usted en el primero.)

Bien, hombre; así me gusta. Ya era hora de que tirase usted el gorro frigio para ponerse la sotana. ¿Se meterá usted fraile?

Pero, no; no es eso. Clarín no se mete fraile: se mete con los frailes. Vean los lectores de qué manera tan ingeniosa.

«Esto va con el Papa». (Buen papa-moscas está usted hecho.)

«Llamo la atención de Su Santidad *(¡oh! Clarín llama »la atención del Papa!)* acerca de las tonterías *(¡ya!, si »fuesen tonterías no le escocieran á usted tanto)* que se »permiten algunos Padres, creo que calzados, los cuales, »en sus ratos de ocio, que deben de ser muchos, se dedi»can á la amena literatura.»

Aquí tenemos al *clarinete* de Oviedo convertido en un Torquemada, ó en un Valdés, queriendo implantar otra *inquisición* peor que la de antaño; pues aquélla permitía los solaces de la amena literatura, y escudados por ella florecieron ingenios tan *mediocres* como Fray Luis de Granada, León, Juan de la Cruz, Calderón y Gabriel Téllez; pero la inquisición de Clarín ha de ser peor, mucho peor; pues éste quiere que los *frailucos* que escriben de literatura sean arrojados vivos á la hoguera.

¡Pobre literatura española si no saliese pronto de las garras de Clarín y de Valbuena, cancerberos del Parnaso por derecho propio!

«Verdad es (tiene la palabra Clarín) que el mismísimo León XIII, cuando en vez del Espíritu Santo, *tenía* por inspirador al hijo de Latona, *escribía* versos en latín, lo cual *es ya* una debilidad *(¡hombre! ¿lo cual* ES YA?: *¿no dice usted que* ESCRIBÍA? *Pues la Gramática exige que dijese usted* ERA YA); versos según Bourget *doctamente trabajados* (LO CUAL *indica* TAMBIÉN, *gramaticalmente, que los versos del Papa son* DOCTAMENTE TRABAJADOS *según Bourget, es decir, por el gusto de Bourget. ¡Buen gramático está Clarín!),* y que en definitiva *eran* medianos.» *(Otra te pego y van dos; ¿conque* ERAN, *eh? ¿Y ahora ya no son*

medianos? Vamos, usted cambia los frenos; y cuando debía decir ERA, *dice* ES; *y cuando* SON, *dice usted* ERAN. *¡Qué crítico y qué gramático!)*

Mas ¿qué entiende Alas de Gramática ni de versos latinos?

Clarín deja al Papa en Roma y la emprende contra los Agustinos del Escorial por pura envidia, y porque ellos, los Agustinos, han sabido arrancarle de las manos el cetro de la crítica; cetro que Clarín había convertido en clava de Hércules y también en buena moneda, á juzgar por el dinero que atrapa con sus *Solos* y *Paliques*.

Todo eso de salir Clarín como nuevo Don Quijote, lanza en ristre, á enderezar entuertos y vengar agravios que supuestos malandrines hayan inferido á la *fermosa* literatura... es música ratonera y pan pintado. Lo que siente Clarín es que las personas sensatas vean en las críticas de los Padres Muiños y Blanco García el caletre averiado de Clarín y su entendimiento que no se alza un palmo de la tierra (1).

---

(1) Los Padres Blanco García y Muiños no han inspirado ni directa ni indirectamente estas críticas; cosa que puedo atestiguar. Cuando las escribí ninguna relación tenia con el primero y ni de vista le conocia. Respecto al segundo, es amigo antiguo, y quizá el cariño que le profese fuera una de las causas que me animaron á escribir este artículo.

Los citados Agustinos se defendieron en *La Ciudad de Dios*, y no les hacia falta, seguramente, mi humilde pluma.

No se horripila y rasga sus vestiduras el señor Alas porque los Agustinos escriban de literatura, sinó porque escriben mejor que él (*lo cual* no es gran mérito), y, sobre todo, porque le han sacado á pública vergüenza.

El *busilis* está en que los Padres Agustinos han dicho á D. Leopoldo verdades como puños en una prosa que vale cien veces más que todas las salidas de tono *clarinescas*, y... ahí le duele, y por eso grita que se las pela el Sr. Clarín. (El cual sigue diciendo):

«Deben de tener muchos ratos de ocio, cuando se dedican á futilezas cursis, propias de muchachos que *atraviesan* la edad del *pavo*.»

Atraviesan, ¿eh? ¿De suerte, Sr. Clarín, Don Leopoldo, el de las *alas*, de suerte que usted ha sido toda su vida un muchacho que *atraviesa* la edad del *pávo*? ¡Claro, no ha hecho más que escribir futilezas cursis!

¿Y es usted el *pavo* que así hace la rosca á todo el mundo y que tanto se *pavonea*?

Clarín ignora, por lo visto, que los frailes fueron siempre los porta-estandartes del buen gusto en la literatura, los defensores del idioma patrio, los que sacaron de la infancia la lengua española y le dieron los gallardos giros que hoy nos embelesan en los escritos de los *frailucos* Alonso de Orozco, Luis de León, Fonseca, Chaide, Márquez, Mendoza, Zárate, Ponce de León, Valver-

de, Camargo y cien más, cuyos nombres y cuyas obras no conoce Clarín.

Los criticastros á la usanza de Alas con nada se contentan.

¿Que no escriben los frailes? Pues... enemigos del progreso, retrógrados, obscurantistas, siempre metidos entre el *atqui* y el *ergo*.

¿Que escriben mucho y bien, no sólo de ciencias, sinó de amena literatura? Pues... mundanos, ociosos, cursis, frívolos, y que desacreditan las gloriosas tradiciones de sus respectivos institutos, ofendiendo el buen orden social.

¿Cómo dar gusto á Clarín? ¡Imposible! Lo mejor es echarle á paseo ó á que estudie mejor... lo que no sabe, aconsejándole que se deje de arte y literatura que no entiende y bastardea á su modo.

¡Que los frailes desacreditan las gloriosas tradiciones de sus antepasados por escribir de literatura!

Sr. Clarín, permítame que le diga que no sabe usted una palabra de literatura clásica. ¡Qué ha de saber!

Si usted supiese algo de eso, conocería también los ínclitos nombres de los *frailucos* antes citados; todos ellos Agustinos que son honra y gloria de la hispana literatura, y no diría usted que los que hoy siguen la senda de ellos (sin usted saberlo) no debían *de* escribir.

Ha de saber usted, Sr. Clarín, que una de las más gloriosas tradiciones de la benemérita escuela agustiniana consiste, como dicen Lafuente y Menéndez Pelayo, en haber armonizado prácticamente y de un modo admirable los estudios serios con los amenos y haber puesto la literatura clásica al servicio de la Escritura y de la Teología.

(Sigue dando berridos el *clarín de la fama.)*

«No va nada de esto *(¡te veo!)* con el P. Blanco García, »que está publicando una historia de la literatura españo- »la... *contemporánea* en que se llega á hablar de todos los »gacetilleros del día que hoy tienen vara alta en los perió- »dicos más populares.»

¡Bien, salero! ¡Es usted todo un hombre!

Pase, por ahora, el disparate de llamar *contemporánea* á la *Historia de la literatura del siglo XIX*, aunque resulte de ese disparate *clarinesco* que Lista, Reinoso, Arjona, Gallego y Quintana son *contemporáneos* de Clarín ó de cualquier gacetillero.

Lo que no puede pasar (¡digo, allá ellos!) es que Clarín llame *gacetilleros* á Castelar, Cavia, Gabino Tejado, Bremón, Liniers, Ortega y Munilla, Palacio, Taboada, etc., etc.; pues de todos éstos y otros más habla el P. Blanco en su *Prosa ligera*, á la que sin duda alude Clarín.

Ya lo saben dichos señores. En opinión de Clarín, no son más que unos pobres gacetilleros.

¿Habrá otra *receta* como la de Novo y Colson? Esté prevenido Clarín por si acaso.

Lo que siente D. Leopoldo el de las *Alas* es que habiendo publicado el P. Blanco el primer tomo de *La literatura española en el siglo XIX*, y luego la *Prosa ligera*, no haya citado á Clarín ni siquiera como *gacetillero*.

Y... ¡claro está! Clarín habrá dicho para su capote: «¿A que este *frailuco* me deja á la luna de Valencia?... No; pues voy á llamarle su reverenda atención con mis *Paliques*, á ver si me sale el sol aunque sea por Antequera; porque... ¡estaríamos frescos que yo, Clarín, el célebre Clarín de la familia de los roedores, no *figurase* en esa *Historia* que, sea como quiera, quedará escrita y se leerá, ¡vaya si se leerá!, y por ella habrán de juzgarnos nuestros tataranietos.»

¿No es cierto, Sr. Clarín, que han pasado por su mente idénticos pensamientos? Vamos, sea usted franco.

Pero no se apure usted, que ya le llegará su San Martín.

Digo yo que le llegará; por más que si el Padre Blanco hiciera caso de mí, le aconsejaría lo siguiente:

Al llegar á los escritos de usted, que dijera nada más

¡¡CLARÍN!!...

Y á continuación... una página en blanco.

O, sinó, esto otro

¡¡CLARÍN!!

«Este caballero de la triste figura, en vez de dedicar sus ocios, que *deben de* ser muchos, á explicar la... (aquí unas cosas que yo dijera al oído al P. Blanco), le ha picado la mosca de la crítica ruin, y desbarra atrozmente en prosa y verso. Es el D. Hermógenes que satirizó Moratín.»

Y nada más por hoy, Sr. Pedancio; pero, ¡vive Dios! que si no refrena la lengua he de machacarle y pulverizar sus *Paliques*.

MACHAQUEO II

El «*chirimía*» de Oviedo, como le llama don Manuel del Palacio, continúa disparando bala rasa (prosa mala, vamos) desde el *Madrid Cómico* contra los Agustinos del Escorial, y especialmente contra el P. Conrado Muiños.

Seguiré yo, pues, cantando las verdades al señor clarinete y pulverizando sus *paliques* sin substancia, sin gracia y sin sal.

Oiga usted, Sr. Alas.

Yo no le diré que sea usted plagiario, ni que en «*El Diablo en Semana Santa*» haya copiado una página entera de *Pot-Bouille*, en «*La Regenta*» á *Madame Bovary* y en «*Pipá*» al *Periquín* de Fernanflor; porque estas y otras cosas se las ha dicho ya Bonafoux en el folleto «*Yo y el plagiario Clarín*».

Lo que sí le diré, «pobre diablo», (usted mismo se lo llama en «*La Muiñeira*», es que su «*Rapsodia I*» está plagada de inexactitudes y errores,

y escrita además en castellano malo, enrevesado y obscuro; tan obscuro como usted. Veámoslo.

Dice *Vuestra Majestad*, Sr. D. Leopoldo I el *Simpático* (véase *Aramís*), que el P. Muiños *se queja* de que *Vuestra Excelsitud* le haya dado «su merecido con el *soberano desdén* (inclínense ustedes ante el clarín *Soberano*) y la *burla anexa* que siempre dedica á escritores de tal *estofa*».

Vamos por partes, *Eximio*.

Mientras el P. Muiños no se ocupó en zurrar á *usted*, digo, á *Vuestra Majestad* (perdón), todo marchó á pedir de boca, y era un prosista correcto, castizo, de galana forma y claro y gracioso decir, que tenía razón en la crítica que hizo de Galdós. Pero desde que en uno de aquellos artículos titulados «*Realismo galdosiano*» tuvo por conveniente decir de *usted* (perdón otra vez, *Señor*), que es un crítico parcial, vago, de abstrusas filosofías, de tecnología extravagante, que no sabe explicar con precisión, crítico que tiene «buen cuidado de ocultar las bellezas y exagerar los defectos» y vacía á cada momento el «resultado de la lectura de revistas extranjeras durante la última quincena», y que, en fin, á propósito de *novela* habla de «cincuenta cosas que ni pizca tienen que ver con la obra, y de todo lo que Dios crió, menos de literatura...», desde que dijo, repito, estas y otras tamañas y amargas verdades de *Vuestra Olímpica Majestad*, ¡oh Febo

refulgente de la literatura!, se ha convertido el P. Muiños en *crítico detestable, literato cursi* y *escritor mediocre.*

Yo bien sé, *Hermoso, Claro* y *Límpido Sol* de la crítica, cuánto *Os* dolió este varapalo *frailuno*, lo mucho que *Os* escoció y los tantísimos estirones de pelo que *Os* dabais sin poderlo remediar.

Quejumbroso, doliente, alelado y turulato, quisisteis (digo *Quisisteis)* tomar pronta, tremenda y excepcional venganza del atrevido *frailuco* que tan irreverente había sido con *Vos:* pero... registro por aquí, lectura por allá, minucioso examen de los escritos del P. Muiños por todas partes, y... nada; no parecía una mala sintaxis para un remedio, ni un regular galicismo que poderle sacar á relucir.

¡Diablo de fraile! (*Os* dijisteis), ¿cómo me las arreglaré?... Y en esto, nuevo varapalo del Padre Muiños hizo volver tarumba á *Vuestra Regia Persona;* la cual, no sabiendo cómo sacudirse la mosca, se agarró á la salvadora tabla de la poesía publicada por entonces «*¡Ya llega el tren!*», sin hacer maldito el caso (¡oh hidalguía clarinesca!) de la *advertencia* del autor.

¿De dónde sacáis, pues, ¡oh *Clarín!*, que el P. Muiños *se queja?*

Quien *se queja,* rabia y trina, ¡oh *Egregio!*, sois *Vos;* por *eso* y esto otro que *Os* ha dicho el

P. Muiños contestando á los dos *Paliques* primeros:

«El atrabiliario criticastro ha tenido á bien honrarnos con sus ataques al P. Blanco García y al que estas líneas escribe. Dos *Paliques* seguidos nos lleva á estas fechas dedicados en el *Madrid Cómico*, y aun anuncia que le queda más bilis en el cuerpo, y que la seguirá vertiendo en números sucesivos. Sin duda para ensañarse tanto con los *frailucos*, pidiendo á voz en grito una Inquisición laica que nos impida escribir crítica y versos, ha contado con que no hay ningún Novo y Colson entre los Agustinos. No por cierto, y puede tener la impunidad por segura, entre otras graves razones, porque no se nos da de críticas clarinescas más que de las nubes de antaño. Por nosotros puede seguir *Clarín* luciendo sus *gracias*, que maldito lo que nos quitan el sueño.»

«No son de ahora mis censuras á *Clarín*, á quien desde que escribo de arte contemporáneo vengo señalando como el hombre que más ha contribuído á extraviar la crítica y el arte español en nuestros días, y cuya última novela «*Su único hijo*» cité en mi primera carta antes que su autor se acordase de mí, como una especialidad en porquerías naturalistas.»

Quedamos, pues, ¡oh *Excelso Señor!*, en que al P. Muiños le importa tres cominos, literariamente hablando, todo lo que *Vos* digáis de él; y

también en que hay inexactitud y manifiesto error (por no decir otra cosa) en *Vuestras Altas* afirmaciones. El P. Muiños fué el primero en pegar, y por lo tanto, la «*burla anexa*» y el «*soberano desdén*» no es más que despecho, saña y vivo dolor de los palos recibidos.

Sí, *Egregio;* sí, *Insigne:* sí, *Eximio,* no le deis vueltas, lo repito: es despecho, saña y vivo dolor de los palos recibidos.

Si el P. Muiños no se hubiera metido con *Vos,* y el P. Blanco García *Os* hubiera dado un *bombo* en su obra, ni el primero sería *poetastro cursi,* ni el segundo *erudito vulgar.* Conste así.

Y hablemos ahora, *Insigne Señor,* de *Vuestra* enrevesada prosa.

Escribís, *Egregio,* párrafos kilométricos, que á veces más parecen indescifrables charadas ó logogrifos de difícil solución que prosa correcta y castellano corriente. ¿Qué pretendéis con eso, *Señor?*

Mirad: el sujeto va por un lado, el verbo por otro, los complementos por donde les da la gana, y la claridad, rotundidad y harmonía (con *h* ó sin ella) por ninguna parte. ¿Y pretendéis, ¡oh *Insigne!*, ser el moderno Nebrija, el Patón del día, ó el reformador Correas? ¡Ah *Señor, Señor,* cuán equivocado estáis!

Ved, *Señor,* este párrafo *Vuestro,* y convenceos de ello:

«Muy arriba tendríamos que subir si quisiéramos llegar *(¿quiénes?)* á la más alta fuente donde empieza á notarse este *(¿cuál?)* saborcillo cursi; pero no es ésta ocasión, siendo tan insignificante el sujeto *(¿qué sujeto?)*, de explicar cómo y por qué no es una fortuna *(ni dos fortunas)* para la vida religiosa moderna que tengamos *(¿quiénes?)*, verbigracia (sin *gracia* y sin *verbi)*, un Papa digno de ser académico *de la de* ciencias *morales* y *políticas*, y también DE LA DE LA *(de la de la) Crusca*. Más abajo, mucho más abajo *(¿de qué? ¿de dónde?)* pululan los *(¿pulu... qué?)* clérigos *modernizados*... como el vulgo moderno, y unos son obispos, como pudieran ser directores de la Tabacalera, verbigracia *(ahora llega lo bueno)*, Jove y Hevia, digo, Fray Candil, obispo de Alejandrópolis.»

Fijaos, *Señor*, fijaos, en los últimos renglones, y decidme, por *Vuestra* vida, si no falta ahí algo muy importante para la limpieza y claridad de la dicción..

Y advertid, ¡oh *Señor!*, que no copio todo el párrafo por no dar dolor de cabeza á los lectores; pero que, á transcribirlo, faltas aún más gordas habían de verse.

También habláis, ¡oh «espíritu distinguido y alma escogida de la aristocracia intelectual»!, de los que «se incomodan con *Clarín*, después de halagarle», y citáis á Cavestany, Fray Candil, Florete y Cortón. ¡Ah *Señor!*, ni el P. Muiños, ni Fray Mortero, que soy yo (servidor de *V. A.*), nos hemos incomodado nunca con vos ni le hemos halagado en jamás de los jamases. ¡Nunca, Señor! Por lo que á mí toca, jamás le he dicho palabra

ni buena ni mala; pero si queréis saber mi humildísima opinión morteril respecto á *vos,* os la diré.

Sois, *Insigne,* no sé si uno de nuestros primeros, segundos ó terceros literatos; ilustrado, erudito, conocedor de la literatura moderna, é ignoro si también de la antigua. Escribís regulares novelas, buenos *Solos* y bellos folletos; pero *Vuestros Paliques* son detestables, y *Vuestra* prosa (ya lo he dicho) enrevesada y obscura en muchas ocasiones.

También *Os* diré que el P. Muiños no ha hecho bien en acordarse de *Vos* para *pegaros,* y que el P. Blanco García ha hecho mal en no daros un *bombito* en la primera parte de «*La literatura española*». Pero no hagáis caso de frailes, *Señor.* El P. Muiños es un *literatuelo* satírico capaz de reirse hasta de su sombra, y muy amigo de hacer rabiar al prójimo, y el P. Blanco García un *critiquillo* de tres al cuarto; muy bromista también.

¡Duro, duro en ellos! Ya están los pobres que nos les llega la camisa al cuerpo, de puro miedo hacia *Vos.*

¿Queréis más, *Señor?*

Pues ahora... *Vos,* que sois el repartidor de títulos y el que da patentes de genio, recompensad á este pobre Fray Mortero con alguna gracia, aunque sea pequeñita, y no le tengáis por un Cortón ni un Florete.

¡Mirad, *Señor,* que sinó, no podrá dormir! ¡Reparad que *ella* será la base, el fundamento, la piedra angular de su prestigio y de la tranquilidad de esta celda!

Fray Mortero respetará *Vuestras Altas Opiniones,* y si le decís que no sabe escribir y que es un «*chupatintas*» más... ved, *Señor,* que perderá la Patria un prosista morrocotudo; pues acoquinado y vuelto loco de dolor por *Vuestra* sentencia inapelable..., continuaría tan fresco machacando vuestros *Paliques,* hoy transformados en pésimas *Rapsodias.*

CARTA Á CLARÍN

Sr. D. Leopoldo Alas.

Oviedo.

Muy señor suyo y de toda su consideración: Lo que menos me figuraba yo al escribir mi anterior *machaqueo* y pedirle á usted, como repartidor que es de títulos y patentes de genio, alguna gracia, era que estuvieran ya en camino par y medio de... ellas. ¡Merci, monsieur!

Dice usted en el *Madrid Cómico* que hay que atribuirme la invención de la *sopapina*. ¡Ca, no señor; yo no la he inventado; eso no es verdad! ¡Yo he oído contar el *caso* á personas respetables, y no se ha dicho otra cosa en sociedades, reuniones, tertulias y cafés! Es más; «si paso por cabe los perros, *sopapina* suena su ladrido; si están cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando la pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: *sopapina*. Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar; y... ¡qué

más!, si una piedra topa con otra, luego suena *sopapina»*.

Advierta usted que yo no he dicho que el señor Novo y Colson *le dió una sopapina,* sino que *«propinó á usted la receta»*. De público se ha dicho que el Sr. Novo fué á Oviedo, en unión de dos amigos, y le propuso á usted, si no una sopapina, cosa por el estilo. ¿Que usted no quiso admitir la receta ni tomar el medicamento? Bueno, ¿á mí qué?; siempre resultará una sopapina *«meramente simbólica»*, como usted dice refiriéndose á otro suceso parecido.

Cosas por el estilo le han dicho á usted, antes que yo, el P. Muiños, Bonafoux, Escobar y otras personas, y usted se ha callado. ¿Dónde está, pues, la calumnia de *La Unión,* ó mejor dicho, mi calumnia? Esta palabrota vuelve de rechazo á usted y le coge de medio á medio.

Muy en serio le diré á usted, respecto á este punto, lo siguiente:

Que á verídico, pundonoroso, honrado y caballero, no me gana usted; y que, aun cuando no tengo obligación de creerle á usted bajo su palabra, basta que usted afirme ser errónea la especie vertida y propalada no sé por quien, para que yo lo crea, me apresure á manifestarlo así y me alegre de contribuir con mis palabras á desterrar la que usted dice ser inexactitud.

Innecesario me parece advertirle que también

usted está en el deber, como caballero, de retirar *ciertas palabras* y rectificar convenientemente en el *Madrid Cómico*. Si por una mal entendida *negra honrilla* no lo hace usted, adviértole que sabré arrojárselas al rostro una por una, con el puño cerrado, y *simbólica* ó no *simbólicamente*. Conste así; y conste también que yo no niego la cara jamás, y que si necesita usted saber mi nombre, cuando quiera y como quiera me conocerá.

Y ahora concluyo medio en serio, medio en broma.

Daría cualquier cosa, Sr. Clarín, por ver la cara que usted pone cuando lee mis *machaqueos*. Digo esto, porque ellos le trastornan el juicio de tal manera, que hasta un desliz literario (calificación suya) cometido por usted, me lo achaca á mí. ¿Dónde digo yo «deber de» hombre? ¡Si en el artículo á que usted se refiere no hay ningún «deber de»! Lo que hay es «deben de», dicho por usted varias veces en el *palique* aquel, y trasladado por mí con las correspondientes comillas. ¿Y *eso* es todo lo que ha encontrado usted en mi *machaqueo*? ¡Ja, ja, ja, ja!

La *cogida* no puede ser más horrorosa. Tomen nota de *ella* los Padres Muiños, Blanco García, y los Sres. Velarde, Cavestany, Fray Candil, Bonafoux, Cortón, Florete y demás enclarinetados.

Mire usted, Sr. Alas: yo no corrijo jamás las

pruebas de mis artículos, ni las corrigen tampoco en la redacción. ¿Quiere usted que hagamos una cosa? Yo corrijo mis trabajos, usted los suyos, y después le desafío á que, en igual número de renglones, me señale tantas y tan gordas faltas literarias como yo le sacaría á relucir. ¿Acepta usted? ¡Qué ha de aceptar! Ni aceptará ni rectificará el error de «deber de», que usted llamaría calumnia y yo nombro *equivocación*.

Y conste que no soy ni siquiera un académico, como usted cree. ¡Pues si yo fuera un académico!...

Si yo fuera un académico, le convidaba á usted á unas copas, á *arrancarnos* después por playeras, y luego á bailar juntos la jota aragonesa, y hasta una polca, la de los paraguas, que nos cantaría el P. Muiños.

Lo cual que no dejaría de tener gracia, porque, *¡comparito!*, lo que es á feos nadie nos tose, y allá nos vamos usted, el P. Conrado y mi reverencia morteril.

Se repite de usted afectísimo y seguro *machacador*, que nada tiene que besarle,

Fray Mortero.

OTRO MACHAQUEO

El pretenso empollador de ingenios hueros que se llama Clarín, Alas, García y Leopoldo, *chirimía* y *soplagaitas* por más señas, continúa en el *Madrid Cómico* tocando la *Muiñeira* y despotricando contra el P. Conrado y otros Agustinos que valen cien veces más que el *Eximio* gaitero asturiano. Por *eso* yo, Fray Mortero, que he machacado al instrumento de Vetusta desde *La Unión Católica,* seguiré triturándole y pulverizando sus desconsiderados *paliques* en estas columnas del *Diario de Madrid,* ya que *La Unión* le desprecia, y por única réplica á sus embrollos le ha dado con la puerta de la redacción en las narices en un suelto que ardía en un candil.

Manos, pues, á la obra..., y bien puede dar el Sr. Alas gracias anticipadas al *Diario de Madrid* por la honra que le dispensa de que yo le saque á pública vergüenza en estas columnas que,

Dios mediante, han de ser famosas por estos *machaqueos* si el Sr. Clarín prosigue en el mal camino emprendido.

En una prosa insípida que le resulta verso malo (véase la clase:

«ó no es traducción, ó dirá
lo que el original,
y si es fiel, la belleza
no puede emanar
de la traducción, sino
del original»),

lo primero que hace el *soplagaitas* de Oviedo en la *Rapsodia II* es disfrazar la verdad con guiñapos literarios, afirmando que el P. Muiños alaba (cuando no es así), y tiene por *bellísima* (no siendo cierto) la poesía *Ya llega el tren;* todo porque dijo el citado Agustino que le habían traducido la dicha poesía en bellísimos versos franceses.

¿De dónde saca el Sr. Alas que porque uno diga: «tal poesía está traducida en bellísimos versos», alaba el original y le califica de bellísimo? ¿Dónde ha estudiado Lógica el *poeta* de los «brincos de cabrero» y «saltos de condestable?»

Mire usted, D. Leopoldo; yo, si quisiera, podía llamar á usted en malos versos

«Mamarracho, cursi, feto,
«critiquillo en embrión»

(pongo por caso), y aun agregar por cuenta propia:

> Si me falta usté al respeto,
> le atizaré un mojicón

(pongo por caso también), y al ser traducidos al francés estos versos resultar bellísimos, no porque «la belleza *emanase* del original» (¡qué belleza iba á haber en llamarle á usted mamarracho!), sinó, entre otras causas, porque la lexicología, índole y estructura idiomáticas del gabacho se prestasen mejor á la emisión de la idea, el poeta traductor estuviera inspirado y la vertiese en versos armoniosos, *bellos*, mejores que los míos, y por último, el *margot* ó *mamouset* y el *petit critiqueur*, etc., tuvieran más donaire, gracia y *vis cómica* dichos en el idioma de nuestros vecinos de *allende el Pirene* (¡olé por los buenos prosadores; aplauda usted, hombre!) que en nuestra hermosísima lengua castellana, que usted maltrata á cada instante en sus malhadados *paliques*.

Sí, Sr. Clarín; puede muy bien suceder que una poesía sea mediana, de versos incorrectos, y el traductor mejorarla en el fondo ó en la forma, haciendo que los versos duros y defectuosos del original aparezcan *bellísimos* en la traducción. Y, al contrario, puede acontecer también que una poesía sea *bellísima*, y perder toda ó parte de su belleza en la traducción.

Otra inexactitud (Clarín le llamaría *mentira* ó *calumnia*, según su costumbre), más grande aún que la mencionada, es la de empeñarse el *chirimía* ovetense en que el P. Muiños le ha tenido en otro tiempo por *alguna cosa* buena. Ya he dicho y probado al Sr. Alas, y se lo repetiré hoy, que mucho antes que él se acordase del Padre Conrado para *critiquizarle* (y no *criticarle)*, éste le había dicho verdades como puños, que le supieron á rejalgar, y puéstole las peras á cuarto. Ahí van las pruebas.

En *La Ciudad de Dios* del 5 de Agosto de 1890, díjole, entre cosas, el P. Muiños, que era un *crítico vago*, de *tecnología extravagante*, que *no sabe explicar con precisión* y habla *ex trípode* de cincuenta cosas que ignora.

Después, en el número de la citada revista correspondiente al 5 de Noviembre de 1891, en el artículo titulado «Polémica literaria», refiriéndose el P. Muiños, entre otras, á la novela de Clarín *Su único hijo*, afirmó que «esfuerzo de voluntad había necesitado *para revolver tanto cieno*», y que tenía «los pulmones asfixiados con tal atmósfera».

Por último, en la mencionada *Ciudad de Dios* del 20 de Noviembre del mismo año de 1891, le llamó *racionalista furioso*.

Ahora bien: el primer *palique* de Clarín contra el P. Muiños se publicó posteriormente, con

fecha 21 *de Noviembre de* 1891, ó sea MÁS DE UN AÑO DESPUÉS que las primeras y muy amargas verdades del P. Muiños.

¿Con qué derecho, pues, trunca el Sr. Clarín *ciertos párrafos* y sigue impertérrito afirmando que el P. Conrado le *desprecia* y le pone como un *rodillo de fregar*, porque él, Clarín, le ha sacado á relucir el *tren?* ¿Cuándo, también, señor «perro viejo», le ha ido el P. Muiños con *tus, tus?* El bonísimo escritor y excelente poeta, Sr. Clarín, no ha ido ni irá jamás con *tus tus* á ningún perro viejo, y menos si el perro es ratonero. Al P. Muiños, que es una honra de su orden, le importa tres clarines, Sr. Alas, todo lo que usted diga de él; y cónstele á usted, y téngalo por seguro, que se ríe de ello á mandíbula batiente. ¡Si usted le hubiera oído, como yo, las carcajadas que le producen las tonterías de usted y la enrevesada prosa con que las escribe!... ¡Si le está usted haciendo el *caldo gordo*, hombre, y poniéndole más alegre que unas castañuelas! ¡Y cuidado que él es alegre de por sí!

¿Quiere usted oir un buen consejo, Sr. Alas? Pues déjese de insulseces y bravatas como aquellas famosas del tercer *palique* y otras por el estilo, y ruegue al Todopoderoso (como buen cristiano que es usted, según dice) para que los *superiores* no dejen al P. Muiños bajar al arroyo á discutir con usted; porque si le dejan... ¡adiós

Clarín con todas sus abstrusidades, soserías, solecismos y otros filisteos literarios!

Me inspira usted compasión, y le doy este consejo leal porque está haciendo el bú y el ridículo de lo lindo y le ponen á usted en solfa chinesca á todas horas y en muchas partes.

Ya ve usted que no soy rencoroso, y que le pago en buena moneda los dicharachos y errores con que me obsequió en el número almanaque del *Madrid Cómico;* dicharachos y errores de que estará arrepentido, y los cuales rectificará como caballero, si no quiere que yo se los devuelva en la forma que le anuncié en mi último *machaqueo.*

Y ahora, Sr. Clarinete, trompa, bombardino ó lo que sea, quisiera yo que me dijese dónde ha leído usted la expresión «esferas peliagudas», que achaca al P. Miguélez en la *Rapsodia II* que le estoy pulverizando á usted. Yo he leído todas las obras del modesto y concienzudo historiógrafo, y no recuerdo haber visto más que *esferas sociales* en un artículo dedicado á Pereda. ¿Serán de usted esas «esferas peliagudas» y se las colgará al P. Miguélez, como me endilgó á mí el desliz cometido por usted? Nada tendría de particular, porque esa cabeza suya, Sr. Clarín, está cada día más trastornada, destornillada, volada, y...

Además, Sr. Alas; dando por cierto que el P. Miguélez haya escrito «esferas peliagudas», ¿de dónde saca usted que *peliagudas* significa lo

mismo que *agudas?* En lenguaje figurado es lícita y corriente la expresión que usted censura, Don Leopoldo; y sepa usted también que hay *esferas* que no son de nieve ni de queso, y hasta puede suceder que usted tenga la cabeza redonda como una *bola* ó *esfera,* y por dentro sea muy obtusa. ó roma como la punta de un colchón.

¡Vaya con Clarín y qué cosas se le ocurren! Con la sopapina *simbólica* de Novo, los palos del P. Muiños y los *machaqueos* de mi reverencia morteril, está que ni sabe lo que se dice ni lo que se pesca; y aunque procura afinar mejor, confunde las fusas con las corcheas y toca la gaita tan mal que... echa á rodar la melodía ó sintaxis, conforme le he probado en artículos anteriores y le probaré en el próximo; pues yo no soy como Clarín: digo las cosas y las pruebo.

Para concluir, voy á dar un notición al señor Alas.

Sepa el instrumento ronco é inharmónico que, no obstante el estupendo cambio de frente verificado al llamar al P. Blanco García, con la boca llena, *prudente, juicioso, estudioso* (y estudioso se escribe, Sr. Clarín), después de señalarle anteriormente con todo lo malo que se le fué al magín, y no obstante también la relativa suavidad y dulzura de la *Rapsodia II,* sepa, repito, el señor D. Leopoldo, el de las alas... cortadas, que por la manga del P. Blanco no cuela tanta hipo-

cresía; y que en la segunda parte de *La Literatura Española en el siglo XIX*, que se publicará en seguida, le dedica un capítulo de P. P. y W. (como usted dice), y en él le da á usted lo que en justicia le corresponde; pues no es el P. Blanco García persona que se ablanda con mimos y carantoñas del instrumento «que más ha contribuído á extraviar la crítica y el arte español en nuestros días».

Si usted, como dice, es un perro viejo para quien no hay *tus, tus*, el P. Blanco García, que ni es perro ni es viejo, desprecia los empalagosos azucarillos de usted y sabe hacer justicia seca, medir á cada cual con el rasero que le cuadra y escribir cien mil veces mejor que usted, y con más sano juicio y recto criterio que muchos otros clarines que le doblan la edad.

Basta por hoy... Me despido de usted hasta el próximo machaqueo.

OTRO MÁS

El Sr. Alas, que anda siempre á caza de solecismos y deslices literarios de todo género, tiene una prosa anodina, obscura y enrevesada como ella sola, y comete más faltas sintáxicas que la mayoría de los escritores á quienes critiquiza. Ya se lo he dicho y probado en otros artículos, y el buen señor no supo contestar á mis razones más que con un par de... palabrotas sucias y una cogida monumental: la de achacarme un gazapo literario *cometido por él:* un «deben de» (¡qué cosa, señor!) escrito dos veces por D. Leopoldo en un *palique* y copiado por mí, con las correspondientes comillas, en el artículo á que se refería. El gran... Clarín creyó que tal defecto era mío, y lo dijo á boca llena, por lo cual, con sobrado motivo, podía yo haber dicho al Sr. Alas:

«Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular;
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?»

pero no se lo dije; le dije otras cosas que le habrán sabido á hieles.

Mientras el Sr. Alas rectifica *ese* y otros errores en el *Madrid Cómico,* seguiré yo poniendo en semifusas su prosa, y quizá, quizá, también, sus *famosos* versos, aquellos versos que se publicaron en la *Ilustración Gallega y Asturiana.* De este modo llegará el público sensato á comprender lo que es Clarín prosista y lo que es Clarín poeta, y con ello prestaré, creo yo, un buen servicio á la literatura patria, convertida poco menos que en rencorcillos y envidias por arte de los Valbuenas y Clarines más ó menos desafinados y de averiado churumen.

Por hoy sacaré de sus casillas al trompa asturiano con trasladar aquí algunos de los párrafos de su *Rapsodia II.*

Allá va uno; oído á la gaita, que toca Clarinete:

«Lo que *debe hacer (después de la cogida suprime al tun tun las* DES *con el verbo* DEBER) el buen agustiniano, como dicen *ellos (¿quiénes, hombre?),* es echar una mano *(¿dónde?)* para ayudar *(ano, ano; ar, ar... ¡melodías gaiteras!)* á la *Reforma literaria* de D. Lorenzo d'Ayot. Muiños, en su género *(¿en cuálo?),* resulta un D. Lorenzo por todo lo eclesiástico, á quien por poco tomo yo en serio.» (¿A quién toma usted por poco en serio?, ¿á lo eclesiástico, á D. Lorenzo ó al P. Muiños?)

Lo que debía usted tomar en serio es el estudio de la Gramática, Sr. Clarín; porque mire us-

ted, Sr. Alas, por muchas *alas* que usted tenga, no hará que ese relativo *quien* alce el vuelo y se refiera al P. Muiños. La Gramática le ata las *alas* y le dice: ¡ojo!, no has de pasar de D. Lorenzo..., y en D. Lorenzo se queda clavado, aunque usted desee otra cosa.

Y continúa el Sr. Clarín dando piporrazos á la Gramática:

«Pero ¿quién dirige *La Ciudad de Dios,* que permite *que* se inserten estas cosas? ¡*Qué* dirán los protestantes y hasta *(hasta, ¿eh?)* los espiritistas!»

¡Y qué dirían los niños de la escuela si supieran que Clarín, el *docto* Clarín, no sabe escribir dos renglones sin cuatro *ques*, y *que* el segundo de ellos pone á parir á la sintaxis y al buen gusto literario!

«Otro *escritor* de la *Orden* (que es un desorden) habla de las «esferas peliagudas». ¡Esferas agudas aunque tengan *peli,* no las hay, P. Miguélez!»

Bueno, Clarinete mío, bueno. Échese usted mano á la cabeza á ver si ese *peli* (ó pelo) que usted arrancó á la palabra *peliagudas* le hace á usted falta; porque de seguro le hará falta, considerando tantísimos disparates como le brotan de la pluma, procedentes de la cabeza.

Y dígame el señor de la «hermosa cronología» (por *necrología*): ¿á quién debe referirse gramaticalmente ese *que* seguido á la otra pa-

labra *orden?* Como usted coloca los *ques* donde le da la real gana, no sabemos si se refiere á *orden* ó á *escritor*.

Por lo demás, ¡mire usted que también se necesita valor para hablar de «esferas peliagudas» después que en un solo folleto, en el titulado *Un discurso*, ha escrito usted una «*esfera práctica*» (página 19) que da el opio, y unas «*esferas legítimas*» (pág. 37) que dan... la codeina!

Siguen las pitadas:

«Pero *volvamos* á Muiños.» *(Punto... y aparte.)*

¿De qué lado va usted á *volver* al P. Muiños, Sr. Clarín?

«Este bendito señor *(que* puede *que* sea un excelente cura y un corazón de oro *en* sacándole de sus literaturas)...»

Y tanto como lo es, Sr. Clarín; con literaturas y sin ellas tiene un corazón de oro y es un excelente religioso. ¿Pero de dónde saca usted la incompatibilidad de ser buen sacerdote y excelente literato? ¡Qué cosas se le ocurren á este Clarín!

«Lo que hay aquí *(¿dónde?)*, P. Muiños, *es que* usted *es de los que (¡vivan las asonancias y las cacofonías!)* gustan *de (¡no está usted mal* DE) ganar amigos para su vanidad *(vanitas vanitatum... Clarín)*, y juzgando por la propia la ajena *(¡qué galimatías!)*, y juzgando también *(y también gerundiando)* por *datos* que ofrece *(¿conque ofrece datos, eh?)* la tolerante época moderna, se echó esta cuenta.»

No, señor; ni *esta* cuenta ni la otra. El Padre

Muiños no se ha echado ninguna cuenta. ¡Bueno es él para números! ¿No sabe usted que le asustan los problemas algebraicos? Pues también los aritméticos y *hasta* los... clarinescos.

Quien se echa la cuenta de que no sabe usted escribir como Dios manda soy yo, Fray Mortero, que estoy harto de su prosa de usted, de las anfibologías que usa y de los párrafos kilométricos que nos ensarta.

Sigue el Zoilo soplando:

«Yo no soy Doña Emilia.»

¡Qué ha de ser usted Doña Emilia Pardo de Bazán, hombre! Usted no es más que la gallina clueca de la literatura y el Don Hermógenes que satirizó Moratín. Sí, señor; la única gallina clueca y el único pedante; pues, como dice usted en *Museum*, «no se olvide que hoy entre nosotros escasean, porque hay muchos *literatos* para quienes Don Hermógenes sería un sabio de veras».

«Yo no soy Doña Emilia, ni quiero para nada el incienso *(¡qué incienso ni qué ocho cuartos, señor! ¿Quién le da á usted incienso?)*, aunque venga disfrazado, *(coma sin disfraz)*, de escritores dejados de la mano de Dios en materia de gusto.»

Eso es, en verso y todo.

«Aunque venga disfrazado
De escritores dejados
De la mano de Dios...»
(Apaga y vámonos.)

Usted sí que está dejado de la mano de Dios, y aun de todos los santos, en materia de gusto, en materia de Gramática y en otras muchas materias; porque ¡mire usted que tiene tres pares de bemoles y un sostenido el tocar la gaita de esta manera y decir «escritores disfrazados de incienso», ó al contrario!

¿Dice usted que no ha querido escribir eso? Pues entonces explíqueme, si quiere, lo que significa ese participio pasivo, ó, lo que es lo mismo, de qué ha de ir *disfrazado* ese *incienso*.

Arpegio final:

«Lo que yo deseo *(eo)*, y por eso *(eso)* le he sacado *(ado)* á usted á relucir *(ir)*, por no decir *(ir)* otra cosa *(osa)*, es que en una Orden religiosa *(osa)* cristiana *(¡ !)* heredera de tantas glorias *(antes no lo sabía* ó *aparentaba ignorarlo y tuve que recordárselo yo)* no *pasen como* representantes de la inteligencia *(¡qué propiedad de dicción!)* y el gusto *(¡adiós, don Gustos!)* hombres como *(¿otro como?)* usted, á quien, sea lo que quiera de la *sustantividad del arte*, le falta un tornillo y una porción de tuercas...» que apretarme en la cabeza, porque la tengo floja (podía haber agregado el Sr. Alas).

Lo que desea el gaitero que nació cerca de Toro, en Zamora, el día de San Marcos (aquí de la «obtusidad córnea» que le dijo *Aramis*) es una especie de inquisición laica (¡viva la libertad!) que impida escribir de ciencias y amena literatura á los *frailucos*. Bien claramente lo ha dado á entender el Sr. Alas en sus *Paliques*.

Mire usted, Sr. Clarín: yo, en el buen sentido de la palabra, soy más liberal que usted, más liberal que Riego y más liberal que todos los liberales habidos y por haber. Pues bueno: á pesar de ser tan liberalote tan liberalote, á usted, á Valbuena, y á otros como Valbuena y como usted, les cogía, los ataba codo con codo y les mandaba... á freir espárragos. á escardar cebollinos, ó á las islas *Chinchas:*

«Son las islas Chinchas
Un bello país;
Pero nadie entiende
Lo que se habla allí.»

(Ni más ni menos que si todos fueran *Clarines.)*

«Pues la lengua chincha
Tan difícil es,
Que los mismos chinchos
No la entienden bien.»

(Lo mismo que le pasa á usted con el castellano, que no lo entiende bien.)

Les mandaba, digo, á las islas *Chinchas,* para que en ellas se *chincharan* ustedes de lo lindo y no ensuciasen las cristalinas aguas de la literatura con chinchorrerías y tiquis-miquis que á nada bueno pueden conducir.

Con ustedes me iría yo á purgar este pecadillo de oir y contestar á la música que tocan.

MACHAQUEO VI

Clarinete de mi alma: Hoy quiero ser muy dulce, muy meloso, muy suave contigo (perdonad, *Insigne,* el tuteo), y por lo tanto voy á escribir este artículo con jarabe de rábano yodado y en papel de mantecadas de Astorga, nada más que para que veas cómo te pago la nueva inexactitud *(calumnia* la llamarías tú) que me regalas en el último número del *Madrid Cómico;* y también para que te convenzas de que el virus de la ira (mala consejera, ya lo sabes), no prende jamás en el alma de este *Fray Mortero* machacador, como prende en la tuya, carísimo Alas; que estás furioso, rompes, después de *enterarte,* los números del *Diario de Madrid* que tengo la delicadeza de remitirte, y me morderías, «perro viejo», si pudieras morderme.

¡Pobre *soplagaitas!* Infeliz *chirimía!* ¡Desgraciado gaitero zamorano! ¡Me inspiras compasión! ¡Me das lástima! No puedes hincar el diente

á estos *machaqueos*, y por única contestación á ellos escribes dos líneas en el *Madrid Cómico* para decir que «me he refugiado en el *Diario de Madrid*, porque sin duda me han desahuciado en *La Unión Católica*».

¡Pero *Insigne!* ¡Pero *Egregio!* ¡Pero *Eximio!* ¡Pero... *Soplagaitas!* Si te consta lo contrario, ¿á qué diablos afirmas eso? ¿O es que has querido plagiarme, y porque dije que te habían dado con la puerta de la redacción en las narices (lo cual es verdad), me contestas con la ocurrencia del gallego del cuento?

Mira, hombre, de qué modo me han desahuciado en *La Unión Católica, arrepara* (como dicen en tu tierra) qué *desahucio:*

El día antes de publicarse tu último *palique*, *La Unión* insertaba un artículo mío titulado *La Ciudad de Dios*. Al día siguiente, ó sea el mismo día que salió el *Madrid Cómico* con la nueva inexactitud, publicó otro trabajo mío titulado *Cascotes Valbuenistas* (el XIV de la serie), firmado por *Fray Juan de Miguel* (que soy yo, *Fray Mortero)*, y, por último y para que no quede la menor duda del *desahucio,* el director de *La Unión Católica,* mi querido amigo el señor Isern, se apresuró á escribir y publicar este *recorte;* como contestación al *Madrid Cómico:*

«No se canse el *Madrid Cómico*. Fray Mortero colabora en *La Unión Católica* hoy como ayer.

»Lo que hay es que aquí de «Clarín» sólo nos hemos ocupado una vez por distracción.

Y *non bis in idem.*»

Ya ves, Clarinete de mi vida, en lo que paran tus afirmaciones.

Ya ves, también, que estás en el deber de dar las gracias al *Diario de Madrid* por la inmerecida honra que te concede estampando tu nombre en sus columnas.

De almas buenas es el ser agradecido, trompetilla; y los favores que se reciben no se pagan con insultos. (Estaba por llamarte *mal bicho.)*

Y ahora vamos á cuentas.

¿Te parece, hombre, que es obrar de buena fe el portarte como lo haces?

Mira: te hablé de aquella tremenda sopapina *simbólica* que te recetó el Sr. Novo y Colson, y lo calificaste de calumnia. cuando es público y notorio lo que pasó.

Quise creer, bajo tu palabra, lo contrario, no hacer caso de la *vox populi*, y así lo dije lealmente en *La Unión;* mas tú te avergonzaste de rectificar en el *Madrid Cómico* la palabra *calumnia.*

Me achacaste un desliz literario..., y el desliz literario era tuyo. Tampoco lo has rectificado.

Te despreciaron en *La Unión Católica* dándote con la puerta de la redacción en las narices, y me contestas con una niñería impropia de tu talento.

No has dicho más de mí; si hubieras dicho más, probablemente más errores hubieras cometido; y consiste en que estás *volado* y no sabes lo que te pescas. Si quieres convencerte de ello, lee con atención esto que has escrito, refiriéndote á Bobadilla, en tu último *palique:*

«Bobadilla habla, además, de una carta que no he leído. Contendría palabrotas, y yo rasgo, sin enterarme, los papeles llenos de insultos que recibo á diario.»

¿No es esto una estupidez (palabra tuya, Clarín) de más de la marca y mayor que una loma? Y si crees que no lo es, ¿quieres decirme cómo diablos te las arreglas para saber, sin *enterarte*, que un papel contiene insultos? ¿Lo conoces en el olor?

Mira, por «perro viejo» y perdiguero que seas, no creo yo ni creerá ningún cristiano que tengas tan buen olfato. ¡Qué has de tener tan buen olfato!

Vamos á ver. ¿Por qué no hueles estos machaqueos y me levantas alguna otra perdiz, digo, desliz, como aquel famoso? ¿Por qué no hincas el diente á estos artículos? ¿Por qué no admites el desafío literario que te propuse?

Por soberbia ó desprecio á los humildes no será; pues tú eres muy humilde, según afirmas diariamente. ¿Es que hay *mieditis?* ¿Es que hay *canguelo?* ¿Es que has olvidado, Clarinete de mi

corazón, el guante que te arrojé? Pues ahí va otra vez:

«Yo corrijo mis trabajos, usted los suyos, y después le desafío á que, en igual número de renglones, me señale tantas y tan gordas faltas literarias como yo le sacaría á relucir.»

¿Aceptas, Clarinetillo? ¡Qué has de aceptar! Con Fray Mortero no te metes tú. ¡Qué te has de meter, si no ha podido hincarle el diente Valbuena, que es más perro viejo que tú!

Tú, con quien mejor te metes, ¡oh galante *chirimía!*, es con las señoras (dígalo Doña Emilia Pardo de Bazán y Doña Patrocinio de Biedma), y en *eso,* hombre, estás muy por debajo de Miguel Escalada, que al fin y al cabo es fino y cumplido caballero con el sexo débil; tan fino y cumplido caballero, que paga con versos (malos, eso sí) las calabazas amorosas que recibe. Pero tú..., tú, *soplagaitas*, estás empecatado y dejado de la mano de Dios. ¿Y pretendes, ¡qué herejía!, pasar por discípulo de Balart?

Mira: no mereces que te siga llamando de tú, ni que escriba con jarabe de rábano yodado en papel de mantecadas de Astorga. Mereces que por tinta use ácido sulfúrico y escriba en papel higiénico.

Por hoy no haré más que dejarte y dirigirme al público; mas si continúas, ¡oh trompetilla!, disparando contra las señoras, ten por seguro que

te machaqueo y desinfecto de lo lindo. Ya sabes que acostumbro á cumplir lo que prometo (no soy como tú), y has de saberte también que, no porque dejes en paz al P. Muiños para que yo no siga *triturándote*, voy á permitir, sin protestar, que disparates contra nuestras ilustres escritoras.

Y ahora te dejo y hablo con el público.

Me inspira compasión, amados lectores, el pobre *soplagaitas*, el infeliz *chirimía*, el desgraciado gaitero zamorano que pretendiendo (¡tontaina!) «llamar la atención del Papa», fundar una inquisición que prohibiese escribir á los frailes, «precipitarlos en el Tártaro de lo ridículo sublime» (¡si será infeliz!), «no parar hasta que le quitasen al P. Muiños las licencias de *versar*», y echárselas de bravucón afirmando que «ó poco había de poder, ó el superior de la Orden había de tomar cartas en el asunto», se encontró, sin pensarlo, con la horma de su zapato, sucumbe ante los machaqueos de *Fray Mortero*, canta la *palinodia* de que «en adelante dejará en paz al Padre Muiños», está medio loco de dolor por estos artículos, no sabe contestarlos, y lleva, en fin, el merecido que le corresponde, en el desprecio, la risa y el jolgorio que su atrevimiento le ha proporcionado.

¿No es bien digno de compasión? ¿No se ha hecho acreedor á nuestra lástima?

Bien pueden ustedes, señores lectores, decir

al *Egregio* gaitero (que se declara en huelga y dice que no volverá á tocar más la *Muiñeira),* que el público está desengañado de lo que es él, y harto de las mil y una tonterías, insignificancias y engañifas que componen sus *literaturas de bajo vuelo.*

También pueden ustedes decirle:

«Los muertos que vos matasteis
gozan de buena salud»;

y en cambio, *Eximio,* padecéis una *cacotimia* más que regular y os hace falta una buena dosis de hipofosfitos literarios que reconstituyan vuestro débil cerebro.

Yo también pienso dejar en paz al Sr. Clarín, siempre y cuando que no vuelva á las andadas, no se meta con las señoras, y rectifique, como caballero, en el *Madrid Cómico,* la palabra *calumnia.*

Mas antes de dejarle en paz tengo que cumplir lo que prometí á los lectores en otro artículo. Hablarles de *Clarín poeta,* ya que les he hablado un poco de *Clarín prosador.*

Tengo en cartera un par de *sonetos* suyos, y sería una lástima no proporcionarles á ustedes un rato de solaz y recreo.

¡Qué sonetos! ¡Qué versos! ¡Ni los de Carulla son peores!

En fin, ya les conocerán en el próximo artículo.

CLARÍN POETA

Pregunta.—¿Qué es Clarín prosista?

Respuesta.—Clarín prosador es un pregonero solecista y aficionado á neologismos, que unas veces olvidando y otras critiquizando lo mucho bueno que nuestra patria produce, repite lo de *extranjis* y nos llena de *savoir faire, bibelots, clarité de lune, cant, snobismo, boutades, dilettantismo, l'esprit, le surmenage, coaching, craming, headmaster* y otras jerigonzas de tan *fácil* pronunciación como éstas.

Pregunta.—¿Pero entiende algo de eso Clarín?

Respuesta.—Debe entender lo que el sereno de mi barrio.

Pregunta.—¿Y cita muchos nombres extranjeros Clarín?

Respuesta.—Muchos; en pocas páginas nos habla de *Max Müller* (más mujer), *Otfried Müller* (¡oh fría mujer!), *Helade* (eso: helada), *Carlyle* (de buenos carrillos), *Freeman* (y frías ma-

nos), *Rollin* (rolliza), *Vernon Lee* (que el viernes no lee), *Tocqueville* (y toca la villa), *Benthan* (en una ventana), *Bryce* (de bruces), *Catton Grasby* (con un catón de garbo), *Delianof* (y no se llama Delia), *Brailas Armeni* (baila en Armenia), *Harrow* (y come arroz), *Rugbi* (rubio).

Pregunta.—¿Y cita más nombres Clarín?

Respuesta.—Sí, señor; en las mismas pocas páginas, á *Spencer, Ruskin, Blennerhasset, Brunnetière, B. Constant, Werner, Schlegell, Chiarini, Stäel, Gervasais, Matthew, Arnold, Stuart Mill, Shelley, Thackeray, Eliot, Viese, Texte, Fouillée, Lavisse, Wundt, Harrison, Ihering, Laboulaye, Soutze, Othon, Flitch, Huxley, Mark Patisson, Cobet, Turguenef, Gabelli* y muchos *Breal, Villari, Frary, Katkof*... y demonios colorados que maldita la falta que hacen.

Pregunta.—¿Y por qué cita Clarín tantos nombres á destajo?

Respuesta.—Sin duda para que le tengan por un hombre muy *leído* y muy *sabido*.

Pregunta.—Pues qué, ¿no es un erudito el tal Clarín?

Respuesta.—Sí; es un erudito á la violeta ó al jabón de los príncipes del Congo.

Pregunta.—Bueno; y como poeta, ¿qué tal es el trompetilla zamorano?

Respuesta.—Muy malo; es el segundo Caru-

lla, según pasaré á demostrar sacando á relucir los *sonetos* prometidos.

Pregunta.—Pues variad de tono y manos á la obra.

Respuesta.—Allá van: oído á la caja.

SONETOS

Así los llama Clarín, pero no le hagan ustedes caso; porque, aunque tienen los tales sonetos catorce versos, éstos no son *netos* y les falta *son* y *ton*. Vaya el primero:

«Crece la hiedra...

Eso es: crece la hiedra y los malos poetas, y las piedras berroqueñas y... todo crece, todo crece.

«Crece la hiedra sobre el fuerte muro

Y *sobre*, entre y por los costados del flojo muro también crece, sí, señor, también crece.

«Que á hierro y fuego resistió *no en vano*

Y no en ripio; porque ese *no en vano* es capaz de destruir los más fuertes muros con tanta potencia ripiosa como tiene.

«Crece la hiedra...

¿Otra vez crece la hiedra? ¡Hombre!, ya lo sabíamos y no hacía falta repetirlo. ¿O es que crece ahora para rellenar el muro fuerte, digo, el verso flojo?

«Crece la hiedra, y *en su afán insano*

¡Qué barbaridad! (Digo, no, ¡qué barbaridad! no) ¡Qué barbaridades!

Porque son dos: una el decir que la hiedra tiene afán, y la otra el decir que este afán que tiene la hiedra es insano.

> ... «y *en su afán insano*
> «Del granito quebranta el *pecho* duro.

¿El *pecho duro* nada más? Pues mire usted lo que son las cosas: yo creí que el *afán insano* de la *hiedra* quebrantaría también el espinazo, los muslos y hasta las pantorrillas del señor granito. Pero nada, nada, basta que el Sr. Clarín diga que sólo quebranta la hiedra el *pecho duro* para que yo lo crea.

> «La fortaleza...

Ahora el muro se convierte en *fortaleza*, pero en *templanza* de ripios, no: ya lo verán los lectores.

> «La fortaleza del valor *seguro*.

Vayan ustedes atando cabos y sujeten el *seguro*, que Clarín se dispara.

> «Ora es tan sólo *valladar liviano*.

¿Liviano con hígado ó sin hígado? ¡Bendito sea Dios! ¡Miren ustedes que convertir, así de

golpe y porrazo, el *seguro valor* de la *fortaleza* en *valladar liviano!*

«Ora es tan sólo *valladar liviano*
»Y derriba la *hoz* del aldeano
»*Hiedras* y *piedras...*

Así, hombre, así: *hiedras* (en plural) y *piedras (edas, edras),* para que rabien el buen gusto, la cadencia y demás.

«*Hiedras* y piedras en *montón impuro.*

¡Vamos, que una *hoz* derribando piedras de una fortaleza de *valor seguro,* y derribándolas en *montón impuro!* ¿Pero por qué ha de ser impuro un montón de *hiedras* y piedras? ¡Les digo á ustedes que ni Carulla!

«*Así fué el alma...*

¡Hombre! ¿Que así fué el alma? ¿Qué alma fué así? ¿La de usted, Sr. Clarín? Pues me alegro de saberlo, y siento al mismo tiempo que el alma de usted haya sido eso: montón *impuro* de *hiedras* y *piedras,* valladar *liviano* y *fortaleza* donde *no en vano* y con *afán insano* crecen los ripios, digo, no, crece la *hiedra* que *quebranta* su *pecho duro.*

...«inexpugnable fuerte
»Que el desengaño y el dolor un dia
»No rindieron en bárbara batalla.

Punto, y terceto final:

«Nació la duda...

No sabemos dónde nació la duda, ni si la amamantaron luego con biberón y leche de cabras. Pero nació; conste que nació la duda. Lo dice Clarín.

«Nació la duda, y crecen de tal suerte
»Sus *raíces,*

¡Vaya por las *raíces* de la duda!

«llenando el alma mía

¿De qué llenan *sus* raíces el alma de usted, Sr. Clarín? Porque ahí falta algo.

«Que *ya* rindo á la muerte la muralla.»

Se acabó el primer *soneto,* que es una bobería mayúscula; una quisicosa sin hilván ni trabazón ninguno, y llena de ripios y ocurrencias absurdas.

Pues si este primer soneto es malo, el segundo...

Allá va el segundo.

Después de rendir á la muerte no sé qué muralla, Clarín toca la fanfinfla y... (pero oigámosle):

«Pulso la lira...

¡Qué ha de pulsar usted la lira, si quiso pul-

sar la gaita y no supo! Lo que pulsa usted es el violón.

> «Pulso la lira, y en las cuerdas *de oro*

¡No está usted mal cuerdas de oro!

> ... «y en las cuerdas de oro,
> »De espiritu *inmortal*...

Aquí parece que el espíritu *inmortal* tiene cuerdas de oro. ¡Vaya unas construcciones que me gasta Clarín!

> «De espiritu inmortal oigo el lamento

¿De qué espíritu inmortal oye usted el lamento, Sr. Alas?

> «Callan las cuerdas...

Me alegro que callen las cuerdas *de oro*, sí, señor; y si callase usted y no dijera disparates, me alegraría mucho más.

> «Callan las cuerdas, y el *furioso* viento
> »Me repite...

Le repite el furioso viento como si fuera pimiento sagastino.

> «Me repite la queja en *triste* lloro.

Otra barbaridad, sí, señor, otra barbaridad, (y van tres barbaridades); porque el viento, aun-

que esté *clarinetado,* digo, furioso, no puede llorar ni en *triste* ni en alegre. ¡Pues mire usted que estaría gracioso que el viento llorase tristemente como si fuera un Clarín á quien zurrasen la badana! No, señor, el viento no llora, aunque le den sopapinas tremendas y *simbólicas*. Lo que llora es la poesía, de tan tristona como está por los versos de usted.

«Busco el amor:

No lo busque usted, Narciso.

«Busco el amor: la *virgen en que* adoro.

Muy mal, muy mal; *virgen en que adoro* no se debe decir, porque aparte las cacofonías, es incorrecta la expresión. *A quien* adoro, ó *á la que* adoro, bueno; y si no salía verso, haberlo construído de otra manera; pero *virgen en que* adoro, no; porque falta *algo* que no tiene el verso siguiente:

«Busco el amor: la virgen en que adoro
»Suspira con *fatal presentimiento;*

También está muy mal esto. Suspirar con *fatal presentimiento* es muy cursilón y tonto á fuerza de ser románticamente simple.

«Y *hasta* en la iglesia el majestuoso acento
»*Llora también...*

Hasta los alcornoques llorarían (no aludo á Clarín) si pudieran oir tantísimo disparate.

«*Llora también del religioso coro.*

Otra barbaridad (y van cuatro barbaridades). Fíjense bien los lectores en los versos:

«Y *hasta* en la iglesia el majestuoso *(oso)* acento
»Llora también del religioso *(oso)* coro,

y díganme si Carulla ha hecho cosa peor en su vida. ¡Qué ha de hacer! Carulla es mejor poeta que el famoso trompetilla chuchumero, y no dirá nunca que el *majestuoso acento* llora, y menos lo escribirá de manera tan anfibológica, pedestre y enrevesada como lo dice Clarín.

Por lo demás, yo no sé qué tiene que ver el *lloro* del *majestuoso acento*, ó vírgula, del *coro*, con la *lira*, el espíritu *inmortal*, la *queja*, el *fatal presentimiento* y la virgen esa *en que* adora Clarín no sabemos qué cosa.

Primer terceto:

«Lágrimas vierte el mar...

Y con éste son tres lloros: el del viento *furioso*, el del *eco majestuoso* y el del mar que *vierte lágrimas*.

«Lágrimas vierte el mar sobre la arena.

¡Pues menudas lágrimas que serán!

«Y en la noche sorprendo *su* gemido,

Este *su* no sabemos si se refiere al mar ó se refiere á las arenas.

«De misterioso *mal* queja *insondable*.

Otra barbaridad, y son cinco. ¿El *mal* queja insondable? Se quejará de lo misteriosos, insondables y rematadísimamente malos que son los versos de Clarín; porque hay que mirar con lentes *hasta* ese *mal* y ese *mar* tan cercanos y *ya* tan asonantes.

Terceto y bomba final.

> «Cualquiera voz del mundo es una pena.

¡Lo que sabe este Clarín! ¿Dónde diablos habrá aprendido eso de que el mundo da voces y que cualquiera voz de él es una pena? ¡Me pasmo! ¡Me acatarro de su sabiduría! ¡Aaaschiis! ¡Aaaaaachisss!

> «Cualquiera voz del mundo es una pena.
> »La vibración profunda,

¡Ni el demonio que lo entienda! No sé á qué viene esta vibración *profunda,* ni esa coma, ni lo que sigue:

> «La vibración profunda, es el latido
> »Del dolor *infinito* y *perdurable*

Así: *infinito* y *perdurable;* con lo cual se acaba el soneto y... la sexta barbaridad, dejándonos sin saber una palabra de tales ringorrangos.

Yo, que me pelen si he comprendido algo de substancia, sobre todo en eso de que la *vibración*

(no sé qué vibración) *profunda* es el *latido* del *dolor* (como si los dolores pudieran tener latidos); el cual *dolor* (no sabemos qué dolor) es *infinito* y *perdurable,* para que rabie *hasta* el sentido común.

Me parece que convendrán ustedes conmigo en que los tales *sonetos* son de lo peor que se ha escrito en nuestra lengua. ¡Ni el poeta más chirle los hace tan malos. ¡Qué los ha de hacer!

Consuélese D. José María Carulla, que ya le ha salido en Clarín, en el churrigurri Clarín, un competidor que le da ciento y raya en escribir disparates.

FINAL

VALBUENA

Después de escritos los *Cascotes,* veo que el famoso Valbuena, poeta, como saben ustedes, el más chirle, huero y dejado de la mano de Dios y de las musas que hoy existe en el globo terráqueo, y aun en los demás globos que no son terráqueos, ha vuelto á levantar la cabeza, no se corrige de su tontuna mal intencionada, se despacha y despotrica á su gusto contra personas y cosas, y continúa cascoteando que es una desgracia.

Por eso voy á darle este último meneo, que será dulce, suave, mantecoso, para que le deje buen sabor de

CLARÍN

Luego de escritos los anteriores *Machaqueos* he visto que el *Insigne* Clarín, famoso trompetilla y *Egregio* tocador de gaita, poeta muy malo también, y tan dejado de la mano de Dios y de las musas como su compinche Antoñito, aunque un poco más literato que éste á pesar de los infinitos galicismos y muchísimas anfibologías de su prosa, hase corregido algo, deja de escribir en el *Madrid Cómico* porque, según él, no le pagan lo que desea (otra es la madre del cordero, ¡vaya!), olvida el vocabulario de palabras gordas, no se mete con nadie y escribe por *todo lo alto* en

boca y no se le revuelva la bilis, ni chille, grite ó vocifere, como dicen que vociferó, gritó, chillaba y se le revolvía el hígado cuando iba leyendo en la prensa periódica los articulos que forman parte de este libro.

Antoñito (asi le llama Laserna), que, por lo visto, sigue tan pagado de si mismo como siempre, publicó no há mucho tiempo en *El Heraldo de Madrid* un articulo, en el que propina un regular bombo á D. Pepe, otro al gaitero asturiano, despotrica contra Commelerán y dice tantas simplezas, que si no estuviera yo convencido de que Antoñito tiene escasa conciencia literaria tocante á crítica, me convenceria hoy.

Lean ustedes esta dedicatoria manuscrita que Laserna puso en un libro que regaló á Antoñito, y la cual ha bastado para que Valbuena se dé pisto con ella, la haya trasladado á su articulo de *El Heraldo* y esté como chiquillo con zapatos nuevos: periódicos de gran circulación; de lo cual me alegro mucho, pues esa es la única manera de no llevar coscorrones ni sopapinas más ó menos simbólicas.

El Sr. Alas ha sido, y Dios quiera que no lo vuelva á ser, el crítico que más ha contribuido, lo mismo que Valbuena, á marchitar las pocas flores de nuestro jardin literario; de ese jardín que el Sr. Alas, arrimando el ascua á la sardina de su amigo Galdós, nos dijo, en un articulo publicado en *La Correspondencia de España* á raiz del estreno del drama *Realidad*, que debíamos cultivar todos; pero que él, en vez de cultivar, no ha hecho otra cosa que pretender convertirlo en un, al mismo tiempo, campo de abrojos y de Agramante, al juzgar apasionada é injustamente, sin ninguna benevolencia y con nula generosidad, lo mismo á los que comienzan su carrera literaria y necesitan, más que otros, de la prudencia y moderación de la critica, que á los que hon-

«Á Miguel de Escalada,
á Antoñito Valbuena,
á Venancio González,
tres personas diversas
y un solo literato,
honra y prez de las letras,
este ejemplar dedica
de su *Prosa ligera*
quien apenas se llama
Pedro,

Pepe Laserna.»

Los versos ya ven ustedes que son malos, casi tan malos como aquellos de Antoñito que yo he sacado á relucir. Pues bien: Antoñito ó Antoñón dice lo contrario, que son bonitos; y lo dice nada más que por pagar á D. Pepe eso de la «honra y prez de las letras», lo de *tres personas diversas* (que está muy mal dicho) y quizá alguna otra cosa más. Todo lo cual significa que el fiero crítico... de mazapán, el temible Antoñón, se ablanda, cual damisela romántica y sensible, á los requiebros y piropos que le regalan, y corresponde á ellos con sus encantadoras sonrisas y las gracias que le sugiere su caletre.

Estoy por asegurar que á Laserna, que no es mal esradamente se han creado una reputación sin arrojar al arroyo el nombre y la fama de las demás.

Por la pequeña parte que á mi me toca, no de las críticas de Clarín, que conmigo *no ha querido* meterse en ellas ni aceptar el reto literario que le propuse, sinó de algo más grave para él, y que se relaciona con las buenas formas sociales y el recto proceder de todo hombre honrado, le perdonó generosamente su ruin comportamiento, y, en vez de pagarle en la moneda que le dije, doy por retiradas ciertas palabras fuertes, pero merecidas, que se deslizaron, y no hay que extrañarlo, en artículos que no figuran en este libro, algunos de los cuales fueron publicados en un periódico de Barcelona y en otro de Oviedo.

Clarín ha estado toda la vida arrepintiéndose de muchas cosas, y quizá no esté lejano el día en que de una vez y para siempre se arrepienta de todo lo malo que ha hecho, de todo el daño

critor, no le habrá sabido muy bien el que Antoñito haya publicado esos versos; pero éste (¡cuándo se verá en otra!) ha querido aprovechar la ocasión de poder decir á los lectores de *El Heraldo:* «Por si no lo sabían ustedes, ahí lo ven; yo soy honra y prez de las letras. Laserna lo afirma, y lo afirma hasta en verso para que no quepa duda ninguna.»

¡Qué hueco estará Antoñito, Miguelito ó Venancito, *tres personas diversas* y... ni un solo escritor verdadero!

¡¡Oh qué hueco!!

Tan hueco, ó tan vacío, que le ha picado la musa y contesta á D. Pepe con estos versecitos:

«Crean ustedes que esto
no lo dice de veras;
es una flor que..., vamos,
siento no merecerla.»

¡Vamos, Sr. Antoñito, que se necesita ser todo lo Antoñín, Miguelín y hasta bobín que usted es para servir á los lectores platos tan sabrosos!

Tan sabrosos, sí; porque ha ocasionado á las letras patrias.

Se juzgó, en parte, á sí mismo, al exclamar en el folleto *Cánovas y su tiempo:* «¡Cuántas veces, por cumplir un compromiso, por entregar á tiempo la obra del jornalero acabada, me sorprendo en la ingrata faena de hacerme inferior á mí mismo, de escribir peor que sé, de decir lo que *sé que no vale nada,* que no importa, que *sólo sirve para llenar un hueco* y justfiicar un salario!»... Donde el lector se preguntará con migo: ¿qué valor debemos dar á los escritos de un literato que sirve á sus lectores trabajos que le consta que no valen nada y que no hacen más que llenar un hueco? ¿No convierte de ese modo el sagrado ministerio de las letras en tienda de mercachifle que *justifique un salario* y «cubra las faltas del ministerio de Fomento»?

Bobadilla puso en claro, tocante á este punto, cosas que yo no he de repetir aquí; pero si el Sr. Alas

que... *¡vamos,* que tiene usted gracia, y donaire, y salero, y... lo que yo me río, Antoñin!

Nada, que me río... por eso, por lo de la sal. ¡Es usted muy saleroso; hombre!

Veamos, sinó, este párrafo lleno de sal... sosa.

«Yo no *sé* por *qué,* la sal con *que (qué, que, sé)* sazona sus escritos Laserna me parece de mejor gusto *que* la de otros escritores *que* también la emplean *con* abundancia.» (Le parecerá de mejor gusto por eso de la *honra y prez de las letras.)* «Acaso será *porque* Laserna, como burgalés, usa la sal de Poza, *que* es la *que* se ha gastado siempre en León y Castilla, hasta *que* muy recientemente *la* han disputado *la* primacia *(¿disputar la primacia?)* otras sales, no obtenidas por evaporación, como aquélla, sino extraidas de bajos yacimientos *(muy bajo está usted en Química... y en Gramática),* las cuales suelen contener mezcla de otras substancias que las dan, en lu- ha declarado muchas veces que «no escribe nunca lo que siente», digalo de una vez, y asi sabremos á qué atenernos respecto à sus literaturas.

Debe de ser verdad todo eso, porque en otras páginas del mismo folleto se nos da á conocer Clarin como escritor y critico, del que no se puede hacer caso ninguno. Ahi va un argumento de los muchos que pudiera citar.

Antes y después de escribir que D. Antonio Cánovas del Castillo «merece más que respeto, amor» y de agregar: «sucede muchas veces que en lo esencial está uno conforme con Cánovas», etc., habla inconsideradamente de dicho señor y defiende lo contrario de aquello con lo cual está conforme. ¿Saben ustedes por qué? Pues nada más que por creer el Sr. Alas que D. Antonio Cánovas del Castillo apoya sus ideas con «aire de suficiencia» (¡qué cosa más extraña, hombre!), «falta de caridad», «tono de acrimonia» y... otras

gar del color blanco puro, cierto matiz verdoso.»

Después de este párrafo de tanta *sal*... y de tan poca sintaxis, suelta la bilis Antoñito y, sin venir á cuento, habla desconsideradamente del docto académico Don Francisco Commelerán, á quien no perdonará jamás los artículos que publicó en *El Liberal* con el pseudónimo de *Quintilius;* y también tira una chinita al P. Muiños, á quien no perdona el elogio que en *La Ciudad de Dios* hizo del discurso de Commelerán; discurso verdaderamente admirable por su fondo, y el cual está hoy llamando la atención en el extranjero y es ensalzado por los eruditos y amantes del saber.

Si por un lado *pega* Antoñito, por el otro da un bombo estrepitoso al *soplagaitas* asturiano, de quien dice que escribe tan bien, que casi no sabe él (Antoñito) cómo se podría escribir mejor; *lo cual* me parece á mi que es inexacto á todas luces; porque el gigante de Vetusta, aunque un poco *salidas* como estas dos últimas, las cuales distan mucho de ser verdad.

Por estas... *razones,* y aunque el Sr. Cánovas diga verdades como templos, estará muy en su punto el «pasarnos al enemigo, ó por lo menos defender á éste». Así es la lógica de Clarín. Con su pan se lo coma.

Yo no negaré jamás que el Sr. Alas, aparte sus críticas, sañudas é irracionales á todas luces. y aparte también otras cosas que nada tienen que ver con la literatura, es un escritor que sabe sentir cuando quiere, que tiene páginas notabilísimas en sus obras, y que, si se ha apartado por completo del mal camino que seguía, cuida más el estilo, corrige bien sus, á veces, obscuros y kilométricos párrafos, cultiva mejor nuestro jardín y no tanto el extranjero, llegará á ser admirado por la buena aplicación de un talento que es imposible negarle.

Si asi resultase, yo, que soy extremadamente amantísimo de las glorias patrias;

mejor que Antoñito, escribe bastante mal, conforme he demostrado.

Guárdese, pues, Antoñito para mejor ocasión lo de *ilustre* y lo de *ameno* escritor, aplicado á *chirimía*, y sea como crítico lo que debe ser; no parcial y de compadrazgo, sino sincero é igual para aquilatar, medir y compulsar el valer literario de cada escritor.

De este modo, y con menos bilis, serán más atendidas sus críticas (créame Antoñito), y no llegará el día, cercano ya, en que el público *acabe* de convencerse de lo que es él como crítico y como escritor de conciencia.

Dar *palos* á la Academia porque es Academia; pegar á los enemigos porque son enemigos, y elogiar á sus paniaguados aunque valgan poquísimo como literatos, podrá ser muy razonable para Antoñito; pero á mí no me lo parece, y opino que eso es bastardear la crítica, crear inmerecidas reputaciones, arrojar al arroyo otras de mérito y arraigo, y que deseo con vehemencia que todos vivamos en paz y no nos destrocemos miserablemente los unos á los otros; que sería el más fuerte defensor de todas nuestras reputaciones; que trato de animar con mi pobre voz y mis consejos á los que empiezan; que daría lo poco que soy y lo menos que valgo porque nuestra literatura fuese envidiada por los extranjeros y, hoy como antes, la primera del mundo; que, en fin, odio todo lo que se oponga, todo lo que sea obstáculo á la consecución de estos fines... yo, digo, sería el primero y el más entusiasta partidario y admirador de D. Leopoldo Alas.

Y lo propio que digo al Sr. Alas indico al Sr. Valbuena, á quien me duele en el alma, no sólo como prójimo, sinó como paisano que es, el tener necesidad de haberle tratado, no con la dureza que él se merece, y sí más blandamente de lo que tiene merecido y le corresponde; al cual, á pesar de todo, sin conocerle más que de vista, estimo y apre-

descarrilar y pervertir el gusto de los lectores con chistes de mala ley y bufonadas poco caritativas y menos cultas. cio, y al que deseo fervorosamente se aparte por completo, y para bien de nuestras letras, de la mala senda que sigue.

Mientras esto no suceda; mientras haya críticos que sigan esa senda que no conduce más que á la muerte de nuestra literatura, al desprestigio de los hombres que la cultivan, al descrédito de Corporaciones que todos tenemos la obligación de respetar, y á convertir el Parnaso español en un circo de acróbatas y payasos que se burlen los unos de los otros y hagan reir al público con sus burdas y estúpidas ocurrencias... mientras haya Valbuenas y Clarines que se opongan á los ideales santos y hermosos á que todos debemos aspirar, yo, por creerlo justo, procedente y beneficioso para nuestra patria y la honra de su literatura (lo digo al principio y lo repito aquí), me convertiré, lo mejor que pueda, en el Valbuena y en el Clarín de esos Clarines y de esos Valbuenas.

FRAY JUAN DE MIGUEL
(Fray Mortero.)

ÍNDICE

En la pág. 51, linea 19, se ha deslizado un *cumplimiento* en vez de *conocimiento*. Tomen los lectores como errata ese cumplimiento del señor cajista.







